
Nicolás Krassó, Ernest Mandel, Monthy Johnstone

El marxismo de Trotsky

Traducción: Emilio Olcina Aya y Ofelia Castillo

Esta edición revisada por J. Maestro (2009).

Nota del editor

La polémica que publicamos aquí apareció originariamente en la revista inglesa *New Left Review (NLR)*, en los números que detallamos a continuación:

1. Nicolás Krassó, "Trotsky's Marxism", *NLR*, n. 44, july-august 1967, pp. 64-86.
2. Ernest Mandel, "Trotsky's Marxism: an Anti-Critique", *NLR*, n. 47, january-february 1968, pp. 32-51.
3. Nicolás Krassó, "Reply to Ernest Mandel", *NLR*, n. 48, march-april 1968, pp. 90-103.
4. Monty Johnstone, "Trotsky and the Debate on Socialism in One Country", *NLR*, n. 50, july-august 1968, pp. 113-123.
5. Ernest Mandel, "Trotsky's Marxism – a rejoinder", *NLR*, n. 56, july-august 1969, pp. 69-96.

La carta de Tamara Deutscher apareció en el n. 50 de la misma revista.

Índice

Nicolás Krassó: El marxismo de Trotsky.....	1
1879-1917.....	1
1917-21.....	8
1921-29.....	10
1927-40.....	18
Ernest Mandel: Crítica de una Crítica.....	21
1. Clases, partidos y autonomía de las instituciones políticas.....	21
2. La lucha por el poder y los conflictos sociales en la Unión Soviética (1923-1927).....	25
3. ¿Era imposible una extensión internacional de la revolución entre 1919 y 1949?.....	31
Nicolás Krassó: Respuesta a Ernest Mandel.....	37
1. Trotsky y el partido.....	37
2. La lucha en la década de los años veinte.....	39
3. Rusia y la revolución mundial.....	44
Resumen.....	48
Monty Johnstone: Trotsky y el debate sobre el socialismo en un solo país.....	50
La subestimación del crecimiento económico.....	51
¿Debate para comentaristas?.....	53
La posición de Lenin.....	54
¿Fue logrado el socialismo?.....	55
Tamara Deutscher: Citas incorrectas de las obras de Isaac Deutscher.....	60
Ernest Mandel: Respuesta a Nicolás Krassó.....	61
El "empirismo" y ta historiografía marxista: una primera aproximación.....	61
Lenin, Trotsky y la teoría del partido.....	63
Las opciones en 1923.....	65
Naturaleza de la burocracia soviética.....	68
Vuelta al problema del socialismo en un solo país.....	70
La Comintern y la revolución mundial.....	72
Unidad de la teoría y la práctica.....	74
"Empirismo e historiografía marxista"; segunda aproximación.....	77
Nota sobre "El socialismo en un solo país".....	79

Nicolás Krassó: El marxismo de Trotsky

Durante muchos años, Trotsky constituía un anatema que un marxista no podía abordar. La lucha que tuvo lugar dentro del Partido Bolchevique en la década de los años veinte produjo una polarización tan violenta de su imagen dentro del movimiento obrero internacional que cesó toda discusión racional acerca de su persona y de sus obras. El anatema pronunciado contra él por Stalin convirtió a su nombre en sinónimo de traición para millones de militantes de todo el mundo. Pero al mismo tiempo una minoría consagrada y selecta veneraba su memoria y creía que su pensamiento era el "leninismo de nuestro tiempo". Y aún hoy, treinta años después de su muerte y una década después de la muerte de Stalin, pesa todavía un tabú sobre toda discusión acerca de Trotsky dentro del movimiento comunista. Aún persisten las actitudes mágicas hacia su figura, lo cual constituye un sorprendente anacronismo en el mundo actual. La única excepción a esta regla es, por supuesto, la biografía en tres tomos de Isaac Deutscher, que es sólo una parte de un *corpus* mayor. Pero, paradójicamente, la grandeza del logro de Deutscher parece haber abrumado a los otros participantes potenciales de un debate – dentro del ámbito del marxismo – acerca del verdadero papel histórico de Trotsky. Resulta sin duda significativo que no se haya hecho nunca una apreciación marxista de la obra de Deutscher que esté a la altura de la obra misma. El estudio de Deutscher se adelantó tanto a las actitudes contemporáneas que todavía no ha sido correctamente asimilado y, por lo tanto, debatido. Sin embargo, sus implicaciones sólo serán asimiladas por medio de una permanente discusión que examine diferentes aspectos de la historia soviética y en la cual se sostengan puntos de vista divergentes. Sería un error no referirse a problemas específicos por temor a no poder enfrentarse con toda la epopeya revolucionaria o con su historiador.

Este ensayo se propone abordar el siguiente problema: ¿Cómo debemos juzgar a Trotsky como marxista? Esto significa compararlo con Lenin (más bien que con Stalin) y tratar de descubrir cuál es la unidad específica que existe entre sus escritos teóricos y su actuación política. Con este propósito, la vida de Trotsky se divide en cuatro fases diferentes: 1879-1917, 1917-21, 1921-29, 1929-40. La tesis de este ensayo será que los cuatro períodos se entienden mejor dentro del marco de un solo problema: la relación de Trotsky con el partido como organización revolucionaria, y sus subyacentes fundamentos teóricos latentes. Se tratará también de demostrar que este enfoque ilumina todas las características básicas (los vicios y las virtudes) del pensamiento de Trotsky como marxista, y explica las vicisitudes de su carrera política.

1879-1917

De "Garrote de Lenin" a miembro fundador del menchevismo

Antes de la Revolución de Octubre, Trotsky no fue miembro disciplinado de ninguna facción del Partido Socialdemócrata Ruso, bolchevique o menchevique. Este hecho puede explicarse en parte por los desacuerdos políticos producidos, en diferentes coyunturas, con los bolcheviques y los mencheviques ;pero es indudable que reflejó también una opción teórica más profunda, que rigió sus actos en este período. Según Deutscher, uno de sus primeros escritos conocidos fue un ensayo sobre la organización del partido, escrito en Siberia. En este trabajo, Trotsky abogaba por un despiadado control disciplinario, ejercido por un fuerte Comité Central: "El Comité Central suspenderá sus relaciones con la organización indisciplinada y por consiguiente aislará a esa organización del resto del mundo revolucionario".¹ Consecuente con este criterio, Trotsky, al dejar Rusia en 1902, habría

¹ Véase Isaac Deutscher, *El profeta armado*, Era, México, 1966, pp. 54-55.

abogado inicialmente por un sistema disciplinario férreo, en la disputa suscitada entre Iskra y los economistas en el Tercer Congreso del POSDR, realizado en Bruselas en julio de 1903. Los estatutos del partido, sostenía Trotsky, deben expresar "la desconfianza organizada de la dirección" hacia los miembros, desconfianza ejercida por medio de un control vigilante y vertical sobre el partido.

El espíritu de esta formulación es visiblemente diferente de lo que puede encontrarse en *¿Qué hacer?*. En esta etapa, Trotsky, recién salido de su exilio y nuevo para el movimiento revolucionario nacional, era conocido como "el garrote de Lenin"; pero si comparamos los escritos de ambos en este periodo, se hace evidente – como veremos – que la etapa "protobolchevique" de Trotsky se limitó a reproducir los aspectos exteriores y formales de la teoría de la organización del partido de Lenin, sin su contenido sociológico, caricaturizándola, por lo tanto, como una jerarquía de mando militarizada, concepción ésta totalmente ajena al pensamiento de Lenin. Dado que no se basaba en una teoría orgánica del partido revolucionario, nada hay de sorprendente en el hecho de que Trotsky, en el mismo Congreso, se deslizara súbitamente hacia el extremo opuesto, llegando a denunciar a Lenin como "desorganizador del partido" y arquitecto de un plan para convertir al POSDR en una cuadrilla de conspiradores más que en el partido de la clase obrera rusa. Así, hacia fines de 1903, "el garrote de Lenin" se convirtió en miembro fundador del menchevismo. En abril de 1904, Trotsky publicó en Ginebra Nuestras tareas políticas, ensayo dedicado al menchevique Axelrod. En este trabajo, rechazaba frontalmente toda la teoría de Lenin acerca del partido revolucionario, negando explícitamente la tesis fundamental de Lenin: que el socialismo como teoría debía ser llevado a la clase obrera desde el exterior, a través de un partido que incluyera a la intelectualidad revolucionaria. Trotsky atacó esta teoría llamándola "sustitutismo" y la denunció enérgicamente: "Los métodos de Lenin conducen a esto: la organización del partido sustituye al partido en general; a continuación el Comité Central sustituye a la organización; y finalmente un solo "dictador" sustituye al Comité Central". Llegó también a denunciar a Lenin por su "suspiciencia maliciosa y moralmente repugnante".²

Partido y clase

Su propio modelo del Partido Socialdemócrata fue tomado del partido alemán e implicaba un partido coexistente con la clase obrera. La crítica que – desde una perspectiva marxista – resulta obvio hacer a semejante formulación, es que los verdaderos problemas de la teoría revolucionaria y las relaciones entre partido y clase no pueden ser examinados científicamente con el concepto de "sustitución" y su opuesto implícito, "identidad". Partido y clase pertenecen a diferentes niveles de la estructura social y la relación entre ellos es siempre de articulación. No es posible entre ellos cambio alguno ("sustitución"), de la misma manera que tampoco es posible una identidad, porque partido y clase son necesariamente instancias diferentes de un conjunto social estratificado y no expresiones comparables o equivalentes de un nivel dado del mismo. Los conceptos especulativos de "sustitución" o "identidad" impiden, *ab initio*, toda comprensión correcta de la naturaleza específica de la acción del partido revolucionario sobre la clase obrera (y dentro de ella), tal como lo teorizó Lenin. Estos conceptos implican una radical imposibilidad de comprender el papel inevitablemente autónomo de las instituciones políticas en general y del partido revolucionario en particular, autónomo en relación a las fuerzas de las masas dentro de una formación social que está determinada, en última instancia, desde luego, por la economía.

² *Ibid.*, p. 94 y 95.

Su fracaso en captar la especificidad de las organizaciones políticas y el papel del partido revolucionario – en otras palabras, la carencia de una teoría del partido – explica los súbitos y arbitrarios cambios de actitud de Trotsky hacia la organización del partido en aquellos años. Estos cambios tenían un significado meramente psicológico, eran expresiones de una ambivalencia entre las actitudes "autoritarias" y las "libertarias" (reproducidas más tarde en los súbitos cambios desde sus actitudes hacia el comunismo de guerra hasta el papel que desempeñó en el ataque a la "burocracia") cuya oposición abstracta indicaba un problema pre-marxista. No expresaban una verdadera posición teórica y, además, revelaban una ausencia, una zona vacía en el pensamiento de Trotsky.

No obstante, esta ausencia estaba unida a una intuición particularmente intensa de las fuerzas sociales de las masas como tales. Hacia fines de 1904, Trotsky se separó de la facción menchevique y se asoció intelectualmente con Parvus, un emigrado ruso perteneciente al partido socialdemócrata alemán. Ello confirmó rápidamente la extrema inestabilidad de sus vinculaciones con toda agrupación organizativa. Fue sin embargo esta posición inestable la que, paradójicamente, posibilitó su meteórico ascenso en la Revolución de 1905, erupción espontánea sobre la cual ninguna organización revolucionaria tuvo tiempo de lograr un control efectivo antes de que perdiera su oportunidad y fuera derrotada. La Revolución tomó por sorpresa tanto a los bolcheviques como a los mencheviques, y sus dirigentes llegaron a Rusia con cierto retraso. Trotsky, que estaba en San Petersburgo desde el comienzo, se adaptó mucho más rápidamente a la insurrección popular de octubre – que no había sido estructurada según la orientación política de partido alguno – y no tardó en asumir la dirección del Soviet de San Petersburgo. Deutscher señala, con razón, que precisamente con este éxito "él encarnó la inmadurez del movimiento". Por supuesto, esta falta de madurez produjo, cinco meses después, la rápida y decisiva derrota de la revolución, que fue, por así decirlo, el funeral de la espontaneidad en la historia del movimiento de la clase obrera rusa.

Balance y perspectivas

Sin embargo, esta experiencia sirvió de base a Trotsky para redactar el primero y más importante de todos sus trabajos: *Balance y perspectivas*, escrito en 1906, en la cárcel. Este trabajo contiene todos los elementos de los puntos de vista que él expondrá más tarde en un folleto polémico de 1928, *La revolución permanente*, pero es también mucho más que eso. Se trata, indiscutiblemente, de una brillante prefiguración de las principales características clasistas de la Revolución de Octubre de 1917. "En un país económicamente atrasado, el proletariado puede tomar el poder antes que en un país donde el capitalismo está desarrollado... La Revolución Rusa produce condiciones en las que el poder puede... pasar a las manos del proletariado antes que los políticos del liberalismo burgués tengan la oportunidad de mostrar plenamente su genio de estadistas... El proletariado en el poder aparecerá ante el campesinado como su "libertador".³

La revolución permanente

Trotsky predijo – correctamente – que la atomización del campesinado y la debilidad de la burguesía en Rusia harían posible la toma del poder por parte de la clase obrera, a pesar de que ésta era todavía una minoría en la nación. Una vez en el poder, tendría que ganar a toda costa el apoyo del campesinado y se vería obligada a pasar sin transición de las medidas "democráticas" a las "socialistas". Trotsky llamó a este proceso "revolución permanente", designación inapropiada que indica la falta de precisión científica de que adolecían aún sus

³ *Balance y perspectivas*. [Véase Deutscher, op. cit., p. 149 y 150].

ideas más profundas. Al evocar la idea de una conflagración continua en todo tiempo y lugar – una suerte de carnaval metafísico de la insurrección – el término se prestaba a ser distorsionado en la polémica, tanto por los opositores de Trotsky como por sus partidarios. Aun en aquel momento, el carácter romántico-idealista de la fórmula generaba inevitablemente errores críticos en los propios pensamientos de Trotsky. Sobre todo, esta fórmula confundía los dos problemas, completamente diferentes, del carácter de clase de la inminente revolución rusa (progresión ininterrumpida de las demandas democráticas a las socialistas) por una parte, y de la capacidad de esa revolución para mantenerse internacionalmente, por la otra. Porque en este ensayo Trotsky proclamaba, reiteradamente, la imposibilidad de que la revolución rusa pudiera resistir el asalto contrarrevolucionario sin la ayuda de revoluciones simultáneas en Europa occidental. La "lógica" de esta suposición derivaba del confuso verbalismo de la "revolución permanente", fórmula que permitió a Trotsky pasar del carácter nacional de la revolución en Rusia a las condiciones internacionales de su supervivencia, como si se tratara de otros tantos peldaños en una escalera que ascendiera "permanentemente". La naturaleza ilegítima de este procedimiento es demasiado evidente, y vició las tesis fundamentales de Trotsky. Ello no disminuye la magnitud de su acierto al predecir correctamente la naturaleza básica de la Revolución de Octubre once años antes de que ocurriera, cuando ningún otro dirigente ruso había rechazado las predicciones clásicas de Plejanov: simplemente, lo sitúa dentro de las coordenadas específicas del marxismo de Trotsky.

La ausencia del partido

Balance y perspectivas es un extraordinario ensayo por su análisis de las fuerzas sociales, pero no lo es menos por su falta de todo análisis del papel de la organización política en la lucha socialista. Una vez más, el partido está ausente del escenario construido por Trotsky para la revolución rusa. Cuando analiza los requisitos previos del socialismo (producción planificada, predominio de las fábricas en gran escala y dictadura del proletariado) no menciona en absoluto al partido o al papel que éste debe desempeñar. Ataca a los blanquistas y a los anarquistas, pero se limita a expresar: "Los socialdemócratas hablan de la conquista del poder como la acción consciente de la clase revolucionaria".⁴ Su vanguardia ha sido olvidada.

La única discusión acerca de los partidos en todo el ensayo – de cien páginas – es una perspicaz crítica de los partidos socialdemócratas de occidente, que fue un acertado comentario sobre estas organizaciones pero cuya aplicación general implicaba una completa hostilidad a la existencia misma de un partido revolucionario.⁵ En realidad, cuando Trotsky escribe acerca de la lucha política en Rusia, no se refiere nunca al papel de las organizaciones revolucionarias: sólo habla de fuerzas sociales.

Es necesario hacer aún otro comentario sobre este trabajo premonitorio. Hay en él un evidente desconocimiento del problema del partido en sí. Por el contrario, Trotsky demuestra poseer una gran conciencia del Estado como aparato burocrático y militar. Trotsky incluye una extensa y gráfica relación del papel histórico del Estado ruso en la formación de la sociedad rusa moderna. Trotsky tomó gran parte de este análisis del historiador liberal Miliukov, y de su socio Parvus. Pero la elocuencia de esta digresión contrasta agudamente con su paralelo silencio sobre el partido. Esta polaridad no era accidental y resurgió en un contexto práctico crucial, en una fase posterior.

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.*

Sin embargo, las consecuencias inmediatas de esta crítica ausencia en el pensamiento de Trotsky se evidenciaron concretamente después de su salida de la cárcel. Entre 1907 y 1914, la actuación política de Trotsky consistió en una serie de esfuerzos intermitentes e infructuosos por unificar las facciones socialdemócratas opuestas y con ese propósito formó el efímero Bloque de Agosto, agrupación carente de principios. Tampoco desempeñó papel alguno en la decisiva tarea de construir el Partido Bolchevique, que Lenin emprendiera por aquellos años. Por lo tanto, no adquirió experiencia de la vida de partido, a diferencia de sus contemporáneos Stalin, Zinoviev y Bujarin, que sí acumularon esa experiencia durante este período formativo. Deutscher comenta, acertadamente: "Los años de 1907 a 1914 constituyen en su vida un capítulo singularmente exento de logros políticos ... Sus escritos... consistieron en brillantes trabajos periodísticos y de crítica literaria, sin incluir un solo texto significativo de teoría política ... En esos años, sin embargo, Lenin, con la ayuda de sus seguidores forjaba su partido, y hombres como Zinóviev, Kámenev, Bujarin y más tarde Stalin iban alcanzando una estatura que les permitió desempeñar papeles destacados en el Partido en 1917. A la estatura que Trotsky había alcanzado en 1904-⁶, el presente período añadió poco o nada".

La intelectualidad y el socialismo

Sería un error, sin embargo, pensar que Trotsky no produjo escritos importantes en este largo intervalo. Escribió un ensayo decisivo, que expresa con singular claridad la médula de su pensamiento político. Se trata de *La intelectualidad y el socialismo*, escrito en 1910. En este trabajo Trotsky demuestra una amarga hostilidad hacia los intelectuales, dentro y fuera del movimiento socialista. Esta hostilidad era una expresión de sus ideas acerca de la intelectualidad. Es evidente, a través de sus escritos, que Trotsky veía a los intelectuales de una manera totalmente preleninista, como individuos de origen burgués, preocupados por las "ideas" o la "literatura" y esencialmente divorciados del proletariado y la lucha política. En su obra, la imagen básica del intelectual es siempre la del literato de salón. Ahora bien, esta imagen es precisamente la que fue cultivada por la burguesía misma, que había separado el "arte" y el "pensamiento" de las actividades "mundanas" (tales como la economía y la política) difundiendo el ideal del intelectual como un individuo consagrado a la vaga y esotérica búsqueda de ese arte y de ese pensamiento. Además, el anti-intelectualismo vulgar de una clase obrera laborista u obrerista es un mero reflejo de esta concepción burguesa: el término "intelectual" se convierte en una categoría peyorativa, que designa a los diletantes, parásitos o renegados. Desde luego, esta serie de concepciones nada tiene que ver con el marxismo, pero explica por qué fue tan formal y externa la aparente aproximación de Trotsky a la posición de Lenin sobre la organización del partido en 1903. Porque la teoría de Lenin sobre la organización del partido en *¿Qué hacer?* era inseparable de su teoría sobre la función y naturaleza de los intelectuales en un partido revolucionario. La esencia de esto era que: I) los intelectuales de origen burgués son indispensables para la constitución de un partido revolucionario, porque sólo ellos capacitan a la clase obrera para dominar el socialismo científico; II) el trabajo del partido revolucionario elimina la distinción entre "intelectuales" y "trabajadores" dentro de sus filas. Naturalmente, Gramsci desarrolló la teoría de Lenin en su famoso análisis del partido revolucionario como el "moderno Príncipe", cuyos miembros se convierten en intelectuales de un tipo nuevo.

Esta compleja concepción contrasta con la aceptación de Trotsky de las categorías tradicionales y los prejuicios que las acompañaban. Al escribir sobre los intelectuales, él pensaba en los esotéricos círculos literarios de Moscú a los cuales atacaría más tarde en

⁶ *El profeta armado*, p. 169.

Literatura y Revolución y no en los nuevos intelectuales forjados en y por el Partido bolchevique, del cual eran miembros. En una palabra, Trotsky carecía de una teoría marxista sobre los intelectuales y su relación con el movimiento revolucionario, y por ello se quedó meramente en las actitudes. En su ensayo de 1910, afirma lisa y llanamente que, a medida que el movimiento socialista crece en Europa, son cada vez menos los intelectuales que se le unen. Esta ley es aplicable también a los estudiantes: "A lo largo de su historia... los estudiantes de Europa han sido meramente el barómetro sensible de las clases burguesas".⁷ El meollo de su análisis de la relación entre los intelectuales y la clase obrera es una abrumadora negación de lo anterior, lo cual demostró el alcance de su incapacidad de asimilar *¿Qué hacer?*⁸ Al respecto, escribe: "Si la verdadera conquista del aparato de la sociedad dependiera del advenimiento previo de la intelectualidad al partido del proletariado europeo, las perspectivas del colectivismo serían por cierto bien miserables". Dado este punto de vista general, resulta evidente el por qué su breve "centralismo" de 1903 fue mecánico y deleznable. Fue una parodia del leninismo, una imitación militarizada de su disciplina, sin su significado interno: la transformación de "obreros" e "intelectuales" en *revolucionarios* por medio de una acción política unificada. El único papel político que Trotsky otorgó a los intelectuales fue el de "sustitutismo", en un ensayo dedicado específicamente a la intelectualidad rusa.⁹ Los decembristas, narodnikis y marxistas fueron condenados indiscriminadamente como grupos que reemplazaban a las clases sociales que afirmaban representar, en lo que Deutscher llama una "sombria revisión" de la historia rusa. Una vez más, la falta de una teoría de las instancias o niveles diferenciados de la estructura social conduce a la idea de un intercambio horizontal entre "intelectuales" y "clases", en el cual se hace posible una sustitución de unos por otros. Así, la única posibilidad de los intelectuales para ingresar a la política es, necesariamente, una usurpación, dado que sólo puede realizarse a expensas del proletariado. Falta, una vez más, la idea del partido como estructura autónoma que combina y transforma dos fenómenos diferentes: la intelectualidad y la clase obrera. Dentro de esta concepción, no tiene sentido hablar de "sustituir" un elemento por otro, ya que no son conmensurables para ser intercambiables. Son modificables, en una nueva acción política o sea, en un partido revolucionario.

Por lo tanto, la historia de Trotsky antes de 1917 puede asumirse de la siguiente manera: fue siempre un francotirador, fuera de las filas organizadas del movimiento de la clase obrera. Demostró poseer una singular comprensión intuitiva del carácter de clase de las fuerzas que estaban agrupándose para la Revolución Rusa. Pero ello iba acompañado de una profunda y consecuente falta de comprensión de la naturaleza y el papel de un partido revolucionario, falta ésta vinculada a su concepción pre-marxista de la teoría relativa a las organizaciones. Aún en 1915, sus escritos evidencian la creencia de que el partido era un epifenómeno arbitrario en la lucha de clases: "Entre la posición de un partido y los intereses del estrato social en que se apoya puede haber una cierta falta de armonía, que más tarde puede convertirse en una profunda contradicción. La conducta de un partido puede cambiar bajo la influencia o el temperamento de las masas. Esto es indiscutible. Tanto mayor es, por ende, nuestra razón, en nuestros cálculos, *para dejar de depender de elementos menos estables y menos dignos de confianza, tales como las consignas y las tácticas de un partido.* y para

⁷ *La intelectualidad y el socialismo*. [Véase Deutscher, op. cit., p. 179].

⁸ La teoría de Lenin sobre el partido revolucionario no estaba completamente desarrollada en *¿Qué hacer?* La madurez de su teoría cristalizó poco después de la Revolución de 1905, en la práctica de la construcción del partido.

⁹ Véase *El profeta armado*, p. 181.

recurrir a factores históricos más estables: la estructura social de la nación, la relación de las fuerzas de clase y las tendencias de desarrollo”¹⁰. Esta incomprensión del papel del partido leninista explica que Trotsky se abstuviera de toda participación en la crucial formación del Partido Bolchevique de 1907 en adelante. Él mismo caracterizó más tarde su actitud durante esta etapa, con gran honradez y exactitud: ”Nunca me esforcé por crear un grupo sobre la base de las ideas de la revolución permanente. Mi postura interpartidista era conciliatoria, y cuando en ciertos momentos me esforcé por la formación de grupos, fue precisamente sobre esta base. *Mi espíritu conciliador surgió de una especie de fatalismo socialrevolucionario*. Yo creía que la lógica de la lucha de clases obligaría a ambas facciones a seguir la misma línea revolucionaria. La gran significación histórica de la política de Lenin era todavía confusa para mí en aquel entonces, su política de demarcación ideológica irreconciliable, y de división, cuando fuese necesario, con el propósito de unificar y templar el corazón del partido revolucionario, verdaderamente revolucionario... En todos los casos más importantes, cuando me puse en contradicción con Lenin, táctica y organizativamente, la razón estaba de su parte”.¹¹

Ahora es posible ubicar la desviación teórica específica que está latente en el pensamiento de Trotsky. Tradicionalmente, el marxismo ha estado constantemente sujeto a la deformación llamada *economicismo*. Ello consiste en reducir todos los otros niveles de una formación social al movimiento de la economía, que se convierte así en una ”esencia” idealista, de la cual los grupos sociales, las instituciones políticas y los productos culturales son meras ”manifestaciones”. Esta desviación, con todas sus consecuencias políticas prácticas, se difundió en la Segunda Internacional. Fue característica de la derecha, que predominaba en la Internacional. Lo que se ha advertido menos es que la izquierda de la Internacional exhibía a menudo una desviación análoga. Podemos llamar a ésto, por razones de conveniencia, sociologismo. No es la economía, sino las *clases sociales* las que son separadas de la compleja totalidad histórica e hipostasiadas, de manera idealista, como los demiurgos de cualquier situación política dada. La lucha de clases se convierte en la ”verdad” interna e inmediata de todo acontecimiento político y las fuerzas de las masas en los únicos agentes históricos. El economicismo conduce naturalmente a la pasividad y al taoísmo ; el sociologismo, por el contrario, tiende a conducir hacia el voluntarismo. Rosa Luxemburgo representa la lógica extrema de esta tendencia dentro de la Segunda Internacional, donde asume la forma de una explícita exaltación de la espontaneidad. Trotsky representa una variante diferente de esta corriente, pero el principio rector es semejante. Sus escritos presentan a las fuerzas de las masas dominando constantemente a la sociedad, sin organizaciones políticas o instituciones que intervengan como niveles permanentes y necesarios de la formación social. El marxismo de Lenin, por el contrario, se define por la noción de una totalidad compleja, en la cual todos los niveles – económico, social, político e ideológico – son siempre operativos y hay entre ellos un intercambio del eje principal de las contradicciones. La extrapolación que hizo Trotsky de la fuerza de las masas, al aislarlas de esta compleja serie de niveles, constituyó el origen definitivo de sus errores teóricos, tanto antes como después de la Revolución.

¹⁰ *La lucha por el poder* (el subrayado me pertenece). La actitud de Trotsky hacia el partido durante aquellos años puede ser comparada con la de Rosa Luxemburgo. Ésta fue consciente del revisionismo del partido alemán mucho antes que Lenin, pero no pudo dividir al partido socialdemócrata y retrasó con ello la tarea de construir un partido revolucionario. Las consecuencias fueron fatales: la derrota de la insurrección espartaquista en 1918. Tanto Trotsky como Luxemburgo confiaban en el entusiasmo de las masas y por ello dejaron de considerar el problema de su movilización desde una organización revolucionaria.

¹¹ *La revolución permanente* [hay varias edic. en esp.].

1917-21

Estadista

El estallido de la Revolución de febrero transformó las relaciones políticas dentro del movimiento socialdemócrata ruso. La nueva situación liberó súbitamente a Trotsky de su pasado. Al cabo de pocos meses, había abandonado a sus asociados mencheviques y se había alineado en las filas del bolchevismo. Surgía ahora como un gran revolucionario. Esta fue la etapa heroica de su vida, cuando cautivó la imaginación mundial como arquitecto de la insurrección de octubre y jefe militar de la Guerra Civil. Más aún: se convirtió en el orador supremo de la revolución. Encarnaba tanto a Danton como a Carnot, era el gran tribuno del pueblo y el gran dirigente militar de la Revolución Rusa. Como tal, Trotsky era exactamente la clase de hombre que los observadores del exterior, benévolos u hostiles, creían que un revolucionario debía ser. Parecía la encarnación de la continuidad entre las revoluciones francesa y rusa. Lenin, el cambio, era un hombre aparentemente prosaico, totalmente diferente a los declamatorios héroes de 1789. Representaba un nuevo tipo de revolucionario. La diferencia entre los dos hombres era fundamental y se advierte a lo largo de todo el período en que ambos trabajaron juntos. Trotsky nunca se aclimató totalmente dentro del Partido bolchevique. En julio de 1917 descendió como en paracaídas sobre la cumbre de la organización bolchevique, el Comité Central, sin experiencia alguna de actuación o de vida partidista. Por eso, se le veía de manera muy diferente dentro de las filas del partido que fuera del mismo. Su imagen internacional no coincidió nunca con la que el partido tenía de él; en alguna medida, siempre se sospechó de él como advenedizo e intruso. Resulta significativo que en 1928, en medio de la lucha interna del partido, su colega y aliado Preobrazhenski pudiera hablar de "nosotros, los viejos bolcheviques", para distinguir su posición de la de Trotsky. Sin duda, los viejos bolcheviques no le aceptaron nunca como unos de los suyos. Ésta marginación se evidenció durante la Revolución y hasta en la Guerra Civil. Trotsky fue el dinamizador del Estado bolchevique militarizado en pie de guerra. Por aquellos años, no era un hombre de partido ni tenía responsabilidad alguna en el funcionamiento y movilización de la organización del partido. Fue criticado por muchos bolcheviques a causa de ciertas actitudes, tomadas dentro del ejército, que fueron verdaderamente hostiles al partido como tal. Así, Trotsky se decidió a fortalecer el poder de los oficiales de carrera con pasado zarista dentro del Ejército Rojo y se opuso a que fueran controlados por comisarios políticos designados por el partido. La disputa acerca de esta cuestión – en la cual Trotsky chocaba ya con Stalin y Voroshilov – constituyó una importante controversia en el VIII Congreso del Partido, celebrado en 1919. Lenin apoyó a Trotsky, pero el resentimiento del partido contra éste se hizo evidente en las instrucciones secretas pasadas al Congreso. La exclamación de Mikoyan en el VII Congreso refleja fielmente la imagen que tenían de él los miembros permanentes de la dirección del partido: "¡ Trotsky es un hombre de Estado, no de Partido!".¹²

El talento oratorio de Trotsky complementaba su talento como jefe militar, y ninguna de estas dos cualidades se vinculaba a una actuación específicamente partidista. El organizador de un partido político debe persuadir a individuos o a grupos de que acepten los planes de acción que propone así como su autoridad para llevarlos a cabo. Ello requiere gran paciencia y habilidad para maniobrar inteligentemente dentro de una compleja lucha política, en la cual los actores están igualmente equiparados para discutir como para actuar. Esta capacidad es totalmente diferente de la de un orador de masas. Trotsky estaba extraordinariamente dotado para la comunicación con las multitudes. Pero la índole de su atractivo era necesariamente

¹² *El profeta desarmado*, Era, México, 1968, p. 43.

emocional, se basaba en una gran transmisión de urgencia y de militancia. Como orador, sin embargo, disfrutaba de una relación completamente unilateral con las multitudes: las arengaba para conducir las hacia determinados fines, para movilizarlas en la lucha contra la contrarrevolución. Su don militar tenía características similares. No era un organizador de partido, no tenía experiencia en cuanto al verdadero funcionamiento de un partido, y tampoco parecía interesarse especialmente en esas cuestiones. Sin embargo, realizó la hazaña de crear un Ejército Rojo de cinco millones de hombres en dos años, sacándolos prácticamente de la nada, y de llevarlo a la victoria contra los ejércitos blancos y sus aliados extranjeros. Por lo tanto, su capacidad organizativa era de carácter esencialmente voluntarista. Tuvo autoridad *ab initio* para organizar el ejército; como Comisario del Pueblo para la Guerra contó con el respaldode todo el prestigio de Lenin y del Estado soviético. No tuvo que *ganarse* esta autoridad en el terreno político, convenciendo a sus iguales de que lo aceptaran. Era el jefe del comando militar y tenía autoridad para imponer estricta obediencia. Así, la afinidad entre el jefe militar y el tribuno popular se explican completamente. En ambos casos, el papel de Trotsky fue implícitamente voluntarista. Como orador público tenía que apelar a llamamientos emocionales para movilizar a las masas con propósitos definidos; como pilar del Estado soviético, tenía que dar órdenes a sus subordinados, también con propósitos definidos. En ambas tareas su función consistía en asegurar los medios para un fin previamente determinado. Esta tarea difiere de la de lograr que un nuevo fin prevalezca entre varias opiniones competitivas en una organización política. El voluntarista está en su elemento cuando se trata de arengar a multitudes o de mandar a la tropa, pero estas funciones no deben confundirse con la capacidad para dirigir un partido revolucionario.

De los problemas militares a los económicos

En 1921, la Guerra Civil había sido ganada. Con la victoria, el Partido bolchevique tuvo que desviar toda su preocupación, de los problemas militares a los económicos. La reconstrucción y reorganización de la economía soviética constituía ahora su principal objetivo estratégico. La adaptación de Trotsky a la nueva situación reveló cuán consecuente había sido toda su actuación política durante esta etapa. Simplemente, propuso la adopción de soluciones militares para los problemas económicos, reclamando un comunismo de guerra intensificado y la introducción del trabajo obligatorio. Este extraordinario episodio no fue sólo un paréntesis o una aberración en su carrera, sino que tenía profundas raíces teóricas y prácticas en su pasado. Su función de Comisario de guerra lo predisponía hacia una política económica concebida como una movilización estrictamente militar y, al defenderla, Trotsky estaba simplemente prolongando su actuación anterior. Al mismo tiempo, su propensión a una solución "de mando" reflejaba su incomprensión del papel específico del partido y su consecuente tendencia a buscar soluciones políticas a nivel del *Estado*. Su consigna en el debate sindical de 1921 propugnaba, explícitamente, la "nacionalización" de los sindicatos. Trotsky abogó también por una burocracia competente y permanente, con ciertos privilegios materiales; a causa de ello, Stalin le llamaría más tarde "corifeo de los burócratas".

Además Trotsky no justificó el trabajo obligatorio como una lamentable necesidad impuesta por la coyuntura política, como el resultado temporal de una emergencia. Trató, por el contrario, de legitimarlo *sub specie aeternitatis*, explicando que en todas las sociedades el trabajo era obligatorio, y que lo único que variaba era la forma en que se ejercía la compulsión. Combinaba esta abierta defensa de la coerción con una exaltada mística de la abnegación social, incitando a las brigadas de trabajo a entonar himnos socialistas mientras trabajaban. "Desplegad una incansable energía en vuestro trabajo, como si estuviérais en marcha o en combate... Un desertor del trabajo es tan despreciable y tan indigno como un

desertor del campo de batalla. ¡ Severo castigo para ambos !.. . Comenzad y completad vuestro trabajo, dondequiera que sea posible, al son de himnos y canciones socialistas. Vuestro trabajo no es trabajo de esclavos, sino un elevado servicio a la Patria socialista”.¹³

Esta contradictoria amalgama era posible, por supuesto, gracias al idéntico voluntarismo de ambas nociones: la economía como imposición coercitiva o como servicio místico.

Al comienzo, Trotsky pudo ganar el apoyo de Lenin para sus planes de militarización del trabajo. Pero después del gran debate de los sindicatos en 1921 y al finalizar la guerra polaca, su propuesta de purgar en gran escala a los representantes electos en los sindicatos fue ásperamente repudiada por Lenin. El Comité Central del Partido denunció públicamente las formas de trabajo ”militarizadas y burocráticas”. Así, los planes de acción de Trotsky fueron rechazados por los bolcheviques, en medio de una reacción general en su contra, como ideólogo del comunismo de guerra. El resultado del debate económico evidenció la diferencia entre la idea de Lenin de un partido altamente disciplinado y la defensa de Trotsky de un estado militarmente organizado.

1921-29

Oposicionista

La lucha interna del partido durante los años veinte fue, evidentemente, la fase central de la vida de Trotsky. Durante algunos años, se produjeron hechos que fueron decisivos para la historia mundial en las décadas siguientes. Las decisiones fueron tomadas por muy pocas personas. No es frecuente que tales decisiones obtengan significación universal. ¿Cuál fue el papel de Trotsky en el funesto drama de los años veinte?

La lucha por la supremacía dentro del Partido bolchevique debe ser separada, en alguna medida, de las cuestiones políticas que la provocaron. Durante la mayor parte del tiempo, el conflicto suscitado dentro del partido se concentró en el ejercicio del poder como tal, dentro del contexto, naturalmente, de las disputas ideológicas de los grupos antagónicos. Se advertirá, en efecto, que uno de los más graves errores teóricos y políticos de Trotsky fue una interpretación excesivamente ideológica de la situación interna del partido. Será conveniente, por lo tanto, considerar la cuestión de la década de los años veinte a dos niveles: el de la lucha político-táctica propiamente dicha y el del debate ideológico y estratégico sobre el destino de la Revolución.

La lucha político-táctica

A partir de 1921, Trotsky fue aislado en la cúpula del Partido bolchevique. Importa enfatizar aquí que la lucha contra Trotsky fue inicialmente una resistencia llevada a cabo virtualmente por toda la vieja guardia bolchevique contra la posibilidad de que Trotsky sucediera a Lenin. Esto explica la unanimidad con que todos los demás dirigentes del Politburó – Zinoviev, Kamenev, Stalin. Kalinin y Tolski – se opusieron a él aún en vida de Lenin. Trotsky parecía ser el dirigente revolucionario más destacado después de Lenin. Sin embargo, no era un miembro histórico del partido, dentro del cual se desconfiaba mucho de él. Su Preponderancia

¹³ *El profeta armado*, p. 413. Esta imagen recuerda al jesuita del Paraguay. Trotsky escribiría luego que la razón por la cual los filisteos burgueses detestaban tanto a los jesuitas residía en que éstos eran los soldados de la Iglesia, mientras que la mayoría de los presbíteros eran sus mercaderes. Lo cierto es, desde luego, que no existe razón alguna para hacer una discriminación entre ambos. Trotsky, sin embargo, parece haber preferido a los jesuitas. Es evidente que en un período revolucionario un militante socialista .ha de estar más cerca de un soldado que de un mercader, en sus puntos de vista. Pero ¿debe ese estado temporario de cosas hacer que un socialista olvide que la concepción militar es un producto de la sociedad de clases tanto como la mercantil?

militar y su papel en los debates sindicales parecía arrojar una sombra de bonapartismo potencial a través del panorama político. Fue esta situación la que permitió a Stalin en 1923, último año de la vida de Lenin, apoderarse del control del aparato del partido y, con ello, de todo el poder político de la URSS.

Evidentemente, Trotsky no advertía lo que estaba sucediendo en aquellos años. Creía que Zinoviev y Kamenev era más importantes que Stalin y no comprendió la significación del nuevo papel del Secretario General. Esta extraordinaria falta de lucidez puede ser comparada con la aguda conciencia que tuvo Lenin, aún enfermo, del curso de los acontecimientos. En diciembre de 1922 Lenin redactó sus notas sobre la cuestión de las nacionalidades, en las cuales denunciaba, con una violencia sin precedentes, a Stalin y Dzerzhinski por la represión que habían realizado en Georgia. Lenin dirigió estas notas a Trotsky con instrucciones específicas de forzar al Comité Central a tomar una resolución decisiva sobre la cuestión. Trotsky ignoró este pedido: creyó que Lenin había exagerado extremadamente el asunto. Un mes después Lenin redactó su famoso "testamento", en el cual se advierte claramente que él comprendía la significación del ascenso de Stalin y preveía que el partido podría dividirse entre los "dos miembros de más talento" del Comité Central: Trotsky y Stalin. En aquel momento, Trotsky no advirtió nada de todo esto. No luchó por la publicación del testamento cuando Lenin murió, un año después. No se sabe con certeza cuáles fueron sus razones para asumir esta actitud. No obstante, el testamento no era un documento muy halagador para ninguno de los dirigentes bolcheviques. Criticaba ásperamente a Stalin y trataba con muy poca ceremonia a Trotsky, (métodos administrativos) y también a Bujarin (falta de comprensión de la dialéctica). Nadie en el Politburó tenía un motivo poderoso para publicar este sombrío documento, con su virtual advertencia de desastres futuros. Lenin, arquitecto y líder del Partido bolchevique, demostró así tener plena conciencia de lo que estaba sucediendo dentro de él, demostró – un año antes de morir – que denunciaba en profundidad su situación interna. Para Trotsky, que tenía poca experiencia en la vida de partido y que nunca había reflexionado acerca de la naturaleza o el papel específico del partido, esta situación le pasó inadvertida.

Después de la muerte de Lenin, Trotsky se encontró solo en el Politburó. De allí en adelante, cometió un error tras otro. Desde 1923 hasta 1925 concentró su ataque sobre Zinoviev y Kamenev y, valiéndose del papel desempeñado por éstos en 1917, ayudó a Stalin a aislarlos más tarde. Pensaba entonces que Bujarin era su peor enemigo y dedicó todas sus energías a combatirlo. En 1927, Trotsky todavía consideraba la posibilidad de una alianza con Stalin contra Bujarin. No advirtió que Stalin estaba decidido a expulsarlo del partido y que la única manera de evitarlo consistía en crear una alianza de la izquierda y la derecha contra el centro. Bujarin se dio cuenta de ello en 1927, y dijo a Kamenev: "es mucho más lo que nos separa de Stalin que lo que nos separa mutuamente".¹⁴ En efecto, en 1923, organizativamente considerado, Stalin era ya el amo del partido. De allí entonces que gran parte de la lucha interna en el partido fuese como pelear con su propia sombra. Lo único que podría haber derrotado a Stalin era la unidad política de los otros viejos bolcheviques contra él. Zinoviev, Kamenev y Bujarin lo advirtieron demasiado tarde. Pero Trotsky, a causa del carácter teórico de su marxismo, no llegó a comprender jamás la verdadera situación. En este punto, su constante subestimación del poder autónomo de las instituciones políticas y su tendencia a subordinarlas a las fuerzas de las masas, que eran su presunta "base social", fueron su némesis. Porque a lo largo de toda la lucha interna del partido, interpretó siempre las

¹⁴ Véase *El profeta desarmado*, p. 404.

posiciones políticas adoptadas por los diversos participantes como meros signos visibles de tendencias sociológicas ocultas dentro de la sociedad soviética. Así, la derecha, el centro y la izquierda del partido se convirtieron, en los escritos de Trotsky, en categorías básicamente idealistas, divorciadas de la política como tal, es decir, alejadas del verdadero campo del poder y las instituciones. De este modo, a pesar de las advertencias de Lenin acerca de la importancia de Stalin y del alarmante poder organizativo que estaba acumulando, Trotsky siguió viendo en Kamenev y Zinóviev como la principal amenaza que existía contra él dentro del partido, dado que ellos eran los ideólogos del triunvirato que hablaban en el lenguaje convencional de las ideas. Esta constante correlación entre las ideas y las fuerzas sociales – con su falta de una teoría intermedia acerca del nivel político – condujo a Trotsky a cometer desastrosos errores en la prosecución de su propia lucha.

La publicación de la serie de artículos que forman *El nuevo curso* constituye un ejemplo especialmente claro de este hecho. En esos artículos (1923) declara explícitamente: "Las diferentes necesidades de la clase obrera, del campesinado, del aparato estatal y sus miembros, actúan sobre nuestro partido, a través del cual tratan de encontrar una expresión política. Las dificultades y contradicciones inherentes a nuestra época, la discrepancia temporal de intereses en las diferentes capas del proletariado o del proletariado en su conjunto y el campesinado, actúan sobre el partido mediante las células obreras y campesinas, el aparato estatal y la juventud estudiantil. *Incluso las diferencias episódicas de criterio y matices de opinión pueden expresar la remota presión de distintos intereses sociales...*"¹⁵

Se hace evidente aquí el anverso de la idea del "sustitucionismo", es decir, la hipótesis de una posible "identidad" entre partidos y clases. El uso de este binomio oscurecía el hecho evidente de que las relaciones entre estos dos términos no pueden nunca simplificarse a uno solo de estos polos. En cierto sentido, un partido es siempre un "sustituto" de una clase, en el sentido de que no coincide con ella – si coincidiera, no habría necesidad de un partido – y sin embargo actúa en su nombre. En otro sentido, nunca la "sustituye" porque no puede abolir la naturaleza objetiva del proletariado y la relación global de las fuerzas de clase, que no cesan de existir ni siquiera cuando el proletariado está disperso y debilitado, como después de la Guerra Civil, o actúa en contra de los intereses inmediatos de la clase obrera como lo hizo durante la Nueva Política Económica. Las relaciones entre partido y clase forman un espectro de cambiantes y complejas posibilidades, que no son intercambiables con estas descripciones bipolares. Se pudo advertir, entonces, que la noción de "sustitucionismo" no sirvió para esclarecer la conducta de Trotsky en la lucha interna del partido, precisamente en una etapa en la que la importancia de los aparatos políticos – el partido – había aumentado enormemente con relación al de la fuerza social de las masas (aunque sin abolirlas). Él fue el último en advertir lo que estaba sucediendo, a pesar de su percepción polémica. En efecto, dado que su opuesto implícito – la "identidad" – era para él una noción reguladora, cometió gravísimos errores políticos toda vez que trató de determinar las relaciones entre partido y clase en esta etapa. El mismo *Nuevo curso* representa un ejemplo particularmente claro de este hecho. El credo del sociologismo citado anteriormente estuvo acompañado de una altisonante petición de proletarización en la composición del partido y de rejuvenecimiento por medio de la afluencia de la juventud. Esta confianza en las categorías sociológicas, idealísticamente concebidas, tuvo una consecuencia irónica. La política misma que Trotsky defendió para la renovación del partido y su desburocratización fue implantada por Stalin con resultados diametralmente opuestos. El reclutamiento realizado por Lenin en 1924 afirmó decisivamente

¹⁵ *El nuevo curso*. El subrayado me pertenece.

el control de Stalin sobre el partido, al empantanar los viejos cuadros bolcheviques con una enorme masa de obreros manejables y carentes de formación política. Nació así la composición proletaria del partido. El error de creer que las fuerzas sociales son inmediatamente "transportables" a las organizaciones políticas era, por supuesto, inconcebible dentro de la teoría leninista del partido. No obstante, Trotsky nunca lo abandonó en estos años. En 1925, cuando la troika se escindió, él se mantuvo apartado, considerando a la lucha entre Stalin y Zinoviev como una vulgar disputa, en la cual no estaba en juego ningún principio. Cuando Zinoviev y Stalin se atacaban políticamente por medio de las respectivas organizaciones del partido de Leningrado y de Moscú, Trotsky escribió sarcásticamente a Kamenev: "¿Cuál es la base social de dos organizaciones obreras que se injurian mutuamente?". Naturalmente, el abstencionismo en esta posición fue suicida. En cierto sentido, Trotsky nunca luchó en el plano político, a diferencia de Zinoviev, por ejemplo. Su preparación teórica no lo capacitaba para hacerlo. Su conducta en la lucha interna del partido fluctuó entre una truculencia agresiva (un gran *dake*, en el sentido judío del término), y una profunda pasividad (la única salvación de Rusia era la posibilidad de las revoluciones en el extranjero).¹⁶ Por ello, su conducta no adquirió nunca coherencia política táctica. El resultado fue que estuvo constantemente en manos de Stalin. Al presentar una amenaza sin fundamento sólido alguno, institucional o político, sólido, y con gran despliegue de actitudes públicas, Trotsky proporcionó precisamente lo que el gobierno y Stalin, como su más destacado representante, necesitaban para convertir al partido en una máquina burocrática y autoritaria. Casi se podría decir que si Trotsky no hubiera existido, Stalin hubiera tenido que inventarlo (y, en cierto sentido, lo inventó).

La lucha ideológica y estratégica

Hasta aquí, hemos expuesto la lucha político-táctica dentro del Partido bolchevique. Es necesario considerar ahora en qué medida las grandes disputas ideológicas – acerca de las opciones estratégicas de la Revolución – reflejaron la misma constelación teórica en el pensamiento de Trotsky. Se advertirá que el paralelismo es, en realidad, muy próximo. Esto se evidencia en las dos controversias más importantes de estos años.

El socialismo en un sólo país contra la revolución permanente

La disputa sobre esta cuestión dominó los debates ideológicos de la década de los años veinte. Lenin había establecido una posición que, indudablemente, era correcta en la época de Brest-Litovsk. Él afirmaba que los bolcheviques debían pensar siempre en posibilidades variables y no en falsas certezas. Era ingenuo especular acerca de si se producirían o no revoluciones en occidente. La estrategia bolchevique no debía estar basada en la presunción de que se produjeran revoluciones en Europa, pero tampoco debía descartarse dicha posibilidad. Sin embargo, después de la muerte de Lenin esta posición dialéctica se desintegró en posiciones opuestas, polarizadas dentro del partido. Stalin descartó efectivamente la posibilidad de las revoluciones internacionales e hizo de la construcción del socialismo en un solo país la tarea exclusiva – necesaria y posible – del Partido bolchevique. Trotsky declaró que la Revolución de Octubre estaba condenada, a menos que las revoluciones internacionales vinieran en su ayuda, y predijo que estas revoluciones ocurrirían sin duda. La tergiversación de la posición de Lenin es evidente en ambos casos.

¹⁶ El mismo Trotsky habló con frecuencia de "optimismo revolucionario" en los años posteriores. Optimismo y pesimismo son, por supuesto, actitudes emocionales que poco tienen que ver con el marxismo. La ideología burguesa (*Weltanschauung*) se ha empantanado tradicionalmente en tales categorías. El adjetivo "revolucionario" no hace del "optimismo" una categoría más profunda que la que el adjetivo "heroico" hizo del "pesimismo".

Puede argüirse que Stalin, al descartar la posibilidad de revoluciones europeas exitosas, contribuyó efectivamente a su eventual derrota, acusación ésta que se le ha hecho a menudo, a propósito de su política hacia Alemania y España. Había, por cierto un elemento de satisfacción de las propias necesidades en la predicción del socialismo en un solo país. Sin embargo, dado este juicio crítico – que es precisamente que la política de Stalin representó una falsificación de la estrategia de Lenin – la superioridad de la perspectiva de Stalin sobre la de Trotsky es innegable. Ella forma todo el contexto histórico-práctico dentro del cual se desarrolló la lucha por el poder descrita más arriba. Por fuerte que hubiese sido la posición de Stalin dentro del aparato estatal, ello le habría servido de poco si su línea estratégica básica hubiese sido invalidada por el curso de los acontecimientos políticos. Pero esa línea estratégica fue, por el contrario, confirmada por la historia. En ello radicó la definitiva e inmovible fortaleza de Stalin en la década de los años veinte.

La concepción de Trotsky

¿Cuál fue, en cambio, la concepción estratégica de Trotsky? ¿Qué quería decir con "revolución permanente"? En su folleto de 1928, así titulado, incluía tres nociones totalmente separadas dentro de la misma fórmula: la continuidad inmediata entre las etapas democrática y socialista de la revolución en cualquier país ; la transformación permanente de la revolución socialista misma, una vez victoriosa y la inevitable vinculación del destino de la revolución en cualquier país con el de la revolución mundial en todas partes. La primera habría de implicar una generalización de su punto de vista sobre la Revolución de Octubre, que ya hemos analizado y que ahora se proclama como una ley en todos los países coloniales. La segunda era trivial e indiscutible: a nadie se le ocurría negar que el Estado soviético sufriría cambios incesantemente. La idea decisiva era la tercera: que la supervivencia de la revolución soviética dependía de la victoria de las revoluciones en el extranjero .Los argumentos de Trotsky para esta afirmación, base sobre la cual descansaba toda su posición política, eran asombrosamente débiles. Propone, en efecto, sólo dos razones por las cuales el socialismo en un solo país no era practicable. Ambas son extremadamente vagas: parecen afirmar que la inserción de Rusia en la economía mundial la tornaría inevitablemente vulnerable al bloqueo económico y a la subversión capitalista. Las "rígidas restricciones del mercado mundial" son invocadas sin tener absolutamente en cuenta cuál sería el impacto preciso que tendrían sobre el naciente Estado soviético.¹⁷ En segundo lugar, Trotsky parece sostener que la URSS era militarmente indefensa y se derrumbaría ante una invasión externa, a menos que las revoluciones europeas acudieran en su ayuda. Es evidente que ninguno de estos argumentos se justificaba en su momento y que ambos fueron desmentidos por los hechos. El comercio exterior soviético fue el motor del desarrollo económico ; no un factor de regresión y capitulación sino un factor de progreso en la rápida acumulación de las décadas de los años veinte y treinta. Tampoco la

¹⁷ En un pasaje extraordinario. Trotsky dice realmente que si el socialismo fuera posible en Rusia, la revolución mundial sería innecesaria, porque Rusia era tan grande que el éxito de la construcción del socialismo en la URSS sería equivalente a la victoria internacional del proletariado mundial. El ejemplo de un país atrasado, que en el curso de varios planes quinquenales fuese capaz de construir una poderosa sociedad socialista con sus propias fuerzas, significaría un golpe mortal para el capitalismo mundial y reduciría al mínimo, si no a cero, los costos de la revolución proletaria mundial. Claro está que éste es precisamente el criterio defendido por Jruschov a principios de la década del sesenta. Su utilización en este caso demuestra cuán débil era la argumentación de Trotsky en *La revolución permanente*. Lo que argumentaba Trotsky contra el socialismo en un solo país no era que un socialismo auténtico fuese imposible en una sociedad con un nivel tan bajo de fuerzas productivas y acumulación cultural, sino que la Unión Soviética no podía sobrevivir a un ataque externo, tanto económica como militarmente. La calidad del socialismo soviético no era lo que interesaba en este caso. La cita demuestra que Trotsky aceptaba en el debate una ecuación sumaria entre el socialismo y el desarrollo económico soviético.

burguesía mundial se arrojó al unísono sobre la Unión Soviética ni envió ejércitos supranacionales sobre Moscú. Por el contrario, las contradicciones intercapitalistas fueron tales que retardaron el ataque imperialista a la URSS durante veinte años después de la guerra civil. Cuando Alemania invadió eventualmente a Rusia, el Estado soviético, industrializado y armado bajo el régimen de Stalin y ayudado por sus aliados burgueses, fue capaz de rechazar triunfalmente a los agresores.¹⁸ No había, por lo tanto, fundamentos válidos para la tesis trotskista de que el socialismo en un solo país estaba condenado al aniquilamiento.

El error teórico

Lo que es importante aislar es el error teórico básico que subyacía bajo toda la idea de la revolución permanente. Trotsky partió, una vez más, desde un esquema de la fuerza social de las masas (hipostasiadas) – la burguesía contra el proletariado en alianza con el campesinado pobre – en un solo país, hacia una universalización de esta ecuación a través de su transposición directa en escala mundial, donde la burguesía "internacional" se enfrenta al proletariado "internacional". La simple fórmula "revolución permanente" efectuaba este enorme salto. Lo único que se omitía era la institución *política* de la *nación*, es decir, toda la estructura formal de las relaciones internacionales y el sistema que las mismas constituyen. Una "mera" institución política – burguesa en este caso – se esfumaba como tantas otras fosforescencias ante la descomunal confrontación de clases dictada inexorablemente por las leyes sociológicas. El negarse a respetar la autonomía del nivel político, que había producido previamente un idealismo de acción de clase ajeno a toda organización partidista, producía ahora una coordinación (*Gleichsaltung*) global: "una estructura social universal, que se cierne por encima de sus manifestaciones en cualquier sistema internacional concreto". El nivel intermedio – partido o nación – simplemente se omite en ambos casos.

Este idealismo no tiene nada que ver con el marxismo. La idea de "revolución permanente" no tenía un contenido auténtico. Era un concepto ideológico destinado a unificar problemas disimilares dentro de un mismo ámbito, al margen de una apreciación correcta de cada uno de ellos. La esperanza de que las revoluciones triunfantes fueran inminentes en Europa fue la consecuencia voluntarista de este monismo. Trotsky no fue capaz de comprender las diferencias fundamentales entre las estructuras sociales rusas y las de Europa occidental. Para él, el capitalismo era uno e indivisible y la agenda de la revolución era también una e indivisible, a ambos lados del Vístula. Este internacionalismo formal (que recuerda al de Rosa Luxemburgo) abolía de hecho las diferencias internacionales concretas entre los diversos países europeos.¹⁹ La instintiva desconfianza de Stalin hacia el proletariado de Europa occidental y su confianza en la individualidad rusa demostraban que tenía una conciencia más aguda – aunque estrecha y acrítica – de la naturaleza fragmentaria de Europa en los años veinte. Los hechos justificaron su creencia en la importancia permanente de la nación como

¹⁸ Trotsky sostuvo siempre que puesto que la contradicción entre capitalismo y socialismo era más fundamental que la existente entre los países burgueses, éstos estaban llamados a unirse en un ataque contra la Unión Soviética. Este es un ejemplo clásico de la confusión central entre la contradicción determinante en última instancia y la contradicción dominante en una coyuntura determinada.

¹⁹ Gramsci comentaba sagazmente el internacionalismo de Trotsky, algunos años después: "Es necesario ver si la famosa teoría de Trotsky sobre la permanencia del movimiento no es el reflejo político de la teoría de la guerra de maniobra ... en última instancia, el reflejo de las condiciones generales económico-cultural-sociales de un país en el que los cuadros de la vida nacional son embrionarios y desligados y no pueden transformarse en "trincheras y fortalezas". En este caso se podría decir que Trotsky, que aparece como un "occidentalista", era en cambio un cosmopolita, es decir superficialmente nacional y superficialmente occidentalista o europeo. En cambio Lenin era profundamente nacional y profundamente europeo". *Notas sobre Maquiavelo*. Lautaro, Buenos Aires, 1962, p. 95.

unidad que demarcara una estructura social de otra.²⁰ Las agendas políticas no eran intercambiables a través de las fronteras geográficas en la Europa de Versalles. La historia señalaba momentos diferentes en París, Roma, Londres y Moscú.

Colectivización e industrialización

El segundo tema – subordinado al primero – que dominaba los debates ideológicos de la década de los años veinte era la política económica de la propia Rusia. Lo esencial de la disputa era la política agraria. Lenin había trazado una línea estratégica general para el sector agrario de la Unión Soviética. Él consideraba la colectivización como una política necesaria a largo plazo, que sólo tenía sentido, sin embargo, si iba acompañada por la producción de maquinaria agrícola moderna y por una revolución cultural en el campesinado. Pensaba que la competencia económica entre los sectores colectivo y privado era necesaria, no sólo para evitar el antagonismo del campesinado, sino también para asegurar que la labranza colectiva fuese eficiente. Defendía la experimentación con diferentes formas de agricultura colectiva. Estos proyectos piloto eran, por supuesto, la antítesis de la colectivización stalinista, en la cual se establecían plazos para la colectivización de determinadas provincias y la "emulación socialista" estaba distribuida entre las organizaciones del partido de las diferentes zonas, para alcanzar sus metas antes que sus vecinos. Con la muerte de Lenin, sin embargo, se desintegró su estrategia dialéctica, para polarizarse en extremos opuestos. Bujarin abogaba por una política ultraderechista, de enriquecimiento privado de los campesinos, a expensas de las ciudades: "Iremos hacia adelante con pasos lentos, muy lentos, empujando a nuestra zaga el gran carro de los campesinos". Preobrazhenski urgía la explotación del campesinado (en el sentido económico técnico) a fin de acumular un excedente con miras a la industrialización rápida.

Estas fórmulas violentamente contradictorias ocultaban una complementación necesaria, que los planes de Lenin proyectaban precisamente proteger. Porque mientras más pobre fuese el campesinado, tanto menor sería el excedente para su propio consumo y tanto menos "explotable" sería para la industrialización. La conciliación de Bujarin del campesinado con el proletariado y la contraposición de Preobrazhenski entre ambos eran, por igual, distorsiones de la política de Lenin, que pensaba colectivizar al campesinado pero no aplastarlo, no declarar la guerra. Ambos profesaban un marxismo vulgar que era endémico en muchos de los bolcheviques de la vieja guardia. Preobrazhenski insistía en que la acumulación originaria socialista era una férrea e inevitable "ley" de la sociedad soviética. Acusaba a Bujarin de lukacsismo cuando proclamaba que la política económica de la Unión Soviética estaba sujeta a la elaboración de decisiones políticas. Bujarin, por su parte, escribió por entonces en su *Manual de materialismo histórico* que el marxismo era comparable a las ciencias naturales porque era potencialmente capaz de predecir acontecimientos futuros con la precisión de la física. La enorme distancia que existe entre formulaciones de esta índole y el marxismo es evidente. (Por supuesto, Lenin era el único dirigente bolchevique que había estudiado, desde el punto de vista de *El capital*, a Hegel, Feuerbach y al joven Marx, en Suiza durante la guerra).

Dada esta desintegración del leninismo no hay duda, sin embargo, de que – tal como en la controversia acerca del socialismo en un solo país – un criterio era superior al otro. En este

²⁰ Lucio Magri comenta esto en "Valori e limiti delle esperienze frontiste", *Critica marxista*, mayo-junio de 1965. Debe señalarse que la concepción posterior de Stalin acerca de la guerra fría como simple "lucha de clases a nivel internacional", igualando efectivamente a los Estados con las clases, representó un error opuesto pero idéntico al de Trotsky de los años veinte.

caso fueron, por supuesto, Preobrazhenski y Trotsky los que tuvieron razón al enfatizar la necesidad de contrarrestar la diferenciación social en el país y poner el excedente agrícola bajo control soviético. Preobrazhenski y Trotsky vieron la urgente necesidad de una industrialización rápida mucho antes y con más claridad que ningún otro miembro del partido. Ello constituyó su gran mérito histórico de aquellos años. Trotsky propuso la industrialización planificada y la acumulación socialista originaria ya en el XII Congreso del Partido, celebrado en 1923. La audaz previsión de su actitud contrasta con la adaptación de Bujarin a tendencias económicas retrógradas y con las vacilaciones de Stalin por aquellos años. La historia posterior de la Unión Soviética confirmó la relativa justicia de las medidas que él defendió entonces. ¿Cuál es la relación que existe entre sus méritos en el debate económico y sus errores en el debate acerca del socialismo en un solo país? ¿Se trata sólo de una relación contingente? La respuesta parece ser que mientras el debate sobre el socialismo en un solo país tenía que ver con las coyunturas *políticas* internacionales de la revolución, el debate económico se vinculaba a las opciones *administrativas* del *Estado* soviético. En esta ocasión Trotsky demostró sus dotes de administrador, que Lenin ya había advertido, y su especial sensibilidad hacia el Estado, que ha sido analizada anteriormente. Su lucidez en el debate económico estaba, entonces, en consonancia con el alcance general de su marxismo: tuvo plena conciencia de la aptitud económica del Estado Soviético, en un momento en que los otros bolcheviques se encontraban meramente preocupados con los problemas cotidianos de la Nueva Política Económica. No obstante, una estrategia económica para la URSS exigía algo más que una decisión administrativa por parte del Estado soviético. Su ejecución requería un adecuado plan de acción *político* del partido hacia las diferentes clases sociales: lo que después Mao llamaría, sugestivamente, "manejo de las contradicciones en el seno del pueblo".

Trotsky no pudo ofrecer en este caso un punto de vista coherente. Su falta de comprensión de los problemas del partido hizo que ello fuera prácticamente inevitable. El resultado fue que la ejecución efectiva de sus planes fue dispuesta – y desnaturalizada – por Stalin. Después de derrotar a Trotsky y a la izquierda, Stalin se volvió contra la derecha y puso en práctica la política económica de la oposición. Pero lo hizo con tal torpeza y violencia que precipitó una crisis agraria permanente, a pesar de los enormes logros de los Planes Quinquenales. Trotsky no se había enfrentado nunca concretamente al problema de la implementación política de sus planes económicos. Stalin resolvió el problema dándole una respuesta política concreta: la catástrofe de la colectivización forzosa. Trotsky, por supuesto, retrocedió horrorizado ante las campañas de colectivización y denunció a Stalin por llevar a cabo sus planes de manera totalmente opuesta a la concepción que él tenía de los mismos. Sin embargo, la semejanza era innegable. Esta relación se repitió en varias ocasiones. El reclutamiento leninista, ya citado, fue una de ellas. Más tarde, según comenta Deutscher, Stalin parece haber tenido muy seriamente en cuenta las constantes advertencias de Trotsky acerca del peligro de una restauración burguesa basada en el campesinado o de un golpe militar burocrático. Las medidas que adoptó para combatir estos peligros fueron campañas de asesinatos. Parecía en aquel momento que Stalin hiciera frente a Trotsky como Smerdiakov a Iván Karamazov, no precisamente en el sentido de que desnaturalizase la inspiración original al ponerla en práctica, sino en que la propia inspiración tenía fallas originales que hacían ésto posible. Ya hemos visto cuáles eran estas fallas. El hecho es que, en la década de los años veinte, el leninismo desapareció con Lenin. De allí en adelante el Partido bolchevique fue constantemente arrastrado de un extremo a otro por la lógica de los hechos, de suerte que, para manejarla, ningún líder o grupo tuvo la comprensión teórica necesaria. Una vez desintegrada la estrategia dialéctica de Lenin, las líneas políticas de la izquierda y de la

derecha se separaron de ella pero siguieron combinándose constantemente por las necesidades de la historia misma. Así, el socialismo en un solo país fue llevado a cabo, finalmente, con el programa económico de la oposición de izquierdas. Pero como éste no era más que una combinación de los planes de la izquierda y la derecha, y no una unidad dialéctica de estrategia, el resultado fue el crudo pragmatismo *ad hoc* de Stalin y los innumerables y costosos zig-zags de su política interior y exterior. La historia de la Comintern está particularmente colmada de estos cambios violentos, en los cuales las nuevas torpezas se agregaban simplemente a las torpezas anteriores, en un esfuerzo por superarlas. El partido se abrió paso a través de estos años valiéndose del elemental pragmatismo político de Stalin y de su habilidad para adaptarse y desviarse cuando las circunstancias cambiaban, o algo después. El hecho de que este pragmatismo triunfara no hace más que destacar cuán violenta fue la caída del marxismo bolchevique después de la desaparición de Lenin.

La tragedia de esta decadencia radicó en sus consecuencias históricas. Después de la revolución rusa, hubo una situación en la cual la comprensión teórica de un reducido grupo de dirigentes podría haber significado una inconmensurable diferencia para todo el futuro de la humanidad. Ahora, cuatro décadas después, podemos percibir en parte los frutos del proceso que tuvo lugar entonces, pero las últimas consecuencias están aún por verse.

1927-40

El mito

Trotsky había comenzado su vida política como *francotirador*, fuera de los destacamentos organizados del movimiento revolucionario. Durante la revolución, surgió como el gran tribuno popular y organizador militar. En la década de los años veinte fue el dirigente fracasado de la oposición en Rusia. Después de su derrota y su exilio, se convirtió en un mito. El último período de su vida estuvo dominado por su simbólica relación con el gran drama de la década anterior, que para él se había convertido en un trágico destino. Sus actividades se tornaron sumamente insignificantes. Era completamente ineficaz: dirigente de un imaginario movimiento político, indefenso mientras sus allegados eran exterminados por Stalin, detenido en dondequiera que se encontrara. Su principal función objetiva durante estos lamentables años consistió en proporcionar el centro negativo imaginario que Stalin necesitaba en Rusia. Cuando ya no existía oposición alguna en el seno del Partido bolchevique, después de las purgas de Stalin. Trotsky continuaba publicando su Boletín de la Oposición. Fue el principal acusado en los procesos de Moscú. Stalin instaló su férrea dictadura movilizándolo contra la amenaza "trotskista". El mito de su nombre era tal que las burguesías de Europa occidental estaban constantemente temerosas de él. En agosto de 1939, el embajador francés Coulondre dijo a Hitler que en el caso de producirse una guerra europea, Trotsky podría ser el vencedor definitivo, a lo cual Hitler replicó que esa era una razón por la cual Francia y Gran Bretaña no debían declararle la guerra.

Esta etapa de la vida de Trotsky puede ser discutida a dos niveles. Sus esfuerzos por forjar organizaciones políticas – una Cuarta Internacional – estaban destinados al fracaso. Su desconocimiento de las estructuras socio-políticas de Occidente – ya evidente en el debate sobre la revolución permanente – lo llevaron a creer que la experiencia rusa de la primera década del siglo veinte podría ser reproducida en Europa occidental y en los Estados Unidos en la década del treinta. Este error estaba vinculado, desde luego, a su paralela falta de comprensión de la naturaleza de un partido revolucionario. En su vejez, Trotsky llegó a pensar que su gran error había sido subestimar la importancia del partido, que Lenin había advertido. Pero él no había aprendido de Lenin. Una vez más, su tentativa de reproducir la construcción

del partido de Lenin condujo meramente a una caricatura de éste. Fue una imitación externa de sus formas organizativas, sin comprensión alguna de su naturaleza intrínseca. Inseguro acerca del carácter de las nuevas sociedades en que se encontró, y desconocedor de la relación necesaria entre partido y sociedad, según teorizó Lenin, sus aventuras organizativas cayeron en un voluntarismo fútil. Por una suprema ironía, al final de su vida se encontró con frecuencia precisamente entre aquellos intelectuales de salón, antítesis del revolucionario leninista, que siempre había detestado y despreciado. Porque muchos de ellos fueron reclutas de su causa, especialmente en los Estados Unidos: los Burnham, Schachtman y otros. Fue verdaderamente patético que Trotsky haya entrado en debates serios con seres como Burnham. Hasta su vinculación con ellos constituía una evidencia palpable de hasta qué punto se encontraba perdido y desorientado dentro del contexto extraño de Occidente.

Los escritos de Trotsky en el exilio tienen naturalmente más importancia que sus desafortunadas aventuras. No agregan nada fundamental a la constelación teórica ya descrita, pero confirman la estatura de Trotsky como pensador revolucionario clásico, atascado en una insuperable dificultad histórica. Su característica intuición de la fuerza social de las masas es la que – a pesar de su vaguedad – da mérito a sus últimos escritos. Tal como se ha señalado con frecuencia, *La Historia de la Revolución Rusa* es sobre todo un brillante estudio de la psicología de las masas y su opuesto complementario, el bosquejo individual. No es tanto una explicación del papel del Partido bolchevique en la revolución como una epopeya de las multitudes que dicho partido condujo a la victoria. El sociologismo de Trotsky encuentra aquí su más auténtica y poderosa expresión. El idealismo que necesariamente entraña produce una visión de la revolución que rechaza explícitamente la permanente importancia de las variables políticas o económicas. La *psicología de la clase*, combinación perfecta de los dos miembros del permanente binomio – fuerzas sociales e ideas – se convierte en la instancia determinante de la revolución:

”En una sociedad sacudida por la revolución, las clases están en conflicto. Está, perfectamente claro, sin embargo, que los cambios introducidos entre el principio y el fin de una revolución en las bases económicas de la sociedad y su sustrato social clasista, no son suficientes para explicar el curso de la propia revolución, que en un corto intervalo puede derribar viejas instituciones, crear otras nuevas y derribarlas nuevamente también. *La dinámica de los acontecimientos revolucionarios está directamente determinada por los rápidos, intensos y apasionados cambios en la psicología de las clases, formadas ya antes de la revolución*”.²¹

Los ensayos de Trotsky sobre el fascismo alemán son una verdadera patología de la naturaleza de clase de la pequeña burguesía desposeída y sus paranoias. Estos ensayos, con su tremendo presagio, se destacan como los únicos escritos marxistas de estos años que predicen las consecuencias catastróficas del nazismo y lo desatinado de las medidas políticas tomadas en el Tercer Período de la Comintern. La obra posterior de Trotsky sobre la Unión Soviética fue más seria que lo que el demagógico título bajo el cual se la publicó parecía indicar.²² En ella, el sociologismo sustentado durante toda su vida constituyó un acierto.

En la lucha política práctica, antes y después de la Revolución, su subestimación de la eficacia específica de las instituciones políticas le llevaría de error en error. Pero cuando finalmente trató de enfrentar el problema de la naturaleza de la sociedad soviética bajo el régimen de Stalin, esta subestimación lo salvó del escollo de juzgar a Rusia según los cánones de lo que después se convertiría en ”kremlinología”. Cuando muchos de sus partidarios fabricaban a su

²¹ Véase *Historia de la Revolución Rusa*, Tilcara, Buenos Aires, 1962

²² En *La revolución traicionada* [hay edic. en esp.].

antojo nuevas "clases dominantes" y "restauraciones capitalistas" en la Unión Soviética, Trotsky recalcó, por el contrario, en su análisis del Estado soviético y el aparato del partido que éste no era una clase social.

Tal fue el marxismo de Trotsky. El constituye una unidad característica y consecuente, desde su juventud hasta su vejez. En la actualidad, Trotsky debiera ser estudiado junto con Plejanov, Kautsky, Luxemburgo, Bujarin y Stalin, porque la historia del marxismo no ha sido reconstruida nunca en occidente. Sólo entonces será asequible la estatura de Lenin, el único gran marxista de aquella época.

Ernest Mandel: Crítica de una Crítica

La crítica de Nicolás Krassó al pensamiento y las actividades políticas de Trotsky nos ofrece una buena ocasión para debatir algunas concepciones erróneas y algunos prejuicios que siguen preocupando a buen número de intelectuales de izquierda no alineados. Las raíces de estas concepciones falsas son fáciles de descubrir. La revelación y denuncia públicas de los peores crímenes de Stalin por parte de los dirigentes soviéticos actuales no se ven acompañadas en absoluto por la adopción de la política por la que Trotsky luchó durante los últimos quince años de su vida. Ni en la organización interna de los países "socialistas" ni en su política internacional (excepción hecha de Cuba) han vuelto los dirigentes de esos países a los principios de la democracia soviética y del internacionalismo proletario defendidos por Trotsky.

Sin embargo, históricamente, el hecho de que Stalin haya sido derribado de su pedestal y de que muchas de las acusaciones lanzadas contra él por Trotsky se reconozcan como ciertas constituye una formidable rehabilitación histórica para quien fuera asesinado por un agente de Stalin, el 20 de agosto de 1940, en Coyoacán.

Todos aquellos que permanecen fuera de la lucha por hacer triunfar finalmente el programa de Trotsky – por su completa rehabilitación política – tratarán, por consiguiente, de justificar su abstención en base a los fallos, errores y debilidades de este programa. Para ello, no irán a repetir las burdas exageraciones y falsificaciones forjadas por los estalinistas en los años treinta, cuarenta y cincuenta, según las cuales Trotsky fue un *contrarrevolucionario* y un *agente del imperialismo*, y deseó, o, al menos favoreció objetivamente la restauración del capitalismo en la URSS. Tendrán que decantarse, pues, por los argumentos propuestos por los adversarios más refinados e inteligentes, que reprochaban a Trotsky, durante los años veinte, de no ser en realidad un *bolchevique*, sino un *socialdemócrata de izquierda* que no había comprendido en absoluto las particularidades de Rusia, ni las sutilezas de la teoría leninista de la organización ni la dialéctica compleja de la lucha proletaria tanto de Occidente como de Oriente. Esto es precisamente lo que está haciendo Krassó.

1. Clases, partidos y autonomía de las instituciones políticas

La tesis central de Krassó es sencilla: el pecado capital de Trotsky era su falta de comprensión del papel de un partido revolucionario; creía que las fuerzas sociales podían, directa e inmediatamente, modelar la historia, que eran transportables, tal cual, en organizaciones políticas. Esto, según parece, le impidió llegar nunca a comprender la teoría leninista de la organización, y le condujo a un sociologismo vulgar y al voluntarismo. Su salida del bolchevismo en 1904, su papel en la revolución de octubre, su creación del Ejército rojo, su derrota en las luchas internas del partido en 1923-27, su concepción de la historia, su "vano intento" de edificar la IV Internacional, todo ello está condicionado por el sociologismo y el voluntarismo. El marxismo de Trotsky, según Krassó, "forma una unidad coherente y característica desde la primera juventud hasta la vejez".

Nadie discutirá que, antes de 1917, Trotsky rechazó lo esencial de la teoría de la organización de Lenin²³. No discutiremos que el partido, la ideología y la psicología de las clases sociales pueden adquirir un determinado grado de autonomía en el proceso histórico, ni que el marxismo, por citar a Krassó (y no sólo el marxismo-leninismo, sino todas las demás interpretaciones fieles a la doctrina de Marx), "queda, en verdad, definido por la noción de una

²³ Para ser justos con Trotsky, conviene añadir que, antes de 1917, también Lenin había rechazado la necesidad de adoptar como objetivo estratégico de la revolución rusa que se avecinaba el establecimiento de la dictadura del proletariado. La victoria de la Revolución de octubre fue el resultado de una combinación histórica de la teoría y de la práctica leninistas del partido de la vanguardia revolucionaria con la teoría y la práctica trotskistas de la revolución permanente.

totalidad compleja en la que todos los niveles – el económico, el social, el político y el ideológico – son siempre operacionales y se relevan como foco principal de las contradicciones”. Pero ésta es una base muy pobre para justificar la tesis de Krassó. Si tratamos de analizar el verdadero pensamiento de Trotsky y su desarrollo a lo largo de casi cuarenta años, tropezaremos, a cada paso, con la insuficiencia y la infidelidad del cuadro esbozado por Krassó.

Ante todo, es falso que Trotsky, al rechazar la teoría leninista de la organización, tomara su propio modelo del partido socialdemócrata alemán en tanto que ”partido que englobaba a la clase obrera en su conjunto”. Históricamente, sería mucho más exacto sostener lo contrario, y poner de relieve que la teoría leninista de la organización fue tomada en gran medida de los teóricos de la socialdemocracia alemana y austríaca, Kautsky y Adler²⁴. La oposición injustificada de Trotsky a la teoría de Lenin se basaba en su desconfianza frente al aparato socialdemócrata occidental, considerado como esencialmente conservador. El propio Krassó admite, unas páginas más adelante, que Trotsky, ya en 1905, tenía una actitud más crítica que Lenin respecto a la socialdemocracia occidental. ¿Cómo hubiera podido calcar su idea del partido sobre esa socialdemocracia²⁵?

En segundo lugar, es totalmente falsa la insinuación de que Trotsky siguió haciendo caso omiso o rechazando la teoría leninista de la organización tras haber reconocido, en 1917, que, finalmente, Lenin había tenido razón. Esta hipótesis carece de fundamento; el propio Lenin declaró – tras haber comprendido Trotsky que la unión con los mencheviques era imposible²⁶ – que ”no había mejor bolchevique que Trotsky”²⁷. Todos los escritos de Trotsky posteriores a 1917 insisten en el papel decisivo, en nuestra época, del partido revolucionario. En todos los puntos de inflexión de su carrera: en 1923, con *Lecciones de octubre y Nuevo curso*; en 1926, con la *Plataforma de la oposición de izquierda*; en su crítica a la desastrosa política de la Comintern en China, en Alemania, en España y en Francia; en el curso de los años treinta, en su *Historia de la revolución rusa* y en sus testamentos políticos, el *Programa de transición de la IV Internacional* y el *Manifiesto de la conferencia extraordinaria de la IV Internacional* (mayo de 1940), subrayó, incansablemente, que la cuestión de la construcción de los partidos revolucionarios era el problema clave de esta época:

²⁴ El programa de Hainfeld de la socialdemocracia austríaca, de 1889, afirma claramente que la ”conciencia socialista es, por consiguiente, algo que debe introducirse desde el exterior a la lucha de clase proletaria”. Kautsky dedicó un artículo en *Die Neue Zeit* del 17 de abril de 1901 (”Akademiker und Proletarier”) al problema de la relación entre intelectuales y obreros revolucionarios, en el que formuló la mayor parte de los conceptos de la organización leninista. Es indudable, dada su fecha de publicación, que este artículo (uno de una serie de dos) inspiró directamente el *¿Qué hacer?* de Lenin.

²⁵ Habría que añadir que la desconfianza instintiva de Trotsky hacia los intelectuales diletantes que entran en un partido obrero, desconfianza que heredaba de Marx, se veía totalmente compartida por Lenin, punto que Krasso olvida hábilmente. Cf. Marx-Engels, carta circular a Bebel, Liebknecht, Bracke, etc., del 17-18 de septiembre de 1879 (Marx-Engels, *Ausgewählte Schriften*, vol. II, pp. 455-56, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1950), así como V. I. Lenin, *Un paso adelante, dos pasos atrás*, donde estigmatiza a ”los intelectuales burgueses que temen la disciplina y la organización del proletariado”. Krasso ve una ”ironía suprema” en el hecho de que Trotsky, al final de su vida, tuviera que discutir con ”intelectuales de salón”, a los que siempre había detestado, como Burnham y Shachtman; se olvida de que Engels tuvo que discutir con Dühring, y Lenin con Bulgakov, que, ciertamente, no eran superiores a Burnham o Shachtman. Es Krasso el que no entiende la función que tienen estas polémicas educativas en la *construcción del partido*, función que ha sido bien comprendida por todos los maestros del marxismo.

²⁶ Tal como evidencia claramente el texto de Trotsky citado por Krasso, Trotsky comprendió que ”la unión con los mencheviques era imposible” a partir del momento en que tomó conciencia de la política conciliadora de los mencheviques durante la revolución de 1917.

²⁷ Isaac Deutscher, *El profeta armado*, Ed. Era, México.

”La crisis histórica de la humanidad se resume en la crisis de la dirección revolucionaria.”²⁸ Extraño modo, en verdad, de ”olvidar” el papel de la vanguardia y de creer que las fuerzas sociales pueden modelar directa e inmediatamente la historia...

Es cierto que, para Trotsky, una vanguardia revolucionaria no era simplemente una máquina política hábilmente construida y bien engrasada. Semejante concepción – que, como se sabe, tiene su origen en la política burguesa americana, a menudo difícil de distinguir del gangsterismo – era totalmente extraña a Lenin, al bolchevismo y a todo el movimiento obrero internacional, hasta el día en que Stalin la introdujo y la puso en práctica en la Comintern. Para Trotsky, así como para Lenin y para toda tendencia marxista, un partido revolucionario de vanguardia debe juzgarse objetivamente, ante todo, a la luz de su *programa explícito* y de su *política real*. En todos los casos en que el partido, por bien que funcione, por fuerte que sea, se pone a actuar contra los intereses de la revolución y de la clase obrera, hay que desarrollar una lucha para enderezarlo. Cuando sus acciones se convierten en contrarias, de modo no episódico y durante todo un período, a los intereses del proletariado, no puede de ningún modo ser considerado como un partido revolucionario de vanguardia, y entonces se impone inmediatamente la tarea de construir uno nuevo.²⁹

Naturalmente, ni Lenin ni Trotsky *identificaron* nunca un *partido* revolucionario con un programa correcto. Lenin declaró explícitamente que una política correcta no podía demostrar su justeza, durante un largo período, más que por su capacidad para ganarse a una parte importante de la clase obrera, o, de hecho, a su mayoría.³⁰ Pero ambos elementos son los complementos indispensables para la construcción de un partido revolucionario de vanguardia. En ausencia de un programa y una política correcta, un partido puede convertirse objetivamente en contrarrevolucionario, sea cual sea la amplitud de su influencia en la clase obrera. Si no adquieren, a la larga, una influencia de masas en el seno de la clase obrera, los revolucionarios armados con el mejor de los programas degenerarán en una secta estéril.

Vemos, pues, en tercer lugar, que, lejos de resolver el problema con la afirmación de ”la autonomía de las instituciones políticas”, que, según se nos dice, Trotsky no comprendió, Krassó plantea sencillamente una pregunta sin aportar ninguna respuesta. Ya que el problema consiste precisamente en comprender a la vez la autonomía de las instituciones políticas y el carácter relativo de esta autonomía. Después de todo, fueron Marx y Engels, y no Trotsky, los que dijeron que toda historia es, en último análisis, la historia de la lucha de clases.³¹ Las instituciones políticas son organismos funcionales. Si se separan de las fuerzas sociales a las que supuestamente sirven, pierden muy rápidamente su eficacia y su poder, a menos que otras

²⁸ *The Founding Conference of the Fourth International*, publicado por el Socialist Workers Party, New York, 1939, p. 16.

²⁹ Ya el 7 de noviembre de 1914, Lenin escribía : ”La II Internacional ha muerto, vencida por el oportunismo... La III Internacional tiene el deber de organizar las fuerzas del proletariado con vistas al asalto revolucionario contra los gobiernos capitalistas.” (Lenin-Zinoviev, *Gegen den Strom*, p. 6, Verlag der Kommunistischen Internationale, 1912.)

³⁰ Ya en 1908, Lenin escribe: ”La condición previa fundamental para este éxito es, naturalmente, que la clase obrera, cuya élite *ha creado la socialdemocracia*, se distinga de todas las demás clases de la sociedad capitalista, por razones económicas objetivas, por su capacidad para organizarse. Sin esta condición previa, la organización de los revolucionarios profesionales no sería otra cosa que un juego, una aventura...” El folleto *¿Qué hacer?* subraya constantemente que la organización de los revolucionarios profesionales que en él se preconiza no tiene sentido más que en relación con ”la clase realmente revolucionaria que surge de modo elemental para la lucha”.

³¹ ”Fue precisamente Marx el primero en descubrir la ley según la cual todas las luchas históricas, ya se libren en el plano político, religioso, filosófico o en cualquier otro terreno ideológico, no son, de hecho, más que expresión más o menos clara de la pugna entre clases sociales : ley en virtud de la cual la existencia de esas clases y, consiguientemente, también sus enfrentamientos, están, a su vez, condicionados por el grado de desarrollo de su situación económica, por su modo de producción y de cambio...” (Engels, prefacio a la 3.a edición alemana de *El 18 de brumario de Luis Bonaparte*.)

fuerzas sociales las utilicen.³² Esto fue precisamente lo que ocurrió con Stalin y su fracción en el seno del Partido bolchevique.

La "pura" política de poder que tanto parece admirar Krassó degrada a sus protagonistas hasta el punto de que pierden todo control sobre sus propias acciones. El vínculo entre los fines conscientes y las consecuencias objetivas de estas acciones se difumina y finalmente desaparece. Los marxistas, por el contrario, conceden la mayor importancia a la acción consciente; y tal conciencia implica reconocer el papel decisivo de las fuerzas sociales y de los límites que este papel impone inevitablemente a la acción de todo individuo. La incomprensión por parte de Krassó de esta relación dialéctica entre partido y clase, su desconocimiento del problema, están en el origen de la debilidad fundamental de su ensayo.

La clase obrera no puede triunfar sin partido de vanguardia. Pero el partido de vanguardia es, a su vez, producto de la clase obrera, aunque no tan sólo de ella. No puede desempeñar su papel más que si cuenta con el apoyo de la parte más activa, de esta clase.³³ Por otra parte, en ausencia de condiciones favorables, la clase obrera no puede producir ese partido de vanguardia, ni el partido de vanguardia puede conducir a la clase obrera a la victoria. Por último, a falta de una clara comprensión de estos problemas, no surgirá ningún partido de vanguardia, aun cuando las condiciones sean favorables, y se perderán irrevocablemente, por largo tiempo, las oportunidades de victoria de la revolución.

Desde 1916, Trotsky comprendió perfectamente esta relación dialéctica y la aplicó a distintas situaciones concretas de un modo tan magistral que es absurdo afirmar, como hace Krassó, que "no supo discernir el poder autónomo de las instituciones políticas". El propio Krassó define los ensayos de Trotsky sobre el fascismo alemán como "los únicos escritos marxistas de aquella época, en los que se prevén las catastróficas consecuencias del nazismo y de la política demente que la Comintern, en su Tercer Período, practicó al respecto". Pero, ¿cómo pudo Trotsky alcanzar un análisis tan correcto de la evolución de la sociedad alemana entre 1929 y 1933 sin un examen detallado y sin una comprensión no sólo de las clases sociales y de las fracciones de clase, sino también de sus partidos? ¿No demuestran esos brillantes escritos su capacidad de apreciar correctamente la importancia de los partidos, sobre todo de aquellos que ejercen influencia sobre la clase obrera? ¿No quedan resumidas sus advertencias en este grito de Casandra: "O bien el partido comunista y la socialdemocracia combatirán juntos a Hitler, o bien Hitler aplastará a la clase obrera alemana por un largo período"? ¿No se basaba este llamamiento, precisamente, en la comprensión por parte de Trotsky de la *incapacidad* de la clase obrera para enfrentarse a la amenaza fascista sin la unión de los *partidos* obreros? ¿No iba emparejado todo este análisis con un estudio, igualmente minucioso, de la evolución de las instituciones políticas burguesas, análisis que permitió a Trotsky descubrir el valor universal, en nuestra época, de la categoría marxista del bonapartismo? A la luz de todos estos hechos, ¿qué queda de la tesis de Krassó según la cual Trotsky "subestimó el poder autónomo de las instituciones políticas" hasta el fin de sus días?

³² Uno de los documentos más patéticos de los años veinte es precisamente el folleto de Stalin Preguntas y respuestas, escrito en 1925, en el que declara que la degeneración del partido y del Estado son posibles, "si es que" la política exterior del gobierno soviético abandona el internacionalismo proletario, reparte, junto con el imperialismo, el mundo en esferas de influencia, o disuelve la Comintern; eventualidades que, por supuesto, descartaba completamente, pero que él mismo realizaría al cabo de dieciocho años.

³³ En *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, Lenin insiste en la necesidad, para la vanguardia comunista, de conquistar el apoyo de "la clase trabajadora entera", de las "más amplias masas", antes de poder conquistar victoriosamente el poder.

2. La lucha por el poder y los conflictos sociales en la Unión Soviética (1923-1927)

Al estudiar la "lucha por el poder" en el seno del partido comunista soviético entre 1923 y 1927, Krassó se divide en dos líneas de pensamiento contradictorias. Por un lado, pretende que Trotsky cometió error tras error por subestimar la autonomía de las instituciones políticas. No quiso aliarse con la derecha de Stalin y, con ello, le proporcionó a Stalin la victoria, ya que el único medio de impedir tal victoria era el de unir contra Stalin a todos los viejos bolcheviques. Por otro lado, sostiene que Trotsky no tenía ninguna posibilidad de victoria, dada la actitud de toda la vieja guardia bolchevique, virtualmente unida contra él en 1923: "En efecto, Stalin era ya dueño de la organización del partido en 1923." Estas dos líneas de pensamiento son contradictorias. En el primer caso, la victoria de Stalin es consecuencia de los errores de su adversario; en el segundo, esta victoria es inevitable.

La debilidad del análisis de Krassó se evidencia claramente por el hecho de que ninguna de las dos *versiones* aporta ninguna *explicación*; los hechos – o, mejor dicho, la interpretación parcialmente falsa que Krassó da de ellos –, sencillamente, se presuponen. Según la primera versión, y quién sabe por qué razón, no sólo Trotsky, sino también todos los viejos bolcheviques desatendieron las advertencias de Lenin sobre el poder de Stalin, y se unieron a éste contra Trotsky en vez de unirse a Trotsky en su lucha contra Stalin. Según la segunda versión, sin que se sepa tampoco por qué, Stalin se adueña repentinamente del partido ya en 1923, estando aún en vida Lenin. ¿Obedeció ello tan sólo a su habilidad para maniobrar en el seno del partido, a su "capacidad de persuadir a los individuos y a los grupos para que aceptaran la política que preconizaba", o, incluso, a su "gran paciencia"? Pero si así fue, eso quiere decir que Stalin surgió como un gigante entre enanos, y que incluso Lenin se dejó manipular por el astuto secretario general...

En este caso, la historia se hace completamente incomprensible para la ciencia social, y se reduce, en un vacío social, a un escenario por la "conquista del poder". Los millones de víctimas de la colectivización forzosa y de la *Yejovchtchina*; la conquista del poder por Hitler; la derrota de los republicanos españoles y los cincuenta millones de víctimas de la segunda guerra mundial, todo ello parece deberse al accidente genético de la concepción de José Djugashvili. Vemos aquí el resultado final de la insistencia en una autonomía absoluta de las instituciones políticas, separadas de las fuerzas sociales, y de la negativa a considerar las luchas políticas como reflejo, en último análisis, de los intereses contradictorios de las fuerzas sociales. Marx, en su prefacio a la segunda edición de *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte*, señala que Victor Hugo, al considerar la toma del poder por Luis Bonaparte como golpe de fuerza de un individuo, "lo engrandecía en vez de disminuirlo, atribuyéndole un poder de iniciativa personal sin precedente en la historia".³⁴ Y las consecuencias de la toma del poder por Luis Bonaparte parecen minúsculas en comparación a las que tuvo la toma del poder por Stalin.

El método correcto para *comprender* y *explicar* lo que ocurrió en Rusia entre 1923 y 1927, o, más bien, entre 1920 y 1936, consiste en exponer, tal como sugiere Marx en el prefacio antes mencionado, "cómo la lucha de clases ha podido crear unas circunstancias y una situación en que un personaje mediocre" pudo convertirse en héroe y dictador.

En este contexto, lo importante, según el método no marxista de Krassó, no es únicamente el que considere las luchas internas del partido "focalizadas en el ejercicio del poder como tal", es decir, en cierta medida, separadas incluso de las cuestiones políticas que suscitaron. Lo importante es, sobre todo, el negarse a vincular, directa o indirectamente, las contradicciones sociales con la lucha política tal como se expresa, especialmente, cuando entran en juego

³⁴ Marx-Engels, *Selected Works*, vol. I, p. 244, Ed. en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1958.

ideas o programas divergentes. Aquí, la idea de autonomía de las instituciones políticas es llevada hasta un punto en que se hace incompatible con el materialismo histórico. De hecho, cuando Krassó echa en cara a Trotsky el haber escrito que "incluso divergencias episódicas y matices de opinión *pueden* expresar la presión *oculta* de intereses sociales distintos" (subrayado nuestro), ¡lo que le echa en cara es ser marxista! Ya que esta frase en concreto no plantea, como parece suponer Krassó, ninguna "identidad" eventual entre los partidos y las clases, sino sencillamente el hecho de que los partidos, en último análisis, representan intereses sociales, y no pueden ser entendidos históricamente más que como portavoces de distintos intereses sociales. Esto es, a fin de cuentas, lo que Marx expuso detalladamente en *La lucha de clases en Francia, 1848-1850*, y en *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte*, por no citar más que las obras más conocidas.

Nada tiene de sorprendente que, en estas condiciones, Krassó no mencione ni siquiera una sola vez a la capa social que convierte en inteligible, en términos sociohistóricos, toda la historia rusa de los años veinte: la burocracia. No debe considerarse como una idiosincrasia personal la reiterada insistencia de Trotsky sobre el papel de la burocracia como fuerza social con intereses separados³⁵ de los del proletariado. Ya en 1871, Marx y Engels, en sus escritos sobre la Comuna de París, llamaron la atención sobre el peligro de que una burocracia pudiera dominar un Estado proletario, y enumeraron una serie de normas sencillas para eludir este peligro³⁶. Kautsky, en el mejor período de su madurez, cuando Lenin se consideraba su discípulo, señaló este peligro, en 1898, de modo profético.³⁷ Lenin, en *El Estado y la revolución* y en el primer programa bolchevique tras la revolución de octubre, subraya la gravedad de este problema.³⁸

Hubiera podido esperarse que un escritor como Krassó, que se considera un gran admirador de Lenin, prestara, al menos, alguna atención a aquello que se convirtió en el principal combate final de Lenin, en la preocupación obsesiva de la última parte de su vida: la lucha contra la burocracia. Ya en 1921, se negaba a definir a la Unión Soviética como Estado obrero, declarando, en cambio, que Rusia era un "Estado proletario con deformaciones burocráticas". Su aprensión y su inquietud fueron creciendo mes a mes. Puede seguirse esta evolución de artículo en artículo en todos sus últimos escritos, hasta llegar a las sombrías profecías de su último ensayo y de su *Testamento*.³⁹

³⁵ No *totalmente* separados, sin embargo, como tampoco la burocracia fascista puede llegar a separarse por entero del capitalismo monopolista. Sin embargo, en ambos casos, la defensa de los intereses históricos de clase (propiedad colectiva en el primer caso, propiedad privada en el segundo) se combina con una profunda expropiación *política* de la clase, e incluso con grandes sufrimientos individuales de muchos de sus miembros.

³⁶ Marx-Engels, *La guerra civil en Francia*, introducción de Engels a la edición alemana de 1891.

³⁷ Kautsky, *Der Ursprung des Christentums*, 13.a edición, Dietz Verlag, Stuttgart, 1923, p. 499.

³⁸ En su discurso sobre el programa del partido, antes del VIII congreso del Partido comunista de la Unión Soviética (19 de marzo de 1919), Lenin recuerda varias veces el problema de la burocracia: "La carencia de cultura de Rusia..., corrompe el poder soviético y recrea la burocracia... la burocracia se camufla en comunistas... combatir el burocratismo hasta el fin, hasta la victoria total, es imposible si el pueblo entero no participa en la administración del país..."

³⁹ Ejemplos: "Vemos surgir el mal ante nosotros (el burocratismo) de un modo más claro, más preciso y más amenazador" (21 de abril de 1921); "el recurso de la huelga en un Estado en que el poder político pertenece al proletariado no puede explicarse ni justificarse más que por las deformaciones burocráticas del Estado proletario..." (17 de enero de 1922); "sin embargo, si consideramos Moscú – 4.700 responsables comunistas –, y si consideramos esta máquina burocrática, esta montaña, ¿quién gobierna y quién es gobernado? Dudo mucho que pueda decirse que los comunistas gobiernan esta montaña. En realidad, no gobiernan, sino que son gobernados" (2 de marzo de 1923). En el tercer codicilo añadido a su *Testamento*, redactado el 26 de diciembre de 1922, Lenin propone que entren en el Comité central varias decenas de trabajadores, y que no se elijan entre aquellos que han trabajado ya en el aparato soviético, ya que estarían ya infectados por el virus burocrático.

Lenin comprendió, sin la menor duda, la interacción concreta entre el proceso social –pasividad política creciente de la clase obrera y poder creciente de la burocracia en el aparato del partido y en la sociedad, junto a una creciente burocratización del aparato del partido – y las luchas internas en el partido. Trotsky, empleando el mismo método, comprendió, indudablemente – al cabo de cierto tiempo –, esta interacción, y actuó en consecuencia.⁴⁰ Lo trágico fue que los demás miembros del Partido bolchevique no vieron a tiempo el peligro de la burocracia y de la ascensión de Stalin como representante de la burocracia soviética. Todos acabaron por ver el peligro, en un momento u otro, pero no lo hicieron ni a la vez ni lo bastante pronto. Esta es la razón fundamental de la aparente facilidad con que Stalin conquistó el poder.

Está fuera de toda duda de que Trotsky cometiera errores tácticos en la lucha, errores particularmente evidentes hoy para autores como Krassó, dotados de esa fuente única de inteligencia política que es la perspicacia retrospectiva.⁴¹ Pero también Lenin cometió errores. Después de todo, fue Lenin el que creó el aparato del partido que ahora empezaba a degenerar. Fue Lenin el que no se opuso a la elección de Stalin para el cargo de secretario general. Fue Lenin el que avaló con su autoridad personal una serie de medidas institucionales y administrativas que favorecieron poderosamente la victoria de la burocracia, y que hoy sabemos – también por perspicacia retrospectiva – que hubieran podido evitarse sin destruir la revolución: la norma de la autoridad única del director de fábrica; la excesiva importancia concedida a los estímulos materiales; la exagerada identificación entre el partido y el Estado; la supresión de los vestigios de partidos o agrupamientos soviéticos que no fueran el Partido bolchevique cuando ya la guerra civil había terminado (y cuando esos mismos agrupamientos habían sido tolerados, durante la guerra civil, a condición de no pactar con la contrarrevolución); la supresión del derecho tradicional de los miembros del Partido bolchevique a formar fracciones.⁴²

Puede decirse, de forma mucho más general, que, después de la guerra civil y al comienzo de la NEP, Lenin exageró el peligro inmediato que podía resultar del relajamiento de la disci-

⁴⁰ Es inexacto que, como dice Krasso, Lenin, en su Testamento, "no le concediera una especial confianza" (a Trotsky). El Testamento presenta a Trotsky como el miembro más capaz del Comité central. Subraya, eso es cierto, lo que según Lenin constituyen sus debilidades, pero también pronostica un agudo conflicto entre Trotsky y Stalin, y propone eliminar a Stalin de su posición central en la organización.

⁴¹ La enumeración de estos errores es inexacta en muchos aspectos. Krasso atribuye falsamente a Trotsky la idea de la "militarización de la mano de obra", que fue, en realidad, una decisión colectiva del partido, adoptada en el IX congreso del PCUS. Alega que Trotsky no luchó por la publicación del *Testamento* de Lenin; en realidad, en este punto, Trotsky fue derrotado por la dirección del partido, y no quiso quebrantar la disciplina por razones que veremos más adelante. Trotsky, afirma Krasso, "fue totalmente incapaz de ver que Stalin estaba decidido a separarlo del partido". Puede que esto fuera cierto en 1923, pero entonces nadie se daba cuenta de ello, ni, probablemente, siquiera Stalin debía pensar en recurrir a esta medida extrema. En cambio, Trotsky se dio cuenta antes que ningún otro dirigente bolchevique de la gravedad de la situación en el partido y en el Estado, situación que, dado el carácter de Stalin, tenía que conducir a expulsiones, y luego a represiones sangrientas. Krasso escribe que Trotsky no le prestó atención alguna a la ruptura de la troika Stalin-Kamenev-Zinoviev. Se olvida de añadir que fue de esta ruptura de donde nació la oposición conjunta de la izquierda entre Trotsky, por un lado, y Zinoviev y Kamenev por otro, y que este frente unido no fue roto, en 1927-28, por Trotsky y sus amigos, sino por los partidarios de Zinoviev.

⁴² Para hacer justicia a Lenin, hay que añadir que, al mismo tiempo que cometía estos errores, trataba de introducir una serie de medidas cautelares destinadas a frenar el proceso de burocratización del Estado y del partido. El sistema de la troika limitó realmente la autoridad de los directores en las fábricas. Los derechos de los sindicatos fueron aumentados (en este punto, Lenin criticó justificadamente las propuestas de Trotsky referentes a los sindicatos). Se mantuvo el principio de "salario máximo" para los cuadros del partido. Al mismo tiempo que se suprimían las fracciones, se consolidó el derecho a formar tendencias, y Chliapnikov recibió la promesa de que sus ideas opositoras se imprimirían en cientos de miles de ejemplares. Pero la historia ha demostrado que cuanto más pasivo se hace el proletariado tanto más se extiende el poder de la burocracia, y tanto más fácil le resulta a ésta abolir estas medidas cautelares mediante algunos ataques-relámpago; cosa que hizo entre 1927 y comienzos de los años treinta.

plina en el partido, y que subestimó el peligro de que la supresión de las libertades civiles (de las que hasta entonces gozaban las tendencias no bolcheviques) y la reducción de la democracia interna del partido aceleraran el proceso de burocratización que tan justificadamente temía. El origen de este error reside, precisamente, en una identificación demasiado estrecha entre el partido y el proletariado, y en la creencia de que el partido defendía de modo autónomo las conquistas del proletariado. Algunos años más tarde, Lenin comprendió hasta qué punto se había equivocado; pero era ya tarde para eliminar el germen del peligro de burocratización del aparato del partido.

Krassó se equivoca por completo cuando opina que Trotsky subestimó la autonomía del poder de las instituciones políticas durante su dramática lucha en el seno del partido entre 1923 y 1927. Lo cierto es todo lo contrario. Su estrategia política, en el curso de aquel período, sólo puede entenderse a la luz de cómo entendió la relación dialéctica particular entre las condiciones objetivas de la sociedad soviética, rodeada de Estados capitalistas hostiles, la fuerza correspondiente de los agrupamientos sociales en la sociedad soviética y el papel autónomo del Partido bolchevique *en ese período particular y en esas condiciones concretas*.

Debido a que Krassó no comprende esta estrategia, y que desea, evidentemente, explicar las posiciones de Trotsky a través de su supuesto pecado original de éste, se sorprende y denuncia su total incoherencia. "Trotsky, nos dice, nunca abordó de modo concreto el problema de la puesta en práctica de su política económica en el curso de los años veinte." Esta política económica, según Krassó, no era más que el resultado del "talento administrativo" de Trotsky, y no el de una elaboración política correcta que tomara en cuenta las diferentes fuerzas sociales de la URSS. Además, esta política no provenía de su teoría de la revolución permanente, que implicaba que "no es viable el socialismo en un solo país" ya que sucumbiría bajo los efectos de la "subversión" que desencadenara el mercado mundial y de la agresión imperialista extranjera... Ante tantas deformaciones de la historia, nos preguntamos si acaso las incoherencias que Krassó imputa a Trotsky no existirán tan sólo en la mente de Krassó.

Resulta incoherente, en efecto, contraponer el programa económico de urgencia de Trotsky a su concepto de "revolución permanente".⁴³ ¿Cómo podía un marxista, que, según Krassó, les daba a las ideas tanta preponderancia y las vinculaba de forma tan "inmediata" a las fuerzas sociales, luchar por un crecimiento económico acelerado de la Unión Soviética y, al mismo tiempo, sostener que todo dependía de una revolución internacional inminente sin la cual la Unión Soviética se hundiría? ¿Acaso la segunda afirmación no convierte en ilusoria la lucha económica? He aquí una contradicción implícita de la versión *falsificada* de la teoría de la revolución permanente, que ni los críticos estalinistas de ayer y de hoy ni algunos estúpidos seudodiscípulos de extrema izquierda han sido nunca capaces de resolver. El misterio es de fácil elucidación cuando se plantea el problema en unos términos correctos: todo lo que afirmó Trotsky en su tercera "ley de la revolución permanente" fue que una sociedad socialista acabada, es decir, una sociedad sin clases, sin comercio, sin moneda y sin Estado, nunca podrá ser realizada dentro de las fronteras de un solo Estado (entonces más atrasado que la mayoría de los Estados capitalistas avanzados de la época).⁴⁴ Ni por un solo instante negó la

⁴³ Krasso dice que la fórmula de "revolución permanente" es "impropia e indica una falta de precisión científica incluso en sus más profundas intuiciones". Parece ignorar que esta fórmula la inventó el propio Marx.

⁴⁴ En uno de los capítulos de su crítica del *Proyecto de programa de la Comintern*, Trotsky expone muy detalladamente el hecho de que Stalin y sus aliados han confundido deliberadamente el problema de la posibilidad de una victoria de la revolución socialista en un solo país – que implica la necesidad de un inicio de organización socialista y de construcción socialista de la economía – con el problema de la victoria final del socialismo, es decir, el establecimiento de una sociedad socialista plenamente desarrollada (Cf. *La Internacional Comunista después de Lenin*; ed. de PUF, París, 1969, pp. 94-129). Resulta interesante observar que, aún en 1924, en la primera edición rusa de *Lenin y el leninismo*, el propio Stalin escribía: "Para la victoria final del socialismo, para la organización de la producción socialista, son insuficientes los esfuerzos de un solo país, en

necesidad de empezar a edificar el socialismo o de lograr, con este objeto, un crecimiento económico acelerado que debería proseguirse durante todo el tiempo en que la revolución sólo se hubiera realizado en un único país. Al fin y al cabo, él fue el primero en proponer concretamente una política de aceleración de la industrialización.

Si todo el debate se redujera al problema teórico abstracto de la *terminación* del socialismo (distinto del comunismo, que se caracteriza por la desaparición total de la división social del trabajo), cabría entonces preguntarse: ¿por qué fue la discusión tan encarnizada? ¿No cometería Trotsky un grave error táctico al entrar personalmente en un combate tan difícilmente comprensible para la gran mayoría de los miembros del partido?

Lo cierto es que no fue ni mucho menos Trotsky el que levantó el problema, sino Stalin y su fracción. Se trató, sin duda, de un "hábil" movimiento táctico orientado a separar a Trotsky y sus partidarios de los más pragmáticos de los cuadros bolcheviques. Sin embargo, la mayoría de la vieja guardia, incluyendo a la viuda de Lenin, se alineó con la oposición de izquierda unida; Zinoviev y Kamenev, en particular, se lanzaron a la batalla. La oposición de Trotsky a la teoría del "socialismo en un solo país" se convirtió, de este modo, en el terreno de su más estrecha colaboración con la vieja guardia después de la guerra civil.

Ni los malabarismos ideológicos de Stalin ni la resistencia que les opuso la vieja guardia fueron accidentales. En la teoría del "socialismo en un solo país", la burocracia expresaba la conciencia naciente de su poder, y volvía arrogantemente la espalda a los principios elementales del marxismo-leninismo. Se "emancipaba" no sólo de la revolución mundial, sino también de toda la herencia teórica de Lenin, e incidentemente pensaba tener otras cosas por hacer que contar con la acción consciente de la clase obrera soviética y mundial. Al oponerse a este rechazo de la más elemental teoría marxista, la vieja guardia demostraba sus cualidades fundamentales. Estaba dispuesta a seguir a Stalin para "preservar la unidad del partido", para "no comprometer la dictadura del proletariado"; pero se resistía a llegar hasta el abandono de los principios básicos de la teoría de Lenin. Tal como antes hemos dicho, la tragedia de los años veinte fue, de hecho, la tragedia de esta vieja guardia, es decir, del partido de Lenin sin Lenin. Pero Stalin le rindió el supremo homenaje de un total exterminio físico, revelando con ello su convicción de que la vieja guardia era, por naturaleza, "irrecuperable" para la siniestra dictadura burocrática de los años treinta y cuarenta.

Allí donde Krassó fragmenta el pensamiento de Trotsky, en el curso de los años veinte, en otros tantos pedazos dispersos e incoherentes, lo que hay en realidad es unidad dialéctica y coherencia. Trotsky estaba convencido de que la sociedad soviética, que estaba pasando del capitalismo al socialismo, no podría, en el marco de la NEP, resolver gradualmente sus problemas. Rechazaba la idea de la coexistencia pacífica entre una pequeña producción mercantil y una industria socialista, anverso ya conocido de lo que era la "coexistencia pacífica" del capitalismo y el Estado obrero en el escenario mundial. Estaba convencido de que, tarde o temprano, las fuerzas sociales antagónicas se enfrentarían en los planos nacional e internacional. Su política puede resumirse de este modo: favorecer toda tendencia que, en el

especial de un país campesino como Rusia." Las razones económicas expuestas por Trotsky sobre la imposibilidad del "socialismo en un solo país", confusas en Krassó, se hacen perfectamente inteligibles si se las considera desde el punto de vista de la "victoria final" y no del "comienzo de la edificación". Evidentemente, una economía socialista llegada a la madurez debe poseer una productividad del trabajo mayor que las economías capitalistas más avanzadas; en este punto, incluso Stalin y Bujarin estuvieron de acuerdo. Trotsky sostenía, sencillamente, que, en una economía esencialmente autárquica, sería imposible alcanzar un nivel de productividad superior al que los países imperialistas alcanzan gracias a su división internacional del trabajo. En ningún momento pretende que esto deba conducir a una inevitable "subversión" de la economía planificada de la Unión Soviética. Declara, sencillamente, que esto podría convertirse en una fuente de conflictos violentos y de contradicciones que no permitirían a la Unión Soviética la realización de una sociedad sin clases. La historia ha confirmado plenamente este diagnóstico.

plano nacional o en el internacional, fortalezca al proletariado, su poder numérico y cualitativo, su confianza en sí mismo y su dirección revolucionaria; debilitar todas las tendencias que, en el plano nacional o en el internacional, tiendan a dividir a la clase obrera o a disminuir su capacidad y su voluntad de autodefensa.

Desde esta óptica, todo se vuelve coherente y desaparece todo misterio. Trotsky es partidario de la industrialización porque es indispensable para el fortalecimiento del proletariado en el seno de la sociedad soviética. Es partidario de la colectivización gradual del campo para atenuar la presión de los campesinos ricos sobre el Estado proletario y el chantaje que pueden llegar a ejercer sobre las ciudades con la amenaza de cortar las entregas de grano. Es partidario de combinar la industrialización acelerada con la colectivización gradual de la tierra porque es preciso crear la infraestructura técnica de las granjas colectivas (tractores y maquinaria agrícola⁴⁵), sin la cual la colectivización podría llegar a provocar el hambre en las ciudades. Es partidario de una ampliación de la democracia de los soviets con objeto de estimular la actividad y la conciencia políticas de la clase obrera. Es partidario de eliminar el paro y de aumentar los salarios reales porque la industrialización, si va acompañada de un descenso del nivel de vida de los obreros, hace bajar la actividad política autónoma del proletariado en vez de aumentarla.⁴⁶ Es partidario de una línea de la Comintern que saque provecho de todas las condiciones favorables para la victoria proletaria en otros países, porque ello mejoraría la relación internacional de fuerzas a favor del proletariado. La combinación de estas medidas no hubiera evitado una primera prueba de fuerza con el enemigo; pero hubiera tenido lugar en unas condiciones mucho más favorables que en 1928-32, en el interior, y en 1941-45 en el exterior.

¿Era "irreal" este programa? No, ya que existían las condiciones *objetivas* para su realización. Ningún historiador sin prejuicios puede hoy dudar de que si se hubiera seguido esa otra línea, el proletariado y el pueblo soviéticos se hubieran ahorrado innumerables sacrificios y sufrimientos, y que la humanidad se hubiera evitado, si no una guerra, sí al menos el azote del fascismo victorioso extendido por Europa, con sus decenas de millones de muertos. Pero este programa sí era irreal en el sentido de que las condiciones *subjetivas* para su realización eran inexistentes. El proletariado soviético estaba pasivo y fragmentado. Veía con simpatía el programa de la oposición de izquierda, pero no tenía la suficiente energía militante para luchar por él. En contra de lo que parece pensar Krassó, Trotsky no se hizo jamás la menor ilusión al respecto.

Abandonar de inmediato el Partido bolchevique, fundar un nuevo partido (ilegal), significaba contar demasiado exclusivamente con una clase obrera cada vez más pasiva. Contar con el ejército, organizar un golpe de Estado, significaba, de hecho, sustituir un aparato burocrático por otro y condenarse a convertirse en prisionero de la burocracia. Aquellos que echan en cara

⁴⁵ Este no es más que un ejemplo del hecho de que Stalin *no adoptó* el programa de Trotsky, sino tan sólo partes de tal programa, sin consideración a su lógica interna. A partir de 1923, la oposición luchó por la construcción de una fábrica de tractores en Tsaritsyn. El proyecto fue aceptado. Pero la fábrica no se construyó hasta 1928. Si se hubieran producido tractores desde 1924-25, y los koljoses se hubieran desarrollado gradualmente, atrayendo a los campesinos pobres, en base a la voluntariedad, gracias a la más elevada productividad del trabajo y a los ingresos más altos en el sector cooperativo, la combinación de la industrialización y de la colectivización de la agricultura hubiera llevado a una situación totalmente distinta de la trágica situación de los años 1928-32, de la que la Unión Soviética sigue hoy sufriendo los efectos.

⁴⁶ La oposición propuso, como otras fuentes de acumulación, que, en vez del inexorable descenso del nivel de vida de los obreros y de los campesinos ordenado por Stalin, se gravara con un impuesto especial tan sólo a los campesinos ricos, y que se decidiera una reducción radical de los gastos administrativos, todo ello hubiera supuesto un ahorro de mil millones de rublos-oro anuales. Si los objetivos del primer plan quinquenal se hubieran extendido a ocho o diez años a partir de 1923-24, en vez de a cinco años, hubieran impuesto unas restricciones mucho menos pesadas para las masas populares.

a Trotsky el no haber adoptado una de estas dos vías no comprenden la situación en términos de fuerzas sociales y políticas fundamentales. La tarea de un revolucionario proletario no consiste en "hacerse con el poder" empleando los medios que sean y en las condiciones que sean, sino en tomar el poder para poner en marcha un programa socialista. Si el poder no puede obtenerse más que en unas condiciones que nos alejan de los objetivos de tal programa en vez de acercarnos a ellos, es preferible mil veces permanecer en la oposición. Los admiradores no marxistas del poder en abstracto, desvinculado de la realidad social, ven ahí una "debilidad". Cualquier marxista convencido verá en ello, por el contrario, la mayor fuerza de Trotsky y su aportación a la historia, y no la grieta de su coraza.

¿Fue acaso la lucha de Trotsky durante los años veinte tan sólo una "pose" que adoptó ante la historia, con objeto de "salvar el programa"? Dicho sea de paso, aunque así hubiera sido, Trotsky quedaría, históricamente, totalmente justificado. Hoy, debería resultar evidente que la reapropiación del auténtico marxismo por parte de la nueva vanguardia revolucionaria mundial se ve enormemente facilitada por el hecho de que Trotsky, casi solo, salvara la herencia y la continuidad del marxismo durante los "oscuros años treinta".

En realidad, sin embargo, la lucha de Trotsky tuvo un objetivo más concreto. La clase obrera soviética estaba pasiva, pero no estaba predeterminada su pasividad durante un largo período. Cualquier impulso de la revolución internacional, cualquier modificación en la relación entre las fuerzas sociales en el interior podía determinar un renacimiento. Los instrumentos inmediatos para emprender estos cambios no podían ser otros que la Comintern y el Partido comunista de la Unión Soviética. Trotsky luchó para que el partido detuviera el proceso de degeneración burocrática, cosa que Lenin le había encomendado. La historia ha revelado, a posteriori, que el aparato del partido se había burocratizado ya hasta el punto de actuar como motor y no como freno en el proceso de expropiación política del proletariado. *A priori*, el resultado de esta lucha dependía de las opciones políticas concretas de la dirección del PCUS, de los viejos bolcheviques. Un giro hacia la orientación correcta, en el momento oportuno, hubiera podido invertir el proceso; no hasta el punto de eliminar por completo a la burocracia (lo cual era imposible en un país subdesarrollado y amenazado por el capitalismo), pero sí hasta el de disminuir su nefasta influencia y reinfundir confianza en sí mismo al proletariado. El "fracaso" de Trotsky fue también el de la vieja guardia, que comprendió demasiado tarde la verdadera naturaleza del monstruoso parásito que la revolución había engendrado. Pero este mismo "fracaso" evidencia que Trotsky había comprendido las relaciones complejas entre fuerzas sociales, instituciones políticas e ideas durante los años veinte.

3. ¿Era imposible una extensión internacional de la revolución entre 1919 y 1949?

Llegamos ahora al tercer panel de la crítica de Krassó, el más importante, pero también el más débil: su reproche a Trotsky de haber esperado y previsto revoluciones extranjeras después de 1923.

Toda esta parte del ensayo de Krassó está dominada por una curiosa paradoja. Krassó empieza por acusar a Trotsky de haber subestimado el papel del partido. Ahora, sin embargo, Krassó declara que la esperanza de Trotsky en revoluciones victoriosas en Europa occidental se basaba en su incapacidad "para comprender las diferencias fundamentales entre las estructuras sociales rusas y las de Europa occidental". En otros términos, las condiciones objetivas hacían imposible una revolución mundial, al menos entre las dos guerras. Por oposición al "voluntarismo" que le echa en cara a Trotsky, Krassó defiende en este punto un burdo determinismo económico y social: puesto que las revoluciones no han triunfado (hasta el momento) en Occidente, esto quiere decir que no podían vencer; y si no podían vencer, ello se debe a unas "estructuras sociales específicas" de Occidente. El papel del partido, de la vanguardia, de la

dirección, la "autonomía de las instituciones políticas", todo ello es ahora borrado del mapa; y por el propio Krassó, polemizando contra Trotsky. Una curiosa inversión de términos, la verdad...

Pero, ¿y Lenin? ¿Cómo explica Krassó que Lenin, el cual, por citar a Krassó, "estableció la teoría de la relación necesaria entre partido y sociedad", estuviera tan apasionadamente convencido como Trotsky de la necesidad de fundar partidos comunistas y una Internacional Comunista? ¿Considera Krassó esta posición de Lenin como un "vano voluntarismo"? ¿Cómo explica que, años después de Brest-Litovsk (en este punto, Krassó deforma la historia, insinuando lo contrario), Lenin siguiera pensando que era inevitable una extensión internacional de la revolución hacia Occidente y hacia Oriente?⁴⁷ Krassó es incapaz de establecer una diferencia entre la posición de Lenin y la de Trotsky en lo que se refiere a la relación dialéctica entre la Revolución de octubre y la revolución internacional como no sea atribuyendo a Trotsky tres ideas mecanicistas e infantiles: la de que era "inminente" que hubiera revoluciones en Europa; la de que en todos los países capitalistas (o al menos en los de Europa) se cumplían las condiciones para una revolución; y la de que era "indudable" la victoria de estas revoluciones. No hace falta decir que Krassó no podría apuntalar ni una sola de estas alegaciones. Es fácil encontrar pruebas abrumadoras de lo contrario.

Ya en el tercer congreso de la Comintern (1921), Trotsky y Lenin (ambos estaban en el "ala derecha" de ese congreso) declaraban, con razón, que, tras la primera oleada revolucionaria de la posguerra, el capitalismo había logrado un respiro en Europa. No era la "revolución inmediata" la que estaba a la orden del día, sino la preparación de los partidos comunistas para la revolución *futura*, es decir, la elaboración de una política justa destinada a conquistar la mayoría de la clase obrera y a crear unos cuadros y una dirección capaces de conducir a esos partidos a la victoria cuando se presentaran nuevas situaciones revolucionarias.⁴⁸ Criticando el *Proyecto de programa de la Internacional Comunista* de Bujarin y Stalin, Trotsky declaró, explícitamente, en 1928: "El carácter revolucionario de la época no consiste en que permita, en todo momento, realizar la revolución, es decir, tomar el poder. Este carácter revolucionario viene dado por unas oscilaciones profundas y bruscas, por unos cambios frecuentes y brutales: se pasa de una situación francamente revolucionaria, en que el partido comunista puede aspirar a arrebatar el poder, a la victoria de la contrarrevolución fascista o semifascista, y de esta última al régimen provisional de justo medio ('bloque de izquierda', entrada de la socialdemocracia en la coalición, acceso al poder del partido de MacDonald, etc.), que hace que luego las contradicciones se afileen como una navaja de afeitar y plantea claramente el problema del poder."⁴⁹ En sus últimos escritos, describe una y otra vez nuestra época como una rápida sucesión de revoluciones, de contrarrevoluciones y de "estabilizaciones temporales", sucesión que crea, precisamente, las *condiciones objetivas* para la edificación de un partido revolucionario de vanguardia de tipo leninista.

Ahí está, naturalmente, el nudo de la cuestión, que Krassó no ha planteado siquiera; he aquí por qué no podía, evidentemente, darle respuesta. ¿Cuál es la hipótesis de base sobre la que se fundamenta el concepto de la organización de Lenin? Como con tanta exactitud dijo Georg Lukacs, es la hipótesis de la *actualidad de la revolución*⁵⁰, es decir, la disposición consciente

⁴⁷ Dos citas tan sólo: "la primera revolución bolchevique liberó al primer centenar de millones de hombres de la opresión de la guerra imperialista, de la opresión del mundo imperialista. Las futuras revoluciones liberarán a la humanidad entera de la opresión de esas guerras y de ese mundo" (14 de octubre de 1921). "Tenéis que aprender de un modo especial a entender realmente la organización, la construcción, el método y el contenido del trabajo revolucionario. Si lo conseguís, entonces estoy convencido de que la revolución mundial no sólo será buena, sino excelente" (15 de noviembre de 1922). (Cit. según *Oeuvres*, Moscú-París, t. 33, pp. 50 y 444).

⁴⁸ He aquí un ejemplo típico de "subestimación de la autonomía de las instituciones políticas", sin duda...

⁴⁹ Trotsky, *La Internacional Comunista después de Lenin*, cit., p. 179.

⁵⁰ Georg Lukacs, *Lenin*. Cit. según la ed. de EDI, París, 1965, pp. 28-29.

y deliberada del proletariado para tomar el poder cuando se presenten condiciones revolucionarias, y la convicción profunda, basada en las leyes objetivas de la evolución de la sociedad rusa, de que tales situaciones *tienen que* presentarse tarde o temprano. Lenin, cuando escribió su libro sobre el Imperialismo, influenciado por el *Finanzkapital* de Hilferding⁵¹, y cuando hizo un inventario de la primera guerra mundial, extendió, justamente, esta noción de la actualidad de la revolución al conjunto del sistema del mundo imperialista; los eslabones más débiles serán los primeros en romperse, y toda la cadena irá rompiéndose progresivamente.⁵² Ésta era la justificación de su llamamiento para la formación de la III Internacional. Tal era el programa de la naciente Comintern.

Ahora bien, ésta es una concepción central con la que no se puede jugar. O bien es teóricamente exacta y está confirmada por la historia, y, en este caso, no sólo es exacta la "tercera ley de la revolución permanente", sino que las derrotas de la clase obrera entre 1920 y 1943 deben imputarse resueltamente a las insuficiencias de la dirección revolucionaria; o bien aquello que fue la concepción fundamental de Lenin después del 4 de agosto de 1914 era erróneo, viniendo la experiencia a demostrar que no estaban maduras las condiciones objetivas para la aparición periódica de situaciones revolucionarias en el resto de Europa, y, en este caso, no es tan sólo la "tercera ley de la revolución permanente" la que, según dice Krassó, es un "error teórico", sino que también todos los esfuerzos de Lenin para edificar partidos comunistas y organizarlos con objeto de conducir al proletariado a la conquista del poder tendría que condenarse entonces como una criminal actividad escisionista. Después de todo, ¿no es acaso esto lo que los socialdemócratas han sostenido desde hace más de cincuenta años, empleando el mismo argumento de que las "condiciones político-sociales" en Occidente no estaban "maduras" para la revolución, y de que Lenin era incapaz de comprender las diferencias fundamentales entre las estructuras sociales de Rusia y las de Europa occidental?

Puede hacerse un inventario muy rápidamente, al menos en lo que se refiere a las experiencias históricas. Si dejamos de lado a las pequeñas naciones, hubo situaciones revolucionarias, en Alemania, en 1918-19, en 1920 y 1923, y grandes oportunidades para que una defensa victoriosa contra la amenaza nazi derivara en una nueva situación revolucionaria a comienzos de los años 30; en España, hubo situaciones revolucionarias en 1931, 1934, 1936 y 1937; hubo situaciones revolucionarias en Italia en 1920, en 1945 y en 1948 (en el momento del atentado contra Togliatti); hubo situaciones revolucionarias en Francia en 1936 y en 1944 y 1947. Incluso en Gran Bretaña hubo una huelga general, en 1926... Numerosos escritos, incluso de no comunistas y no revolucionarios, atestiguan que, en todas las situaciones, la negativa de las masas a seguir soportando el sistema capitalista y su deseo instintivo de tomar en sus manos el destino de la sociedad coincidían con la confusión, la división, por no decir la parálisis, de las clases dirigentes, lo cual, según Lenin, es la definición misma de una situación revolucionaria clásica. Si aplicamos el esquema al resto del mundo, para poder incluir en él a la revolución china de los años veinte, la insurrección vietnamita de comienzos de los años treinta, y la onda expansiva de una y otra, al final de la segunda guerra mundial, en dos revoluciones poderosas que estimularon el movimiento revolucionario en todos los

⁵¹ Rudolf Hilferding, *Das Finanzkapital*, Wiener Volksbuchhandlung, Viena. En pág. 447 de esta edición, Hilferding concluye con un párrafo sobre las finanzas como dictadura perfecta de las grandes empresas, y predice "una formidable colisión de intereses [sociales] antagónicos" que, finalmente, transformará la dictadura de las grandes empresas en dictadura del proletariado.

⁵² El panfleto *El hundimiento de la Segunda Internacional*, escrito por Lenin en 1915, está centrado en la idea de que se desarrolla en Europa una situación revolucionaria, y que los socialistas deben actuar con objeto de estimular los sentimientos y las acciones revolucionarias de las masas. Sus declaraciones a los dos primeros congresos de la Internacional Comunista extienden este análisis a todos los países bajo régimen colonial o semicolonial.

países coloniales, entonces la definición de ese medio siglo como la "era de la revolución permanente" – título elegido por Isaac Deutscher y George Novack para una antología de textos de Trotsky⁵³ – da cuenta perfectamente de este balance histórico.

Vayamos ahora a la afirmación más extravagante de Krassó: los fracasos de la revolución europea en los años veinte, treinta y comienzos de los cuarenta demuestran, según parece, que "es innegable la superioridad de la óptica de Stalin respecto a la de Trotsky". Y ello debido a que Trotsky preveía revoluciones victoriosas, mientras que Stalin "no hacía demasiado caso de las posibilidades de victoria de las revoluciones en Europa". Pero, ¿la situación no era a la inversa? Trotsky no creía en absoluto en revoluciones automáticamente victoriosas, ni en Europa ni en ningún sitio. Nunca dejó de luchar por una política correcta del movimiento comunista, que, a fin de cuentas, hubiera hecho posible – si no en la primera ocasión, sí al menos en la segunda o la tercera – la transformación de situaciones revolucionarias en victorias revolucionarias. Stalin, al sostener una política incorrecta, contribuyó enormemente al fracaso de esas revoluciones. Prescribió a los comunistas chinos la confianza en Chang Kai-chek y, en un discurso público, en la misma víspera de la matanza de los trabajadores de Shanghai, ordenada por Chang Kai-chek, expresó su entera confianza en su verdugo, calificándolo de "aliado fiel".⁵⁴ Decretó que la socialdemocracia era el peor enemigo de los comunistas alemanes, y que Hitler o bien sería incapaz de conquistar el poder, o bien de conservarlo, no sería sino por unos pocos meses: pronto los comunistas serían los auténticos vencedores. Aconsejó a los comunistas españoles que detuvieran su revolución y que se "ganara antes la guerra" mediante una alianza con la burguesía "liberal". Aconsejó a los comunistas franceses e italianos que edificaran una "nueva democracia" que no sería ya totalmente burguesa por cuanto habría algunos ministros comunistas y algunas nacionalizaciones.

Esta política se saldó en todas partes con desastres. Sin embargo, Krassó, incluso cuando hace balance de las catástrofes, concluye que la visión de Stalin era innegablemente superior a la de Trotsky, ¡porque Stalin "no hacía demasiado caso de las posibilidades de victoria de las revoluciones en Europa"! Tal vez la dirección por parte de Stalin de la III Internacional, la transformación de la Comintern, originariamente instrumento de la revolución mundial, en herramienta diplomática del gobierno soviético, y la teoría del socialismo en un solo país tuvieron algo que ver con el fracaso de las revoluciones en Europa, ¿no es cierto? ¿O acaso Krassó podría llegar a decir que Stalin organizó deliberadamente estas derrotas para "demostrar" la "superioridad" de sus puntos de vista respecto a los de Trotsky?

Como marxistas, hemos de plantear una última pregunta. No se pueden explicar los "errores" cometidos por Stalin en la dirección de la Internacional Comunista diciendo que fueron resultados accidentales de su "falta de comprensión" o de su "provincialismo ruso", como tampoco pueden explicarse los desastrosos resultados de su política interior por la fórmula esencialmente no marxista del "culto de la personalidad".⁵⁵

⁵³ Ed. Laurel, Dell Publishing Company, New York, 1964.

⁵⁴ La dirección maoísta del Partido comunista chino, deformando deliberadamente la verdad histórica, sigue presentando a Chen Du-siu, jefe del Partido comunista chino en el período 1925-27, como responsable de estos "errores"; omite decir que actuaba bajo las indicaciones directas y apremiantes de la Internacional Comunista y, ante todo, bajo las del propio Stalin.

⁵⁵ Muchos se preguntan (como Krasso) si la política de Stalin no queda justificada por la victoria de la URSS en la Segunda Guerra mundial. Ver así las cosas significa presentar un cuadro falseado de la realidad y pasar completamente por alto el precio espantoso que se tuvo que pagar por esta victoria, las innumerables víctimas innecesarias, las innumerables derrotas (incluyendo las derrotas militares : en la Unión Soviética ha surgido toda una literatura sobre este tema). Un hombre que vive en un quinto piso no quiere ni tomar el ascensor ni apretar el botón de la escalera para tener luz. Tropieza, tal como era de esperar, pero, gracias a su robusta constitución, no

Nunca coincidieron sus "errores" tácticos con los intereses del proletariado soviético o internacional. Costaron millones de vidas que hubieran podido salvarse, años de sacrificios inútiles, y horribles sufrimientos bajo la opresión fascista. ¿Cómo puede explicarse que, durante treinta años y en todas partes, excepto en la zona de influencia del ejército rojo, Stalin se opusiera sistemáticamente a todas las tentativas de los partidos comunistas de adueñarse del poder, o las saboteara?⁵⁶ Existe, indudablemente, una explicación *social* de este curioso hecho. Una política tan sistemática no puede explicarse más que como expresión de los *intereses particulares de un grupo social determinado* en el seno de la sociedad soviética: la burocracia.

Este grupo no es una nueva clase. No desempeña ningún papel particular ni objetivamente necesario en el proceso de producción. Es una casta privilegiada del proletariado, nacida después de la conquista del poder, en unas condiciones objetivamente desfavorables para el florecimiento de la democracia socialista. Igual que el proletariado, está fundamentalmente apegado a la propiedad colectiva de los medios de producción y en oposición al capitalismo: por esto Stalin acabó por aplastar a los *kulaks* y se levantó contra la invasión nazi. La burocracia no ha destruido las conquistas socioeconómicas fundamentales de la Revolución de octubre sino que, por el contrario, las ha conservado, aun cuando lo haya hecho por medios cada vez más opuestos a los objetivos fundamentales del socialismo. El modo de producción socializado nacido de la Revolución de octubre ha resistido con éxito todos los asaltos del exterior y todos los sabotajes del interior. Ha demostrado su superioridad ante cientos de millones de hombres. Es este hecho histórico fundamental el que también explica por qué la revolución mundial, en lugar de retrasarse por varios decenios – como afirman los pesimistas –, pudo resurgir con tanta facilidad y lograr victorias importantes después de la Segunda Guerra mundial.

Pero a diferencia del proletariado, la burocracia es esencialmente conservadora y le tiene miedo a cualquier nuevo impulso de la revolución mundial, que, al estimular la combatividad obrera en el interior, podría amenazar su poder y sus privilegios. La teoría y la práctica del "socialismo en un solo país", y luego la teoría y la práctica de la "coexistencia pacífica", reflejan perfectamente la naturaleza, socialmente contradictoria, de esta burocracia. Se defiende resueltamente cuando se ve amenazada de exterminio por el imperialismo; intenta extender su zona de influencia cuando con ello no pone en peligro el equilibrio social de fuerzas a escala mundial. Pero está fundamentalmente apegada al *statu quo*. Los estadistas americanos han terminado por darse cuenta de ello. Krassó debería, por lo menos, dar cuenta de esta continuidad de la política exterior soviética después de la muerte de Lenin, y tratar de darle una explicación social. No encontrará otra que la formulada por Trotsky.

La burocracia y sus defensores pueden, indudablemente, tratar de racionalizar esta política y sostener que sólo perseguía la defensa de la Unión Soviética contra la amenaza de todos los países capitalistas, que se hubieran coligado contra ella si se hubieran sentido "provocados" en uno u otro sitio por revoluciones. De igual modo los socialdemócratas han ido sosteniendo que sólo se oponían a las revoluciones para defender las organizaciones y conquistas de las clase obrera, que se verían aplastadas por la reacción si la burguesía se sintiera "provocada"

se rompe el cráneo, sino tan sólo los brazos y las piernas, y, al cabo de cuatro años, puede ya andar con muletas. Esto demuestra, evidentemente, una fuerte constitución; pero, ¿sirve de argumento para no usar los ascensores?

⁵⁶ Ahora sabemos que Stalin también intentó influenciar a los comunistas yugoslavos y chinos, desaconsejándoles la toma del poder. Dio instrucciones al partido comunista vietnamita para que permaneciera en el seno del imperio colonial francés, rebautizado con el nombre de "Unión francesa". El partido cubano, educado por él, rehusó obstinadamente, durante años, comprometerse con Fidel Castro con vistas a una revolución socialista victoriosa en Cuba. ¿Necesitan estos hechos una explicación *sociológica*, o tan sólo *sicológica*?

por un activismo revolucionario. Pero Marx nos ha enseñado precisamente a no juzgar a los partidos y grupos sociales por lo que dicen de sí mismos ni por sus intenciones, sino por su papel objetivo en el seno de la sociedad y por los resultados objetivos de sus acciones. También la verdadera naturaleza social de la burocracia queda reflejada en la suma de sus acciones; y de igual modo, según Lenin, la verdadera naturaleza social de la burocracia sindical y de los cuadros superiores pequeñoburgueses de la socialdemocracia en los países imperialistas explica su oposición lógica a la revolución socialista.

Y hemos vuelto ahora a nuestro punto de partida. Los marxistas comprenden la autonomía relativa de las instituciones políticas, pero esta comprensión implica un análisis constante de la raigambre social de estas instituciones y de los intereses sociales a los que sirven en último análisis:: Esto implica que cuanto más se elevan estas instituciones por encima de las clases sociales a las que supuestamente sirven en un principio, más tienden a la autodefensa y a la autoconservación y más fácilmente entran en conflicto con los intereses históricos de la clase de la que han surgido. Así fue como entendieron el problema Marx y Lenin. En este sentido, cuando Krassó acusa a Trotsky de haber "subestimado" la posibilidad de autonomía de los "partidos" y las "naciones", le acusa, en definitiva, de haber sido marxista y leninista, Estamos convencidos de que Trotsky hubiera aceptado sin quejarse esta acusación.

Nicolás Krassó: Respuesta a Ernest Mandel

La respuesta de Ernest Mandel a mi crítica del marxismo de Trotsky exige algunos comentarios. Quizás lo más conveniente sea considerar las tres cuestiones fundamentales que él plantea y centrar en ellas la discusión. La mayoría de los detalles que se discuten se resolverán al hacerlo. El objetivo general de mi análisis era examinar y reconstruir la *unidad* del pensamiento y la práctica de Trotsky como marxista, su singular carácter y coherencia. La respuesta de Mandel renuncia a toda tentativa de buscar tal unidad. Cronológicamente, separa al Trotsky de 1904 del de 1905 y al Trotsky de 1912 del de 1917. El Trotsky de 1926 es disociado del de 1922. Estructuralmente el pensamiento de Trotsky está divorciado de su práctica como político. Mi propósito era demostrar que las *differentia specifica* de la actividad de Trotsky considerada como un todo no puede ser meramente identificada con principios abstractos. Mandel no hace virtualmente referencia alguna, a través de todo su artículo, al estilo de liderazgo de Trotsky dentro del partido, a su papel como comandante militar o a su actuación como administrador estatal. Así, es importante destacar desde el comienzo que Mandel ha proporcionado críticas selectivas de las tesis del ensayo original, pero no ha elaborado una contra-teoría del marxismo de Trotsky. Al optar por este procedimiento, ha corrido el riesgo del empirismo. Consecuencia de esto es la reiterada tendencia de Mandel a volver a la tradicional comparación Trotsky-Stalin, mientras que uno de los propósitos de mi ensayo era librar al debate de la insuperable dificultad que entraña. La lucha entre Stalin y Trotsky en los años veinte es considerada a menudo como una lucha de principios. Sin embargo, la polarización Trotsky-Stalin fue un desastre, tal como Lenin lo había vaticinado en su testamento. Actualmente, el punto de partida necesario para examinar a Trotsky y a Stalin, es Lenin. Este es el axioma que rigió todo el desarrollo de la argumentación. Al dividir el pensamiento de Trotsky en episodios aislados, separándolo de la práctica, y relacionándolo con una antípoda abstracta, Mandel ha omitido situar correctamente a Trotsky dentro de la historia del marxismo.

1. Trotsky y el partido

Mandel niega que Trotsky demostrara un sociologismo consecuente y una constante subestimación del papel autónomo de las instituciones políticas. El período inicial de la carrera de Trotsky (1902-1917) es crucial aquí. La argumentación de Mandel es doble. Niega que el modelo de Trotsky del partido revolucionario derivara del PSD alemán, es decir de la idea de un partido coextensivo con la clase trabajadora, a diferencia del modelo propuesto por Lenin en *¿Qué hacer?* Sin embargo la única ocasión en la cual él escribió sobre el partido como tal fue en su virulento ataque a Lenin en 1904 (*Nuestras tareas políticas*). Deutscher comenta explícitamente: "A esta concepción del partido que actuaba como un *locum tenens* del proletariado (es decir, la caricatura que Trotsky hiciera de la concepción de Lenin-NK.), él oponía el plan de Axelrod de un "partido con base amplia" concebido según el modelo de los partidos socialdemócratas europeos".¹ El mismo folleto abundaba en elogios de las dirigidas mencheviques, principales protagonistas de un modelo semejante para Rusia. Dos años después, al escribir *Balance y perspectivas*, Trotsky expresó una gran desconfianza hacia los partidos social-demócratas occidentales, pero esto no le llevó a revisar su concepto del partido revolucionario, sino a olvidarlo. El resultado fue la confianza inmediata en la fuerza de las masas, el "fatalismo social-revolucionario", algo que él mismo confesó más tarde.²

¹ *El profeta armado*, p. 14.

² *La revolución permanente*, p. 49 de la edic. inglesa.

Mandel sostiene, sin embargo, que fue Lenin y no Trotsky quien se inspiró en gran medida en los teóricos de la social-democracia alemana y austríaca para su teoría de la organización del partido. Tal afirmación es sorprendente, si se tiene en cuenta que todo el énfasis de la teoría de Lenin estaba puesto en la creación de un partido de revolucionarios profesionales dedicados a hacer la revolución, noción que era un anatema para Kautsky y Adler. ¿Sobre qué otra cosa se basó la histórica ruptura con los mencheviques? No es accidental que Trotsky fuera incapaz de comprender la significación de esto en aquel momento. No hay pruebas de que en ninguna etapa posterior Trotsky aprendiera verdaderamente la lección de la teoría del partido de Lenin. En 1917, se unió decididamente a los bolcheviques y desempeñó un papel predominante durante la Revolución de Octubre. Pero Mandel mismo demuestra involuntariamente la constante limitación de su pensamiento político cuando dice que: "Trotsky comprendió que la unidad con los mencheviques era imposible cuando la *política* conciliadora (la bastardilla es suya) de los mencheviques en la revolución de 1917 se tornó evidente para él". Precisamente, Trotsky se unió a Lenin, no a causa de su *teoría organizativa del partido*, que era la necesaria formulación histórica de su ruptura con los mencheviques, sino a causa de su política insurreccional de 1917. Nadie debe subestimar la importancia de esta conversión. Pero fue precisamente la diferencia entre los dos lo que originó la persistente desconfianza hacia Trotsky dentro del Partido Bolchevique después de la Revolución de Octubre.

Toda la historia posterior de la lucha interna del partido resulta bastante incomprensible a menos que se acepte este hecho fundamental. Mandel no examina la cuestión en ningún momento. La única referencia que hace a ella es una cita de Lenin en el sentido de que después de 1917 "no hubo mejor bolchevique que Trotsky". Sucede, sin embargo, que esta "cita" es un mero rumor, según aclara Deutscher (a quien Mandel cita como su fuente).³ No existen pruebas contundentes de que Lenin hiciera jamás semejante afirmación en el transcurso de una conversación. Existen, por el contrario, pruebas negativas: el hecho es que en todos sus voluminosos escritos posteriores a 1917, Lenin no comentó nunca el marxismo de Trotsky o el carácter de su conversión al bolchevismo. Este silencio de Lenin, que tuvo tantas oportunidades de ser explícito, es sin duda curioso. Su lacónico comentario sobre Trotsky en su testamento es el único juicio seguro que poseemos.

Por supuesto, durante los años treinta, Trotsky puso un enorme énfasis en el papel del partido en el desarrollo de la historia. Pero, como ya he señalado, este énfasis, que tomó la forma de una tentativa de iniciar una cuarta internacional, sólo reflejó su incapacidad de lograr una verdadera comprensión de la teoría de Lenin. Pero la conciencia de los errores pasados tendió a producir errores nuevos. Trotsky nunca estudió o experimentó profundamente la teoría de Lenin del partido o su relación con la sociedad. Cuando trató de reproducirla, en los años treinta, la caricaturizó, dándole un giro voluntarista e idealista, en concordancia con el carácter anterior de su marxismo pero totalmente alejado del de Lenin. Tanto es así que, en la misma frase citada por Mandel, Trotsky afirma que: "La crisis histórica de la humanidad se reduce a la crisis de la dirección revolucionaria". Los colosales obstáculos sociales, económicos y políticos de los años treinta se *reducen* a una cuestión de "dirección". Semejante formulación idealista es sin duda incompatible con el pensamiento de Lenin; su subjetivismo y su monismo son evidentes. Como corolario de la noción de dirección surge, en el pensamiento posterior de Trotsky, la fetichización del *programa*. Éste se convierte así en la instancia suprema de la eficacia revolucionaria, lo cual está fundamentalmente dissociado de la *estructura* del partido, que era el soporte del pensamiento de Lenin. El programa así

³ *El profeta armado*, p. 243.

concebido se convierte en una *virtú* idealista acerca de la política, mientras que, por el contrario, la insistencia de Lenin sobre la organización, lo vinculaba constantemente con la estructura social y las contradicciones objetivas que actúan dentro de ella. De aquí entonces las enormes diferencias en los resultados prácticos de las dos experiencias de "construcción del partido". Una de ellas estaba ligada al más profundo movimiento interno de la sociedad rusa de su época. La otra no alcanzó jamás logro alguno en Occidente. Hacia el final de su vida, Trotsky recordó al Lenin que había ignorado al comienzo. Pero nunca logró seguir sus pasos.

2. La lucha en la década de los años veinte

El curso concreto de la lucha interna del partido sólo es inteligible a la luz del pasado no leninista de Trotsky. Porque fue ésto lo que no sólo le aisló de la Vieja Guardia sino que le condujo también a numerosos errores tácticos dentro del partido. Los resultados objetivos y subjetivos de su larga ausencia de la vida interna del partido fueron en este sentido decisivos. Mandel arguye que es contradictorio afirmar que Trotsky cometiera un error tras otro en su lucha contra Stalin y que organizativamente Stalin era ya el amo del partido en 1923. "¿Pero acaso es seguro que estas dos líneas de pensamiento sean mutuamente excluyentes? En el primer caso, la victoria de Stalin sería el resultado de los errores de su oponente. En el segundo caso, era inevitable". De hecho, el argumento era que *organizativamente* Stalin era el amo del partido en 1923, pero que la unidad *política* de la Vieja Guardia contra él era la única fuerza que podría haberlo derrotado. El amo organizativo del partido no era ya el gobernante absoluto del país. Stalin, presentándose como el representante del liderazgo colectivo, podría haber sido desafiado con éxito por un conductor colectivo genuino. Porque es indudable que, en 1923, una alianza de Bujarin, Trotsky, Zinóviev y Kámenev hubiera triunfado.⁴ Esta formulación dialéctica define la cuestión central *¿por qué* esa unidad política no se produjo nunca? Mandel admite implícitamente que es ésta la pregunta que hay que formular pero él mismo la propone de manera desesperada y agnóstica: "Lo trágico fue que los otros conductores del Partido Bolchevique no vieron a tiempo el peligro de la burocracia y de que Stalin se encaramara en el poder absoluto como representante de la burocracia soviética. Todos terminaron por ver el peligro, en un momento o en otro, pero no lo vieron al mismo tiempo ni lo suficientemente pronto. Esta es la explicación básica para la aparente facilidad con que Stalin conquistó el poder". Es esta formulación la que no proporciona explicación alguna para el hecho que admite. Una vez aceptado que se trata meramente de que los otros conductores bolcheviques "no vieron a tiempo" el peligro del ascenso de Stalin al poder, los únicos factores causales posibles son el accidente o la aberración. Mi explicación, por el contrario, torna inmediatamente explicable la división de la Vieja Guardia. Trotsky no era considerado por los otros dirigentes bolcheviques como un aliado sino como la principal amenaza, a causa de su pasado no leninista, de su supremacía militar, de su papel autoritario durante el comunismo de guerra y de su concepción militarista en los debates sobre los sindicatos. El bonapartismo no fue, como Mandel parece sugerir, una categoría marxista redescubierta por Trotsky durante la década del treinta: fue, por el contrario, el peligro que

⁴ En mi primer ensayo, destacué la complementariedad objetiva de las políticas de la izquierda y de la derecha, y ello constituye una tesis central que Mandel ignora. El problema que enfrentaba al partido era la forma que adquiriera la síntesis. De hecho, la unidad de izquierda-derecha que los derechistas y los izquierdistas no lograron fue fomentada por Stalin de tres maneras. Primero, por la elemental amalgama de derechismo e izquierdismo de la zigzagueante política oficial soviética. Segundo, dando origen al mito de que tal bloque antipartidario existía realmente. Y tercero, llevando a cabo la unidad de izquierdistas y derechistas en las prisiones.

Bujarin, Zinóviev y los otros vieron en Trotsky. Al mismo tiempo, la carencia misma de experiencia partidaria que provocó estas sospechas hacia Trotsky fue lo que impidió que él las comprendiera y superase. Estaba completamente inmerso en un combate de facción que él tendió siempre a interpretar como la expresión ideológica de los conflictos sociológicos dentro de la sociedad considerada como un todo. De allí entonces que viera a Zinóviev primero y a Bujarín después como a sus enemigos, porque ellos eran los "ideólogos" de la coalición dominante en diferentes momentos: ello fue un error simétrico. Trotsky se convirtió durante largo tiempo en el líder principal de una oposición que no se dio cuenta de que su principal enemigo era Stalin. El resultado fue que, en realidad, tendió a unificar al partido en su contra. El miedo a un tigre de papel hizo que los funcionarios del partido alimentaran a un tigre real; pero lo advirtieron diez años después. Durante la década de los años veinte, Trotsky, como centro negativo, aceleró las tendencias autoritarias y burocráticas del partido. La "primitiva acumulación" del poder de Stalin nació de la autodefensa de la Vieja Guardia contra Trotsky. Para Trotsky, la Vieja Guardia estaba cediendo tímidamente a la presión social de la Rusia retrógrada. Para los funcionarios del partido Trotsky era un peligroso aventurero. De allí entonces que la tendencia de Trotsky a dividir al partido según "principios" puros, creara, irónicamente, una alianza "sin principios" contra él. Stalin ganó adhesiones por su realismo, porque la maquinaria del partido era muy consciente de que estaba aislada de las masas. Stalin nunca fue un derechista ni un izquierdista, y los hombres del aparato del partido adivinaban instintivamente que tampoco era un centrista. Para ellos, Stalin representaba una idea unilateral y elemental que tenía un tremendo atractivo: el poder debía conservarse. La necesidad relativa para Stalin era la *vis inertiae* de la situación. Esa era la vía que ofrecía menor resistencia para conservar el poder y para desarrollarse de manera no capitalista, Stalin llegó así a identificarse con la esencia del poder, aun para sus oponentes. Bujarin decía a Kamenev en 1928: "¿Acaso nuestra situación no es desesperada? Si el país es aplastado, nosotros (es decir el partido) seremos aplastados con él; y si logra recuperarse y Stalin cambia el rumbo con el tiempo, también así seremos aplastados".⁵ Trotsky nunca comprendió esta idea. El resultado fue una serie de torpezas políticas – documentadas en mi ensayo – que aseguraron la victoria de Stalin.

La crucial importancia del problema de la Vieja Guardia fue un producto del contexto socio-político de Rusia en aquel momento. Porque, después de la Guerra Civil, la institución política del partido se desenvolvía dentro de un virtual vacío social. Esto es lo que importa para el carácter decisivo de los errores de Trotsky dentro del partido, que fueron la expresión natural de su general subestimación de la autonomía de las instituciones políticas. El sociologismo es siempre un error teórico, pero fue especialmente desastroso en la Rusia de la década de los años veinte. Porque la dialéctica de la fuerza social de las masas había quedado temporariamente anulada en la Guerra Civil. La desintegración de la clase trabajadora prácticamente excluyó a ésta como protagonista del proceso político. Después de Kronstadt nadie se atrevió a pensar en apelar a las masas (tal como haría Mao en China durante la década de los años sesenta, en una situación histórica muy diferente) . Así, el destino del socialismo fue súbitamente trasladado a la cúpula de la revolución, mientras su base se desgastaba. La errónea comprensión básica que Trotsky tuvo de esta situación puede verse en la contradictoria explicación que da Mandel de su perspectiva general durante la década de los años veinte. Por una parte, Mandel dice que el programa político de Trotsky era "irreal" porque "las condiciones *subjetivas* (la bastardilla es suya) para su implementación no existían. El proletariado soviético permanecía pasivo y atomizado. Contemplaba el programa de la

⁵ *El profeta desarmado*. p. 411. [Por error en el original inglés figura *El profeta armado*. N. del E].

Oposición de Izquierda con simpatía pero, dado su agotamiento, carecía de la necesaria militancia para luchar por él. Contrariamente a lo que Krassó parece pensar, Trotsky no alimentó en ningún momento la más leve ilusión acerca de esto”. Pero a continuación Mandel afirma lo contrario. La lucha de Trotsky no fue sólo una cuestión de honor para “salvar el programa”, con lúcida conciencia de que la derrota era inevitable porque “la clase trabajadora soviética era pasiva pero su pasividad no estaba mecánicamente predeterminada para un largo período. Cualquier surgimiento de la revolución internacional, cualquier cambio en la relación soviética interna de las fuerzas sociales podría haber ocasionado su despertar. El instrumento inmediato para estos cambios sólo podía ser la Comintern y el Partido Comunista de la Unión Soviética”. Estas dos afirmaciones son irreconciliables. Indican meramente la dificultad de cualquier justificación *ex post facto* de la trayectoria de Trotsky. La verdad es que Trotsky no creía que su programa fuera “irreal”. Su disputa con Rakovski en 1928 lo pone absolutamente en evidencia, porque Rakovski sí lo creía. Su *Carta a Valentinov* destaca tal vez como el más clarividente análisis social de la década y Trotsky lo rechazó enfáticamente. La razón de que lo hiciera fue, por supuesto, que él creía en la inmediata capacidad combativa del proletariado soviético; y esta creencia explica por supuesto, toda su conducta en la lucha interna del partido. Lo que él subestimó de forma crucial fue el grado de desintegración de la clase trabajadora después de la Guerra Civil. Lenin, por el contrario, fue, una vez más, extremadamente consciente de éste hecho. Su formulación del problema fue característicamente radical: “¿Dónde está vuestra industria en gran escala? ¿Qué clase de proletariado es éste? ¿Dónde está vuestra industria? ¿Por qué está ociosa?” se preguntaba en 1921. Esta era la raíz del problema: no la “pasividad” del proletariado (frase de Mandel), es decir, un estado subjetivo y coyuntural, sino su desintegración y dispersión, o sea una situación objetiva y estructural. Su número se había reducido en dos tercios y su composición se había transformado, con los mejores militantes muertos o transferidos a funciones partidarias. Este es el fondo sociológico de la lucha interna del partido, que Lenin al comienzo de la década y Rakovski al final, percibieron. Trotsky, creyendo en el predominio inmediato de las fuerzas sociales, no lo advirtió.

¿Acaso significa esto que el PCUS era un ente político completamente divorciado de la estructura social objetiva de la Rusia soviética? Por supuesto que no. El pensamiento de Marx fundó *tanto* la autonomía de la instancia política dentro de la compleja totalidad social *como* su determinación a largo plazo por medio de la economía. El error opuesto al de Trotsky consiste en creer en el papel todopoderoso de las instituciones políticas como tales, abstraídas de la formación socio-económica dentro de la cual se articulan necesariamente.⁶ Mandel proporciona una excelente definición de las consecuencias de tal creencia, cuando escribe: “La pura política del poder degrada a sus actores precisamente hasta el punto de hacerles perder todo control sobre sus actos. Los vínculos entre el propósito consciente y las consecuencias objetivas de sus actos se desvanecen. Los marxistas, por el contrario, otorgan gran valor a la acción *consciente*; y conciencia implica conciencia del papel decisivo de las fuerzas sociales y de las limitaciones que este papel impone inevitablemente a toda acción individual... La creencia de Stalin en las posibilidades autónomas de la “política del poder” se convirtió en su “nemesi” porque lo transformó en un instrumento inconsciente de fuerzas sociales, cuya existencia no pareció advertir hasta el fin de su vida”. Aquí está el germen de

⁶ Es extraño que se me acuse de reducir todo a una lucha por el poder dentro del marco de la organización. No admiro la política del poder. Aun la política en un sentido más amplio, mientras tenga una relativa autonomía estructural es algo más que mera política para los revolucionarios socialistas, aquellos que lo son conscientemente.

una explicación nueva y científica del papel histórico de Stalin, libre de la personalización que tanto sus discípulos como sus enemigos han ejercido hasta ahora.⁷ Tal explicación debiera establecer una relación significativa entre su fácil victoria dentro del partido en la década de los años veinte y las furiosas purgas de la década de los años treinta. Porque Stalin temía, por cierto, la consolidación de un nuevo grupo social dentro del aparato del partido y del Estado, y no vaciló en diezmar a sus propios seguidores cuando advirtió el peligro (poco antes de su muerte). Como ya lo señalé, fue como si en la década de los años treinta hubiera tomado con absoluta seriedad las advertencias de Trotsky sobre una "restauración burocrática".⁸

Lo que importa enfatizar aquí es que el problema de la burocracia fue – como lo expresa Mandel – una preocupación central para Lenin durante sus últimos años. En los años veinte la estabilización temporal del capitalismo se había convertido en un hecho. Lenin repitió constantemente, cada vez con más énfasis, que la política revolucionaria debía unir una intransigencia respecto a los principios unido a la capacidad de llegar a compromisos. Ya en 1918 Lenin habló en su artículo *Sobre el infantilismo de "izquierda" y el espíritu pequeño-burgués* de la debilidad rusa que hace que "(en nuestro país) no exista un alto nivel cultural ni la costumbre de los compromisos".⁹ Es evidente que mientras menos dispuesto esté un político a comprometerse con la realidad de una situación, menos capaz será de contribuir a su solución. Es difícil aceptar que sea una mera coincidencia el hecho de que varios de los militantes de la Oposición Obrera, menos comprometidos, y los de pensamiento más unilateral en su rechazo a la burocracia, llegaron más tarde a convertirse en funcionarios de la administración de Stalin y hasta lograron librarse de las purgas. Sus principios eran tan elevados que no había posibilidad de vivir de acuerdo con ellos (una situación humana que llegó a interesar mucho a Dostoievski). De allí entonces que, más tarde, nada les viniera bien. Fue realista la oposición de Lenin al estatismo, a la organización burocrática y administrativa del Estado, representada al comienzo principalmente por Trotsky.. Pero estos representantes de la Oposición Obrera, una vez que advirtieron que sus objetivos eran irreales, encontraron mucho más fácil que otros aceptar la versión del realismo de Stalin.

Esto tiene una gran importancia para lo que Mandel llama "la principal preocupación y la batalla final de Lenin durante el último período de su vida": la lucha contra la burocracia.

⁷ Es incorrecto que Mandel sugiera que Stalin era una persona mediocre comparada con Napoleón III. Tampoco era un "gigante entre enanos". Sus características personales fueron, por supuesto, una condición necesaria de su papel histórico, pero fue el contexto político lo que determinó su impacto. Es posible que las características negativas de Trotsky fueran más significativas que las características positivas de Stalin – el momento *übergreifendes* – en la génesis del ascenso de Stalin.

⁸ Es evidente que en la década de los años treinta, la forma en que la colectivización fue conducida como campaña hizo que muchos de los funcionarios de Stalin dudaran de su dirigente. Fue entonces cuando Stalin eliminó a aquellos de los cuales él era una creación, y los sustituyó por los que eran una creación suya. De esta manera puede decirse que él llevó a cabo parte del programa de Trotsky. Los jóvenes, la mayoría de ellos provenientes de la clase obrera, ocuparon los puestos de la Vieja Guardia. (Más tarde se convirtieron en dirigentes del país: Jrushev, Malenkov y otros). La abrumadora mayoría en el Congreso de 1934, el Congreso de los Triunfadores, fue víctima de las purgas. Sociológicamente éste fue el principal cambio, camuflado de hecho por los procesos espectaculares de la anterior oposición de izquierda y de derecha, es decir por el proceso a los que se habían transformado en políticamente insignificantes. Con Stalin, los funcionarios del partido y del Estado no tuvieron nunca la oportunidad de convertirse en un grupo social permanente y estable.

⁹ Fue en este mismo artículo de 1918 que Lenin escribió en contra de aquellos que creían que era un error haber tomado el poder: "Así argumentan... (quienes) olvidan que jamás se dará la "correspondencia", que no lo puede haber en el desarrollo de la naturaleza ni de la sociedad, y que solamente por medio de una serie de tentativas – cada una de ellas, tomada por separado, será unilateral y adolecerá de cierta falta de correspondencia – se creará el socialismo integral, producto de la colaboración revolucionaria de los proletarios de todos los países".

Porque precisamente Lenin nunca planteó el problema de modo idealista a tenor del romanticismo político de "o bien... o". Para Lenin, no se trataba de una cuestión de burocracia o no. Lenin era agudamente consciente de las insuperables contradicciones que dominaban tanto la política interna como la externa y creía que la única manera de abordarlas era desarrollar una política de experimentación deliberada. Las tendencias burocráticas y autoritarias debían ser combatidas, pero los compromisos eran inevitables a lo largo de esta lucha. El objetivo de Lenin no era el triunfo completo sobre la burocratización, un objetivo imposible, sino que consistía más bien en buscar *correctivos* para tal fin. Este fue el significado del papel crucial que desempeñó en los debates sobre los sindicatos, cuando se opuso resueltamente a la política de Bujarin y Trotsky e insistió en que los sindicalistas debían estar en situación de defender a los trabajadores contra el Estado Soviético real: "El camarada Trotsky habla del Estado de los trabajadores. Permitidme decir que ésto es una abstracción... Nuestro Estado actual es tal que el proletariado organizado incluso debe defenderse y debe utilizar estas organizaciones de los trabajadores para la defensa de los trabajadores contra el Estado y para la defensa de nuestro Estado a favor de los trabajadores".

Lenin jamás idealizó a este Estado. En 1921 escribió que: "El Estado de los trabajadores es una abstracción. En realidad, tenemos un Estado de los trabajadores con los siguientes rasgos característicos: 1. Son los campesinos y no los obreros quienes predominan en la población; 2. Se trata de un Estado de los trabajadores con deformaciones burocráticas". Se puede advertir que Lenin encontró necesario calificar la noción de "Estado de los trabajadores" indicando sus deformaciones burocráticas. Era muy consciente de la necesidad de captar la *especificidad* de la situación rusa. La "burocracia" *tout court* era una noción tan abstracta como la de un "Estado de los trabajadores". Pero el marxismo vulgar dominaba el pensamiento de los cuadros dirigentes del partido. Ninguna situación histórica nueva puede ser correctamente captada por medio del marxismo vulgar; pero difícilmente habría habido otra circunstancia para la cual fuese tan inadecuado como la circunstancia de Rusia en la década de los años veinte. Desde el punto de vista del marxista vulgar no había solución: el partido debiera haber desistido. Bujarin y muchos otros buscaron refugio en zig-zags entre posiciones de extrema derecha y de extrema izquierda, mientras prevalecía como fondo una especie de desesperación. Bujarin lloró en 1918 cuando el partido resolvió aceptar alimentos de los americanos, y dijo a Trotsky: "Están convirtiendo al partido en un estercolero".¹⁰ Trotsky y Stalin reaccionaron de manera diferente frente a esta situación, según el carácter de sus respectivos marxismos. En comparación con los otros dirigentes su irresistible voluntarismo les otorgaba una ventaja. Pero este voluntarismo tomaba formas opuestas. Lo único que importa destacar aquí es que el marxismo de Trotsky no puede ser definido como el reverso positivo del de Stalin. La comparación mecánica de los dos no contribuye necesariamente a nuestra comprensión de ambos. Había una némesis en el marxismo de Stalin pero ello no modifica ni disminuye la némesis de Trotsky. Tanto el "sociologismo" como la "política del poder" son desviaciones fundamentales del leninismo.

¹⁰ Lunatcharski comentó cierta vez, acerca de la personalidad de Trotsky: "Trotsky atesora su papel revolucionario y probablemente estaría dispuesto a hacer cualquier sacrificio personal, sin excluir el mayor sacrificio, el de su vida, a fin de perdurar en la memoria de los hombres provisto de la aureola de un genuino líder revolucionario". Algo de verdad hay en ello. Trotsky era dado a las actitudes y a las afirmaciones "dramáticas", que, para criterios más mesurados, no siempre estaban justificados. Podría decirse que su tragedia fue una tragedia de tipo schilleriano, a diferencia de la tragedia de los últimos años de Lenin. Se recordará que Marx y Engels criticaron el drama *Sickingen* de Lasalle, calificándolo de schilleriano en comparación con el drama shakesperiano.

3. Rusia y la revolución mundial

El debate "socialismo en un país *versus* revolución permanente" forma el núcleo de los comentarios finales de Mandel sobre mi ensayo. Estos comentarios proporcionan una oportunidad para aclarar algunos reiterados errores acerca de la historia del movimiento revolucionario internacional desde la década de los años veinte. Mandel sostiene que Trotsky tenía una política interna y una política internacional coherentes, basadas en las tesis fundamentales de la "revolución permanente". Por otra parte, no objeta explícitamente mi análisis de las confluencias sobre las cuales fue construida la noción de revolución permanente. Siendo así, puede suponerse que el análisis se sostiene. Lo que sí discute Mandel es que las polémicas de Trotsky contra el socialismo en un solo país implicaran la creencia de que la Unión Soviética se derrumbaría a causa de la "subversión" del mercado mundial o de la agresión militar. También sostiene que la política económica de industrialización acelerada propiciada por Trotsky iba acompañada de una línea política para las diferentes clases sociales en la URSS, es decir, por un correcto "manejo de las contradicciones del pueblo". Pero en ambas cuestiones la evidencia es abrumadora. En su folleto *La revolución permanente* Trotsky dice: "Las crisis de la economía soviética no son meramente enfermedades propias del crecimiento, es decir, una especie de dolencia infantil, sino algo mucho más significativo: las rígidas restricciones del mercado mundial".¹¹ En este punto, toda su argumentación da por supuesto que el mercado mundial capitalista es el sistema económico que hace imposible el socialismo en un solo país, aunque nunca explica por qué ni cómo. Lo mismo puede decirse de su discurso sobre la intervención militar desde el exterior. Trotsky escribe: "O el proletariado llega al poder o la burguesía, por medio de una serie de demoledores golpes, debilita la presión revolucionaria a fin de recobrar su libertad de acción, sobre todo en la cuestión de la guerra y la paz. Sólo un reformista puede imaginar la presión del proletariado sobre el Estado burgués como un factor permanentemente creciente y como una garantía contra la intervención".¹² Se desprende del texto de este folleto que Trotsky pensaba en un colapso económico o militar de la URSS, tal como lo demuestra la condición curiosamente jruschevista que agregó: "El ejemplo de un país atrasado, que en el transcurso de varios Planes Quinquenales fue capaz de construir con sus propias fuerzas una poderosa sociedad socialista, significa en sí un golpe mortal para el capitalismo mundial y reduciría al mínimo, si no a cero, los riesgos de la revolución proletaria mundial". Stalin, por supuesto, no sostuvo jamás algo semejante.¹³ Una vez más, la idea de que el Estado soviético aislado no era viable a largo plazo es la única que da sentido a esta afirmación.

Aceptado ésto, es bastante lógico que la política de Trotsky con respecto a la industrialización interna haya sido tan vaga: se trataba de una suerte de medida de emergencia hasta que el advenimiento de la revolución internacional salvara la situación. Mandel mismo lo prueba al citar la alternativa propuesta por la Oposición de Izquierda ante el desastre masivo que supuso la industrialización de Stalin: "un impuesto especial sólo para los campesinos ricos y una reducción radical de los gastos administrativos, economizando un billón de rublos de oro

¹¹ *La revolución permanente*, p. 30 de la edic. inglesa.

¹² *Ibid.*, p. 143 de la edic. inglesa.

¹³ *Ibid.*, p. 26. Dije en mi primer ensayo que la perspectiva de Stalin en esta cuestión fue superior a la de Trotsky. El aislamiento de Rusia era un hecho. Pero eso no fue el objeto de la cuestión. Durante la discusión del Comité Central acerca del Tratado de Paz con Alemania en enero de 1918, Stalin dijo que en lo que concernía a los movimientos revolucionarios occidentales, no había hechos sino sólo posibilidades, y que las posibilidades no podían ser tenidas en cuenta. "¿No pueden ser tenidas en cuenta?" preguntó Lenin. Esto fue una diferencia decisiva entre los dos, entonces y después. Lenin nunca ignoró los hechos, pero siempre tuvo en cuenta las posibilidades.

anuales”. El carácter académico, si no demagógico, de tal proposición, es evidente. Financiar la acumulación reduciendo los gastos del Estado es un sueño utópico para todo país atrasado. Resulta difícil creer que el mismo Trotsky tomara en serio tal propuesta. Por cierto que ello no tenía relación alguna con la desesperada situación económica de 1928, que fue de bloqueo virtual de las ciudades por parte de los kulaks, tal como E. H. Carr ha destacado recientemente en estas páginas (*Revolution from Above*, NLR, N9 46). El programa de industrialización de Trotsky, a pesar de toda su trascendencia económica, no contiene solución política alguna para el problema del campesinado. De allí que éste estuviera siempre expuesto a la confiscación por Stalin y a comprometerse en una guerra contra los kulaks. Prueba de ello es el rápido realineamiento de Preobrazhenski y Piatakov en 1929; si hubiera habido una fórmula política, aceptada de común acuerdo para el programa de industrialización de la oposición, este desplazamiento no habría ocurrido.

La perspectiva internacional de la ”revolución permanente” era un razonamiento fundamental para esta incompletada política interna. Debemos considerar ahora la interpretación que hace Mandel de esta idea. Rechaza la idea de que este concepto pueda esencialmente identificarse con la creencia en la inminencia y la ubicuidad de la insurrección. Por el contrario, afirma que lo único que sostiene es que la época histórica es una época de frecuentes réplicas de situaciones revolucionarias, ninguna de las cuales debe necesariamente producir una toma exitosa del poder. Los límites geográficos de este concepto permanecen indefinidos, pero presumiblemente se extienden a todo el globo. Ahora bien: si es ésta la interpretación que ha de darse al concepto de ”revolución permanente”, entonces este concepto deja de ser erróneo para convertirse meramente en banal. Porque ¿quién en la Comintern hubiera negado nunca que la época histórica se caracterizaba por el surgimiento periódico de situaciones revolucionarias? Ninguna afirmación podía ser más segura o menos discutible. Una ”época” comprende muchos años, se cuenta por décadas. Dentro de tal lapso, las erupciones pueden ser muy espaciadas sin dejar de ser ”periódicas”. Diluir la idea de la revolución permanente equivale a tornarla banal.

La explicación que Mandel da del concepto incluye, sin embargo, un corolario polémico. Mandel afirma que dado que hubo numerosas situaciones revolucionarias en Europa después de 1919 y dado que ninguna produjo una revolución socialista, la responsabilidad de estos fracasos debía ser atribuida fundamentalmente, a la Comintern y al Partido soviético que la controlaba. ”La principal responsabilidad de las derrotas de la clase trabajadora en los años veinte, en los treinta y en los comienzos de la década del cuarenta puede ser lisa y llanamente imputada a una conducción inadecuada”. *La revolución permanente* se convierte aquí en la explicación racional para una denuncia histórica de la política exterior soviética. No hay duda de que ésta es una interpretación correcta de la visión de Trotsky durante la década del treinta. Pero ¿es también una interpretación correcta de la historia? Mandel critica muy bien las explicaciones psicológicas de la política de Stalin, y reclama explicaciones sociológicas. Pero no advierte que, al tratar de atribuir todas las importantes derrotas revolucionarias acaecidas desde 1922 a la política de la URSS, está simplemente repitiendo el mismo error, a otro nivel. Este fue precisamente el error de Trotsky, y este error derivó de su constante sobrestimación de la importancia de la nación como institución política.¹⁴ Porque el hecho es que, en última

¹⁴ Hay aquí un significativo contraste entre Trotsky y Lenin. Puede verse un buen ejemplo de ello en sus actitudes hacia Noruega y Serbia respectivamente en las dos guerras mundiales. En 1940, cuando los alemanes habían invadido Noruega, Trotsky escribió: ”Dos gobiernos luchan en Noruega: el gobierno de los nazis europeos, apoyado por las tropas alemanas en el sur, y el antiguo gobierno socialdemócrata con su rey en el

instancia, la Comintern no determinó el destino de los movimientos revolucionarios de todos los países del mundo. Esto debiera ser obvio para todo marxista. Creer otra cosa sería exagerar desproporcionadamente la importancia y la influencia del naciente Estado soviético sobre los asuntos mundiales. La convicción anticomunista vulgar de que el "Kremlin" era responsable de todas las explosiones de descontento social o de revolución en todas partes del mundo encuentra aquí su contraparte marxista vulgar: el Kremlin se torna responsable de toda represión de descontento social y de todas las victorias de la contrarrevolución. Esta idea es incompatible con cualquier apreciación racional de la historia mundial y está precisamente basada en el monismo sociológico por el cual yo critiqué a Trotsky y que consiste en dar por sentada la existencia de "una estructura social universal que planea sobre sus manifestaciones en cualquier sistema internacional concreto". La consecuencia voluntarista de tal suposición consiste en atribuir a la URSS una omnipotencia maléfica. Así, Mandel no vacila en escribir que "los cincuenta millones de víctimas de la Segunda Guerra Mundial" fueron el "resultado" de la política de la Comintern. El idealismo de esta línea de pensamiento, y su distancia del marxismo, son evidentes.

Una vez que la dominación contrarrevolucionaria ha sido internacionalmente atribuida a Stalin, no existe ya restricción objetiva alguna para la ubicación de las "situaciones revolucionarias" cuyo triunfo se pretende que la Unión Soviética ha evitado. Los cuasi-fracasos se multiplican en el texto de Mandel: nada menos que cuatro para Alemania, tres para España, tres para Francia y hasta uno, quizás, para Gran Bretaña. Y a todos ellos se les llama "situaciones revolucionarias". Basta arrojar una mirada a la lista para advertir cuán alejada de la historia está tal afirmación. La huelga general inglesa fue saludada por Trotsky, en aquel momento, como la señal de un levantamiento general revolucionario. Sin embargo, la organizada clase trabajadora inglesa no pudo mostrar un "impulso instintivo para tomar en sus manos el destino de la sociedad", sino que luchó por objetivos estrictamente limitados y se resignó a no alcanzarlos. (El Partido Comunista inglés demostró una correcta apreciación de la coyuntura, lo cual contrasta con el error de Trotsky). La situación de 1945 en Francia y en Italia hacían muy problemática una tentativa armada de tomar el poder por parte de los partidos comunistas nacionales. El destino de Grecia lo prueba. Allí, la izquierda era mucho más fuerte que en Francia o en Italia, y el país era mucho menos vital para el imperialismo que cualesquiera de estas dos naciones. No obstante, la revolución griega fue brutalmente aplastada por la invasión anglo-americana. Thorez y Togliatti tenían muchas menos posibilidades que el KKE. La Guerra Civil española es otro ejemplo. Mandel sugiere que los comunistas españoles podrían haber hecho una revolución exitosa dentro de la República en guerra en 1936-37 y haber intentado después una victoria militar sobre Franco. Pero eran sólo una pequeña minoría dentro de las fuerzas republicanas, y éstas a su vez tenían pocas posibilidades de ganar la guerra una vez que la correlación de fuerzas militares cristalizara en

norte. Lo que se da en Noruega es el enfrentamiento directo e inmediato entre dos campos imperialistas, en cuyas manos los gobiernos noruegos en guerra son sólo instrumentos auxiliares. En el escenario mundial, no apoyamos ni el campo de los aliados ni al de Alemania. En consecuencia no tenemos la menor razón ni justificación para apoyar a ninguno de sus instrumentos temporales dentro de Noruega". *In defence of marxism*. pp. 171-172 [hay versión en esp.]. En otras palabras, Trotsky se negó a reconocer la relativa justicia de la causa nacional noruega contra los alemanes. Repitió mecánicamente y abstractamente las posiciones revolucionarias clásicas de la Primera Guerra Mundial, a pesar de las evidentes diferencias entre ellas. En 1914 Lenin, por el contrario basó toda su política en una absoluta condena de la Guerra Mundial como una lucha interimperialista, pero dijo que había una relativa justicia en la lucha nacional serbia contra los imperios austro-húngaro y alemán. Habló de su expedición explotadora contra Serbia. Su marxismo fue siempre dialéctico: integró tanto las contradicciones principales como las secundarias.

1936. Las posibilidades de una revolución socialista en Alemania también eran remotas. El KPD no tuvo en ningún momento algo semejante a las fuerzas necesarias para enfrentarse a la Wehrmacht, armada y equipada por los socialdemócratas con el deliberado propósito de sostener la contrarrevolución en 1918, y constantemente incrementada desde entonces. Esta situación estratégica era previa a cualquier consideración sobre el nazismo. Un control exitoso del nazismo era una cosa, y una revolución proletaria, otra bastante diferente.

Por supuesto, la política de Stalin fue errónea en Francia, en Italia y – sobre todo – en Alemania. Yo enfatice en mi ensayo las sucesivas torpezas de la Tercera Internacional. Además, la crítica de Trotsky a la política de la Comintern en Alemania fue excelente (quizás sea significativo destacar, a este respecto, que sus mejores polémicas de estos años fueron escritas desde una posición "derechista", paralela a la de Brandler, y no desde la posición "izquierdista" que adoptó en la etapa de los Frentes Populares). Pero en todos estos casos la política internacional de Stalin era, en última instancia, un factor secundario dentro de una lucha sostenida y decidida a nivel *nacional*. La unidad primaria de la lucha de clases era la nación; la promulgación de la política de la Comintern en Moscú no hizo nada para alterar este hecho. La política internacional de Stalin se tornó decisiva sólo cuando la nación fue abolida como tal, es decir, en la guerra. Fue entonces, precisamente, con la eliminación de las fronteras nacionales y la disolución temporal de las estructuras sociales que encerraban que el papel de las acciones soviéticas se tornó fundamental. El Ejército Rojo en Europa Oriental, al crear un *cordon sanitaire* a manera de contraste, logró lo que ninguna directiva de la Comintern tuvo jamás posibilidad de lograr.

El error fundamental que Trotsky cometió al subestimar la autonomía de la institución política del Estado-nación se hace evidente en su idea general de que, a causa de la "política incorrecta de la Comintern", no era posible revolución alguna dentro de las filas de los partidos leales a la Tercera Internacional. Sin embargo, fue precisamente esta creencia la que se vio refutada espectacularmente, confirmando así – por el contrario – cuán secundaria era la influencia de esta política sobre la lucha revolucionaria dentro de cualquier país dado. El monumental levantamiento de la Revolución China – para no hablar de otras victorias en Vietnam, Yugoslavia y Albania – lo demostraron definitivamente. La Revolución China, giro fundamental de la historia mundial de las últimas décadas, concentra todos los principales errores que acosaban al pensamiento de Trotsky. Fue una revolución victoriosa conducida por un partido que nunca desafió abiertamente a la Comintern o a Stalin. Esto era algo que a Trotsky le parecía imposible: de allí su decisión de crear una nueva Internacional. Dicha revolución estaba basada en el campo y su fuerza principal fue el campesinado, a pesar de lo cual nunca abandonó su programa o su ideología socialista. Trotsky condenó explícitamente a Mao y al partido chino por retirarse a la China rural después de 1927, y predijo que degenerarían en un mero movimiento campesino. Imposible concebir prueba más evidente del sociologismo de Trotsky.¹⁵ Este fue su juicio acerca del fenómeno político más decisivo de la época, y revela con la mayor claridad su constante tendencia a trasladar inmediatamente las instituciones políticas a las fuerzas sociales, como así también los enormes errores a que tal

¹⁵ El desconocimiento de Trotsky de la Revolución China contrasta de manera reveladora con la importancia que asignó a intelectuales americanos insignificantes y a los pequeños grupos políticos que ellos representaban. El sociologismo que lo indujo a desdeñar al partido chino como un fenómeno campesino lo indujo también a creer que la clase obrera americana – por representar al proletariado del país capitalista más avanzado – era una fuerza histórica decisiva en la década de los años treinta y, por lo tanto, las disputas ideológicas acerca de ella tenían una enorme importancia. De allí lo oprobioso de sus debates con Burnham, Schachtman y otros (agravados por la conciencia que Trotsky tenía de su nulidad).

desviación teórica conduce. (Puede agregarse que los escritos de Trotsky sobre China demuestran su incomprensión de la potencia revolucionaria de la guerra de guerrillas, a la *que él había sabido someter* como Comandante del Ejército Rojo. En este punto, tanto Lenin como Mao fueron – en diferentes momentos – superiores a él.) Así, Trotsky no tuvo nunca una plena conciencia de las formidables victorias de la Larga Marcha y de la guerra antijaponesa. Las categorías de su marxismo le impedían comprender la importancia de estos acontecimientos. De allí en adelante, la experiencia china, que llegaría a ser el vértice de la revolución mundial hacia la mitad del siglo, se le escapó.

También se le escapó a Stalin, por supuesto. Pero de eso precisamente se trata. La política de Stalin no era frenética, con poder de vida y muerte sobre el movimiento revolucionario mundial. Fueron los movimientos cautelosos y conservadores del Estado soviético los que necesariamente tendrían sólo una influencia limitada sobre los acontecimientos que se producían en otros lugares, excepto cuando ese Estado sobrepasó sus fronteras nacionales, como en 1944-45. La política de Stalin no fue más responsable del fracaso de la revolución en Occidente que lo fue del éxito de la revolución en Oriente. Aquellos partidos con suficiente vitalidad como para ignorar las directivas de la Comintern fueron los que tuvieron suficiente poder combativo como para ganar la revolución; aquellos que se sometieron dócilmente a las erróneas directrices de la Comintern no fueron los más aptos para derrotar a la burguesía. El hecho de que Stalin se equivocara con tanta frecuencia en esos años no significa, por el contrario, que Trotsky estuviera siempre en lo cierto. El leninismo había desaparecido con su autor, y las acusaciones mutuas hechas en estas décadas resonaban en el abismo de su ausencia.

Resúmen

Para resumir: la indiferencia de Trotsky hacia las instituciones políticas lo alejó de Lenin antes de la Revolución de Octubre y lo excluyó del partido bolchevique. Su teoría y su práctica anteriores lo aislaron luego dentro del partido, en la década de los años veinte y aseguraron finalmente su derrota. En los años treinta su internacionalismo abstracto le impidió comprender la compleja dinámica intra-nacional que regía al desarrollo fundamental de los diferentes desprendimientos del movimiento revolucionario mundial. El sociologismo de Trotsky forma una unidad coherente. Resulta innecesario decir que una crítica a su práctica teórica y política no disminuye, de ninguna manera, sus extraordinarios logros durante la Revolución de Octubre y la Guerra Civil. Por el contrario, como mi ensayo destaca, ambas estaban orgánicamente unidas: Trotsky tenía todas las virtudes de sus vicios.

Esto se aplica también al último período de su vida. Expresé en mi ensayo que estos años estuvieron "dominados por su simbólica relación con el gran drama de la década anterior, que para él se había convertido en un trágico destino. Sus actividades se tornaron sumamente insignificantes". Pero esta insignificancia no era la de los gestos teatrales y las adaptaciones tácticas de la década de los años veinte. No se trataba ya de una falta de perspectiva. En su nuevo *impasse*, Trotsky alcanzó cierta grandeza. La escisión entre el "deber" y el "ser" tuvo una base histórica objetiva en la década de los años treinta. El "deber" de Trotsky fue sin embargo válido por cuanto la unión del socialismo con el nacionalismo y con un sistema autocrático es un absurdo. Pero por entonces no había posibilidad de que él lograra una existencia histórica definida. Trotsky se convirtió en un mito identificándose con su "deber". Fue Engels quien escribió que, mientras los socialistas utópicos estaban errados en un sentido económico, representaban una verdad en un sentido último, vinculado a la historia universal. Algo similar puede decirse de Trotsky. Mandel afirma que él representaba los "principios de

la democracia soviética y del internacionalismo revolucionario”. Sin embargo, la realidad no es nunca una mera cuestión de principios. El precio que Trotsky debió pagar por su estatura fue tornarse irreal, convertirse en un mito romántico y en un símbolo. Era revolucionario en una escala clásica. Su tragedia consistió en sobrevivir en una época y en un campo de batalla post-clásicos. Está bien restaurar esta categoría fundamental. Porque el marxismo no es un optimismo beatífico es la comprensión de una época intolerable y la acción para transformarla.

Monty Johnstone: Trotsky y el debate sobre el socialismo en un solo país

El objeto del presente ensayo es examinar un aspecto del debate sostenido recientemente en NLR entre Nicolás Krassó y Ernest Mandel: la cuestión del "socialismo en un solo país". Esta gran controversia histórica se desarrolló desde el comienzo en términos algo elusivos y – desfigurada hoy por décadas de distorsiones polémicas de ambos lados – tiene particular importancia para hacer una estimación objetiva y equilibrada de la posición de Trotsky, sin intención ideológica o psicológica alguna de "reivindicar" a una de las partes en contra de la otra.

Un examen serio de lo que Trotsky dijo realmente acerca de la construcción del socialismo en Rusia revela una contradicción fundamental y no resuelta en su posición, que no aparece en la mutilada versión de Mandel. Por una parte, como Mandel afirma correctamente, Trotsky no discutió nunca la necesidad de "comenzar" la tarea de construir el socialismo y adelantó proposiciones para alcanzar un creciente índice de crecimiento económico, con este fin.¹ Al ser atacado, negó tener la "actitud pesimista hacia el programa de nuestro trabajo de construcción socialista, en vista del demorado proceso de la revolución en Occidente", y aceptó que "a pesar de todas las dificultades que surgen de nuestro medio capitalista, los recursos económicos y políticos de la dictadura soviética son muy grandes".² Por otra parte, permaneció fiel a las "dos proposiciones fundamentales de la teoría de la revolución permanente": en primer lugar que, a pesar de que "la revolución puede transferir el poder a manos del proletariado ruso antes de que el proletariado de los países avanzados sea capaz de obtenerlo", no obstante – y en segundo término – la única "manera de salir de aquellas contradicciones que sobrevendrán a la dictadura del proletariado en un país atrasado, rodeado por un mundo de enemigos capitalistas, se encontrara en la arena de la revolución mundial".³

Krassó tiene razón al demostrar que la base fundamental de la argumentación de Trotsky contra la posibilidad de completar la construcción del socialismo en la Unión Soviética era una falta de confianza en su capacidad para sobrevivir ni siquiera como un Estado de los trabajadores si la revolución no se extendía a países más avanzados. Dado que Mandel no sólo no reconoce la verdad que hay en ésto sino que habla oscuramente de "distorsiones históricas" en la presentación de Krassó, tal vez sería conveniente dejar a Trotsky hablar por sí mismo, no en citas incidentales y poco representativas, tomadas fuera de su contexto, sino en formulaciones que representen el contenido principal de su pensamiento sobre esta cuestión.

¹ No puedo examinar, dentro de la extensión de este artículo, hasta dónde las proposiciones de Trotsky de 1923-24 para la introducción de un plan central en 1925-27 para la industrialización correspondían a las posibilidades reales existentes en el momento en que fueron formuladas. Uno de los mitos del trotskismo vulgar es que la implementación por parte de Stalin después de 1928, de planes de mucho mayor alcance que los que habían sido propuestos por la oposición prueba per se que estos últimos eran correctos. Según escribe Maurice Dobb, "no se deduce que lo que puede haber sido practicable en 1928-29 fuera necesariamente practicable en una fecha anterior, cuando tanto la industria como la agricultura eran más débiles" (M. Dobb, *Soviet Economic Development since 1917*, London, 1948, pp. 206-207). Véase también R. W. Daves. "The Inadequacies of Russian Trotskism", en *Labour Review* (London) July-August 1957. Sin embargo, yo aceptaría el argumento de que si el partido hubiera tenido en cuenta antes las advertencias de la oposición contra el peligroso crecimiento del poder de los kulaks en el campo, el proceso de colectivización de 1929-30 podría haber sido menos violento.

² Carta de Trotsky al Plenarium del CC del PCR. enero 15 de 1925. En J. Murphy (ed.) *Errors of Trotskism* (London, 1925), p. 374.

³ L. Trotsky, *The Third International After Lenin* (New York, 1957), p. 40.

”Sin el directo apoyo estatal del proletariado europeo, la clase obrera de Rusia no puede permanecer en el poder y convertir su dominación temporal en una dictadura socialista estable”, escribió Trotsky en 1906.⁴ En 1928, defendió vigorosamente esta formulación contra la crítica de Radek, quien sostuvo que al hablar de apoyo estatal Trotsky había exagerado el planteamiento de la indudable necesidad de que la Unión Soviética contara con la ayuda de los obreros de otros países.⁵

En *El programa de paz*, publicado en forma de folleto en junio de 1917 y reeditado con un apéndice en 1922 y 1924, Trotsky afirmó, acerca de la revolución socialista en Rusia: ”Sin esperar a los otros, comenzamos y continuamos la lucha en nuestro propio suelo nacional con la absoluta certeza de que nuestra iniciativa proporcionará el impulso para la lucha en otros países; y si así no fuese, sería inútil creer – de acuerdo con la experiencia histórica y las consideraciones teóricas- que la Rusia revolucionaria, por ejemplo, fuera capaz de mantenerse frente a la Europa conservadora, o que la Alemania socialista pueda permanecer aislada dentro de un mundo capitalista”.⁶

Al esbozar la teoría de la revolución permanente en un prólogo escrito en 1922 (y defendido sin reservas en 1928), para su libro *1905*, Trotsky habló de la vanguardia proletaria durante las primeras etapas de su dominación y de sus incursiones contra la propiedad capitalista. ”Con ésto entrará en un choque hostil no sólo con todas las agrupaciones de la burguesía que la apoyaron en las primeras etapas de su lucha revolucionaria sino también con las grandes masas del campesinado con cuya ayuda llegó al poder. Las contradicciones que existen en la situación de un gobierno de los trabajadores en un país atrasado con una mayoría campesina, sólo pueden ser resueltas a escala internacional, en la arena de la revolución proletaria mundial”.⁷

En 1937, el tema continúa siendo fundamentalmente el mismo: ”Sin una victoria más o menos rápida del proletariado en los países avanzados, el gobierno de los trabajadores no sobrevivirá en Rusia. Dejado a sí mismo, el régimen soviético debe caer o deteriorarse. Más exactamente, se deteriorará primero y caerá después. Yo mismo he escrito acerca de esto más de una vez, desde 1905”⁸

La subestimación del crecimiento económico

La subestimación de las fuerzas internas del socialismo ruso se puso particularmente en evidencia en su falta de confianza en el desarrollo independiente de una economía socialista en la URSS. En su apéndice a su *Programa de paz*, escrito en 1922, escribió: ”El socialismo sólo es concebible sobre la base del crecimiento y el florecimiento de las fuerzas productivas... Mientras la burguesía permanezca en el poder en otros Estados europeos, nos veremos obligados, en la lucha contra el aislamiento económico, a buscar acuerdos con el mundo capitalista; al mismo tiempo, puede afirmarse con certeza que estos acuerdos nos ayudarán, en el mejor de los casos, a curar ésta o aquella herida económica, a dar éste o aquel paso adelante, pero el genuino surgimiento de la economía socialista en Rusia sólo se tornará posible después de la victoria del proletariado en los países más importantes de Europa”.⁹

⁴ L. Trotsky, *Permanent Revolution and Results and Prospect* (New York, 1965), p. 237. Subrayado en el original.

⁵ *Ibid.*, p. 138.

⁶ L. Trotsky, *The Programme of Peace* (Colombo, 1956), p. 18.

⁷ L. Trotsky, *1905*, (Moscow, 1922), p. 4.

⁸ L. Trotsky, *Stalinism and Bolshevism* (London, 1956) p. 9. Subrayado en el original.

⁹ L. Trotsky, *The Programme of Peace*, pp. 20-21.

En 1927, le vemos afirmando que el Estado soviético estaba "siempre, directa o indirectamente, bajo el relativo control del mercado mundial. Allí reside la raíz de la cuestión. El índice de desarrollo no es arbitrario, sino que está determinado por el desarrollo mundial general, porque, en última instancia, la industria mundial controla cada una de sus partes, aun cuando esa parte se encuentre bajo la dictadura del proletariado y esté construyendo la industria socialista".¹⁰ En su crítica al Programa de la Comintern, al año siguiente, va aún más lejos: "En la medida en que la productividad del trabajo y la productividad de un sistema social como un todo estén medidas en el mercado por la correlación de los precios", escribió entonces, "no es tanto la intervención militar como la intervención de las mercancías capitalistas más baratas lo que quizás constituya la mayor amenaza inmediata a la economía soviética".¹¹ No existe pues, justificación alguna para la negativa de Mandel acerca de que Trotsky haya hablado nunca de que la economía planificada de la URSS hubiese de ser subvertida por el mercado capitalista mundial. El monopolio del comercio exterior – que, según Stalin y la mayoría del partido destacaron correctamente, era el medio de que disponía la Unión Soviética para protegerse de tal subversión económica – se convirtió para Trotsky en la "prueba de la severidad y el carácter peligroso de nuestra dependencia".¹² El consideraba que el destino de la economía mundial como un todo tenía una "decisiva significación" contra la significación subsidiaria de la construcción socialista de Rusia.¹³ Y llegó aún, con un absoluto derrotismo, a sugerir la posibilidad de que la productividad del trabajo creciera más rápidamente en los principales países capitalistas que en Rusia.¹⁴

Los éxitos de los Planes Quinquenales soviéticos probaron lo erróneo de este enfoque. Como viejo revolucionario que era, Trotsky no pudo evitar alegrarse en 1936 cuando vio "el vasto alcance de la industrialización en la Unión Soviética, comparada con el panorama de estancamiento y decadencia de casi todo el mundo capitalista", según lo indicaban los índices comparativos de la producción industrial.¹⁵ Pero, a pesar de reconocer que "es imposible negar el hecho de que aun cuando las fuerzas productivas estén desarrollándose en la Unión Soviética a un ritmo que ningún otro país del mundo ha igualado nunca hasta ahora"¹⁶, jamás habría de admitir que ello constituyera una refutación directa de sus pesimistas predicciones de fines de la década de los años veinte, que a su vez contrastaban extrañamente con los planes de superindustrialización que él había propugnado en un período anterior. (Son estos planes los que los defensores de Trotsky destacan ahora siempre, al mismo tiempo que olvidan convenientemente sus manifestaciones anteriores). Y menos aún estaba Trotsky dispuesto a intentar un análisis marxista de la fuente de sus errores, tarea ésta que sin embargo estaba siempre dispuesto a exigir de sus adversarios políticos. Extraería más bien la extraña conclusión de que estos éxitos, aun cuando significaran que "la premisa técnica ha significado un enorme paso adelante para el socialismo", no estaban conduciendo a la sociedad soviética hacia el socialismo sino hacia "la resurrección de las clases, el aniquilamiento de la economía

¹⁰ *Where is Trotsky Going?* (London, 1928), pp. 53-54.

¹¹ L. Trotsky, *Third International After Lenin*, p. 47.

¹² *Ibid.*, p. 49. En un reciente folleto, Ernest Germain, de la IV Internacional, ridiculiza a aquellos que utilizan actualmente los mismos argumentos que utilizó Trotsky acerca de la "subordinación" del... monopolio del comercio exterior! (E. Germain, *Marxism vs. Ultra Leftism*, París, 1967, p. 69 ss.)

¹³ L. Trotsky, *Third International After Lenin*, p. 47.

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ L. Trotsky, *The Revolution Betrayed* (New York, 1957), pp. 6 ss.

¹⁶ L. Trotsky, en *Workers International News*. London, July 1938, p. 1.

planificada y la restauración de la propiedad capitalista”. Y en tal caso, agregaba, ”el Estado se tornará, inevitablemente, fascista”.¹⁷

¿Debate para comentaristas?

Isaac Deutscher comparó la lógica de la disputa acerca del socialismo en un solo país, mantenida en los años veinte, con una disputa acerca de si sería posible colocarle techo a un edificio, sostenida por dos partes que estuvieran a favor de comenzar el trabajo y se hubieran puesto ya de acuerdo acerca de su forma y de los materiales a utilizar.¹⁸ Fuera de las implicaciones – representativas de diferencias de carácter o de énfasis – que subyacían bajo el apasionamiento que suscitó, tal debate aparece como altamente escolástico. Con una aparente conciencia de este hecho, el *New International*, principal órgano trotskista americano de la década de los años treinta (elogiado por Trotsky a causa de su elevado nivel teórico), expresó abiertamente la esencia de la posición de Trotsky, en un editorial fechado el 30 de enero de 1935:

”A la luz de la actual situación mundial, la teoría del ”socialismo en un solo país”, este evangelio de la burocracia, se nos aparece con toda su limitación nacionalista y su jactanciosa falsedad. Nos referimos, naturalmente, no a la posibilidad o imposibilidad puramente abstractas de construir una sociedad socialista dentro de ésta o aquella zona geográfica (ese es un tema para comentaristas) sino a la cuestión mucho más inmediata y concreta, viviente e histórica, y no metafísica: ¿es posible para un Estado soviético aislado mantenerse durante un período indeterminado de tiempo dentro de un medio imperialista, dentro del opresivo círculo de las contrarrevoluciones fascistas? La respuesta del marxismo es: ¡No! La respuesta de la situación interna de la URSS es: ¡No!... Fuera de la revolución mundial, no hay salvación posible”.¹⁹

Si aceptamos la cuestión planteada en esta forma, la historia ha demolido completamente la posición de Trotsky. Pero si definimos al socialismo, tal como lo hace Mandel, como ”una sociedad sin clases, mercancías, dinero ni Estado”, entonces los términos mismos de esta definición nos conducen a una conclusión diferente. Si hemos de hacer una estimación que tenga sentido de las actitudes políticas de Trotsky, debemos evitar las definiciones arbitrarias que aíslan a los problemas de su contexto histórico y provocan ociosos altercados semánticos. El hecho es que la definición de Mandel difiere de la concepción leninista que era generalmente aceptada por el Partido Comunista ruso. En *El Estado y la revolución*, Lenin escribió sobre el socialismo considerándolo como sinónimo de la primera fase del comunismo de Marx, que representa la ”conversión de los medios de producción en la propiedad común de toda la sociedad”. ”El socialismo”, continuaba Lenin, ”no suprime los defectos de la distribución y la desigualdad del ‘derecho burgués’, el cual *sigue imperando*, por cuanto los productos son distribuidos ‘según el trabajo’... El principio socialista ‘a igual cantidad de trabajo, igual cantidad de productos’ ... se ha realizado ya... persiste todavía la necesidad del Estado... Para que el Estado se extinga completamente, hace falta el comunismo completo”.²⁰ Esta distinción fue ampliada en *El ABC del comunismo*, de Bujarin y Preobrazhenski, que había sido el texto básico del partido desde 1919. ”En la sociedad socialista, que es inevitable como etapa intermedia entre el capitalismo y el comunismo”, escribían, ”el dinero es

¹⁷ *Ibid.*, p. 2.

¹⁸ I. Deutscher, *Stalin: A political Biography*, London, 1949, pp. 286-87 [hay edic. en esp.].

¹⁹ *New International*. New York, March 1935, p. 40.

²⁰ V. I. Lenin *Selected Works*, en adelante *S. W.* (Moscow, 1937), VII, pp. 85-87. Subrayado en el original. Cf. también *S. W.*, VII, p. 239.

necesario, porque debe desempeñar un papel en la economía de las mercancías... En la sociedad socialista, esta economía de las mercancías perdurará, en alguna medida”.²¹ La sociedad sin mercancías, dinero y Estado que Mandel define como socialismo contiene muchas de las características que el partido identificaba tradicionalmente con la etapa superior del comunismo. Es arbitrario introducir este concepto en la discusión, porque no designa lo que los comunistas rusos entendían cuando se proponían el objetivo de crear una economía socialista; y por economía socialista entendían la organización de la producción cooperativa en gran escala, que es la definición que Trotsky dio del socialismo en 1906.²²

Tampoco podrá justificar Mandel su afirmación de que “hasta Stalin y Bujarin” estaban de acuerdo acerca de que la economía socialista que ellos creían posible en Rusia “debía tener una productividad de trabajo más elevada que la más desarrollada economía capitalista” – a diferencia del nivel de productividad mucho más elevado que Rusia había conocido bajo el capitalismo, y del objetivo de alcanzar y superar al mundo capitalista en cuanto a productividad –, lo cual constituiría la garantía de la victoria del socialismo a escala mundial.²³

La posición de Lenin

Mandel sostiene que la concepción del “socialismo en un solo país” representa un rechazo de la teoría marxista-leninista fundamental, de “toda la herencia de Lenin”. Esta es una verdad parcial y particularmente engañosa. Lo cierto es que cuando los bolcheviques llegaron al poder en 1917 lo hicieron en la creencia de que se encontraban, según las palabras de Lenin, “en el umbral de una revolución proletaria mundial”.²⁴ Durante cierto tiempo, después de la Revolución de Octubre, Lenin y los bolcheviques pensaron (y Trotsky era muy dado a ordenar citas para *probarlo*)²⁵ “O bien estalla la revolución en los otros países, en los países capitalistas más desarrollados, inmediatamente, o al menos muy pronto, o bien pereceremos”.²⁶ No obstante, con el realismo que le caracterizaba, Lenin advirtió ya en marzo de 1918, exigiendo la ratificación de los humillantes términos del Tratado de Paz de Brest-Litovsk, del cual Trotsky dijo que sería “una traición en el sentido más amplio de la palabra”,²⁷ que aun cuando ellos pudieran, eventualmente, ver la revolución mundial, “por el momento eso es un hermoso cuento de hadas”.²⁸ Dado que hacia 1921 era evidente para él que internacionalmente “los acontecimientos no seguían una línea tan recta como esperábamos” y que se “había demostrado la imposibilidad de provocar la revolución en otros países capitalistas”²⁹, se dedicó cada vez más a considerar el nuevo problema de la construcción del socialismo en Rusia dentro del contexto de una revolución internacional indefinidamente postergada. El 15 de marzo de 1921 había destacado dos condiciones sobre las cuales la revolución socialista podría ser “completamente exitosa” en Rusia: primero, “que reciba un apoyo oportuno de uno o varios países adelantados”, y segundo, que se mantuviera “el acuerdo entre el proletariado... y la mayoría de la población campesina”.³⁰ Menos de un

²¹ N. Bukharin and E. Preobrazhensky, *An A. B. C. of Communism* (London, 1924), pp. 345-346.

²² L. Trotsky, *Results and Prospects*, p. 220.

²³ Actualmente la productividad media del trabajo en la URSS es igual y aún mayor que la de la mayoría de los países capitalistas, aunque está todavía por debajo de la de los Estados Unidos.

²⁴ S. W., VI, p. 225.

²⁵ Véase, por ejemplo, *Historia de la Revolución Rusa*, III, apéndice I.

²⁶ S. W., IX, p. 227.

²⁷ Citado por Lenin, S. W., VII, p. 309.

²⁸ S. W., VII, p. 297.

²⁹ S. W., IX, p. 277.

³⁰ *Ibid.*, p. 108.

mes después, advertía: "Veinte años de correctas relaciones con el campesinado, y estará asegurada la victoria a escala mundial (aun con un retraso de las revoluciones proletarias, que están creciendo)".³¹ Dos años después, en sus últimos artículos, Lenin estaba aún más preocupado por el problema. "¿Qué pasaría si lo desesperado de la situación [de Rusia en el mundo M. J.], al intensificar diez veces las energías de los trabajadores y campesinos, nos ofreciera la posibilidad de proceder a crear los requisitos fundamentales de la civilización de una manera diferente a la de los países de Europa occidental?", se preguntaba en enero de 1923. "...Si para la creación del socialismo se requiere un determinado nivel de cultura (aunque nadie pueda decir qué es ese determinado nivel de cultura), ¿por qué no podemos comenzar por reunir los requisitos previos para ese determinado nivel de cultura de una forma revolucionaria y entonces, con ayuda de un gobierno de los obreros y los campesinos y un sistema soviético, proceder a alcanzar a las otras naciones? Vosotros decís que la civilización es necesaria para la creación del socialismo. Muy bien. Pero, ¿por qué no podríamos nosotros haber comenzado por crear en nuestro país ciertos prerrequisitos de civilización, tales como la expulsión de los terratenientes y la expulsión de los capitalistas rusos, y empezar entonces a avanzar hacia el socialismo? ¿Dónde, en qué libros, habéis leído que tales variaciones del acostumbrado orden histórico de los hechos estén prohibidas o sean imposibles?".³²

Finalmente, en su artículo *Sobre la Cooperación*, Lenin escribió: "El poder del Estado sobre todos los medios de producción a gran escala, el poder del Estado en manos del proletariado, la alianza de este proletariado con los numerosos millones de pequeños y muy pequeños campesinos, la segura dirección del campesinado por parte del proletariado, etc.; ¿no es acaso ésto lo único que falta para que las cooperativas... construyan la sociedad socialista completa? Esto no es todavía la construcción de la sociedad socialista, pero es todo lo que es necesario y suficiente para esta construcción... Un sistema de cooperadores civilizados, regido por la propiedad social de los medios de producción y con la victoria de clase del proletariado sobre la burguesía, es socialismo".³³

¿Fue logrado el socialismo?

La idea de que Rusia debiera aspirar a completar la construcción del socialismo por su cuenta si la revolución internacional continuaba demorándose, representó un alejamiento de la teoría tradicional de los bolcheviques, que no habían previsto que su país pudiera ser un Estado de los trabajadores aislados durante tanto tiempo como para que la cuestión pudiera plantearse. Pero aunque esta idea no fue jamás elaborada teóricamente por Lenin, ya hemos visto cómo en el último período de su vida activa se estaba aproximando cada vez más en la práctica a adoptar tal punto de vista. Estaba perfectamente de acuerdo con la teoría marxista de que, después de su muerte, el partido debería acomodarse a la nueva situación y expresar su confianza en que "la Rusia *capitalista* se transformará en la Rusia socialista"³⁴ por sus propios medios, si la revolución que todos esperamos no se produjera en otros países y aliviara sus problemas.

¿Qué significaba este punto de vista? Lenin había enumerado cinco elementos constitutivos de las formas socio-económicas que existían en Rusia después de la Revolución de Octubre y durante el período de la Nueva Política Económica introducida en 1921: 1) economía campesina patriarcal, predominantemente autosuficiente; 2) escasa producción de mercancías

³¹ V. I. Lenin, *Polnoe Sobranie Sochineniy* (Mossov, 1963), XLIII, p. 383.

³² S. W., VI, pp. 511-512. Subrayado de Lenin.

³³ S. W., IX, pp. 403, 406.

³⁴ *Ibid.*, p. 381.

(incluyendo a la mayoría de los campesinos que vendían sus granos); 3) capitalismo privado; 4) capitalismo de Estado; y 5) socialismo.³⁵ La transición al socialismo era vista como significando la transformación de Rusia de un territorio campesino atrasado en un país con una moderna industria estatal con planificación central y una agricultura colectiva y estatal, acompañadas de grandes adelantos educativos y culturales. Ello significaba la eliminación efectiva de las primeras cuatro categorías socio-económicas de Lenin, vinculando la desaparición de los kulaks (burguesía rural) y de los nepmen (comerciantes capitalistas) a un vasto crecimiento de la quinta categoría, que comprendía una industria estatalizada y granjas estatales por un lado y granjas colectivas por otro.³⁶ Definida la situación en estos términos, Stalin pudo decir correctamente, después de 1935, que Trotsky había estado equivocado y que "nuestra burguesía ha sido ya liquidada y lo fundamental del socialismo ha sido ya construido. Esto es lo que nosotros llamamos la victoria del socialismo, para ser más exactos, la victoria de la Construcción Socialista en un país".³⁷

Sin embargo, abandonar allí el problema sería demasiado fácil. No sólo la colectivización de la agricultura había sido llevada a cabo de una manera innecesariamente costosa y dura, que dejó profunda desconfianza en importantes sectores del campesinado y del Estado soviético, sino que también la iniciativa y el poder político fueron sacados de las manos de los trabajadores y concentrados efectivamente en las de Stalin y un pequeño e irresponsable grupo gobernante, reemplazando paternalísticamente a los primeros por estos últimos.³⁸ Stalin, en una situación internacional extraordinariamente difícil, condujo el desarrollo y la defensa de los fundamentos económicos y culturales del socialismo, lo cual constituye su gran mérito histórico. Pero al mismo tiempo, atropelló brutalmente los derechos democráticos y los órganos del partido y del pueblo, cometiendo grandes persecuciones, brutales y arbitrarias, en las cuales encontraron trágico fin muchos de los mejores revolucionarios rusos y extranjeros; y ello constituye su gran crimen, que la Unión Soviética y el movimiento comunista internacional están pagando caro aún hoy.

Dado que los marxistas han considerado siempre que el socialismo y la democracia van unidos, Trotsky pisaba un terreno mucho más firme cuando, cambiando su principal línea de razonamiento, llegó – en la segunda mitad de la década de los años treinta – a hacer de ésta su objeción central a la afirmación de que el socialismo había sido construido en Rusia. El señaló entonces el terror policial, los juicios falsos a que fueron sometidos en Moscú los viejos

³⁵ S. W., VII, p. 361. Por capitalismo de Estado, Lenin quería decir aquí el control, por parte del Estado de los trabajadores, de los productores y comerciantes capitalistas, a quienes se le permitía operar "dentro de ciertos límites". Lenin distinguía agudamente ésto del "capitalismo de Estado que existe en los sistemas capitalistas donde el Estado toma el control directo de ciertas empresas capitalistas". (Véase S. W., volumen IX, pp. 165-174, 338-339). Nada hay en común entre el concepto de Lenin acerca del capitalismo estatal como una forma de transición progresiva que preparaba el camino para el avance de Rusia hacia el socialismo en este primer período, y las concepciones del capitalismo de Estado que han sido expuestas para dar una caracterización básica de la URSS por, entre otros, Karl Kautsky, el Partido Socialista de Gran Bretaña, el grupo del Socialismo Internacional y Milovan Djilas.

³⁶ En el artículo *Sobre la cooperación* Lenin caracteriza este tipo de propiedad cooperativa, basada en la nacionalización de la tierra, como socialista.

³⁷ J. V. Stalin, *The final Victory of Socialism in the Soviet Union*, Reply to Ivanov, February 2nd., 1938 (London, n.d.), pp. 3, 6. En esta carta Stalin reitera su posición anterior acerca de "la victoria final del socialismo. en el sentido de que una garantía total contra la restauración de las relaciones de propiedad burguesas, sólo es posible a escala internacional", y no mientras la Unión Soviética esté rodeada por numerosos países capitalistas.

³⁸ No puedo estar totalmente de acuerdo con Krassó en su total rechazo del concepto de "sustitutismo", que me parece demasiado vasto. Si un individuo, grupo o partido actúa en nombre de la clase trabajadora al mismo tiempo que la priva de su política, eso es sustitución.

bolcheviques y la supresión general de la libertad política, precedida y acompañada por un gran aumento del poder del deteriorado aparato burocrático tanto del partido como del Estado. Lo que Trotsky no entendió fue que, para un determinado período (que puede ser bastante prolongado) es posible una incómoda y antagónica coexistencia de una economía socialista y una superestructura no democrática y no socialista. Tarde o temprano el desarrollo de la primera tenderá a empujar a la sociedad (aunque tortuosa e irregularmente y de ninguna manera "automáticamente") hacia la reforma de la superestructura y su progresiva alineación con la base económica, y con los deseos de su clase obrera y su intelectualidad, progresivamente más desarrolladas y educadas. Lo que de una economía socialista se había alcanzado en los años treinta era, por supuesto, sólo los elementos del socialismo, que necesitaban aún varias décadas más de pacífico crecimiento antes de que pudieran superar totalmente el terrible legado del atraso ruso y convertirse en una sociedad socialista *totalmente desarrollada*, armoniosa y culta. La Unión Soviética de hoy, aunque enormemente más adelantada que en la década de los años treinta, tiene aún un buen tramo que recorrer antes de completar este estado del desarrollo socialista. Los discursos acerca de una transición hacia el comunismo en un futuro previsible, pronunciados en las épocas de Stalin y de Jruschev, son considerados actualmente como expresiones cargadas de afirmaciones pomposas y exageradas. Es honesto decir que los escritos de Trotsky proporcionan un correctivo útil para esta suerte de hipérbole, que fue descrita por Togliatti como "una preponderante tendencia a la exageración, a la exaltación de los logros, sobre todo en la propaganda de aquella época pero también en la presentación general, y a considerar resueltos todos los problemas y superadas todas las contradicciones objetivas, junto con las dificultades y conflictos que son siempre inherentes a la construcción de la sociedad socialista y que pueden llegar a ser muy serios e insuperables, a menos que sean admitidos abiertamente".³⁹ Al criticar las manifestaciones de superioridad nacional, y la vanidad y la estrechez de miras que las acompañan, Trotsky apelaba correctamente a las tradiciones fundamentalmente internacionales del marxismo, pero al mismo tiempo sostenía, erróneamente, que lo que él estaba atacando surgía inevitablemente de la teoría del socialismo en un solo país.

La Revolución traicionada, escrita por Trotsky en 1936, muestra tanto la fuerza como las debilidades de su posición en aquella época. Al analizar el desarrollo de la Unión Soviética hasta la mitad de la década de los años treinta no tuvo en cuenta algunos aciertos en su exposición de los efectos negativos del stalinismo sobre tantos aspectos de la vida rusa. Sin embargo, muchas de sus críticas fueron capciosas y malintencionadas, como su ataque a los términos de la Constitución de 1936, cuya debilidad no residió en sus medidas extremadamente democráticas sino en su inaplicabilidad a la situación real de la Unión Soviética en ese momento, cuando Stalin podía pisotearlas, como lo hizo. Por ejemplo, Trotsky describió la introducción del voto universal, igual y directo, en sustitución del sistema indirecto – el peso de la representación en favor de la clase obrera contra el campesinado y la negación del voto a los miembros de las antiguas clases explotadoras – como "jurídicamente aniquilador de la dictadura del proletariado".⁴⁰ La Constitución como un todo, afirmó, representaba "un inmenso paso atrás desde los principios socialistas a los burgueses" y creaba "las premisas políticas para el nacimiento de una nueva clase dominante".⁴¹

³⁹ P. Togliatti, *Questions Posed by the 20th. Congress of the C.P.S.U.*, entrevista con *Nuovi Argomenti* (London, 1956), p. 8.

⁴⁰ *Revolution Betrayed*, p. 261.

⁴¹ *Ibid.*, p.272.

Los dogmáticos lemas de Trotsky acerca de la imposibilidad de construir el socialismo en un solo país lo condujeron aun entonces a subestimar cuán profundamente atrincherado y elástico era el sistema socialista en Rusia, a pesar de los estragos causados por las purgas de Stalin. Sin la aparición de una revolución en Occidente, afirmaba, si estallara la guerra, "las bases sociales de la Unión Soviética serían destruidas, no sólo en caso de derrota, sino también en caso de victoria".⁴²

Trotsky llegó a escribir que "la burocracia soviética ha avanzado mucho en la preparación de una restauración burguesa" y "debe inevitablemente, en etapas futuras, buscar apoyo en las relaciones de propiedad", asegurando así "su conversión en una nueva clase dominante".⁴³ En realidad, la victoria de la Unión Soviética en la guerra (Trotsky había predicho la derrota)⁴⁴ no fue seguida por el más ligero signo de un avance hacia una "contrarrevolución burguesa"⁴⁵ sino, por el contrario, por el establecimiento – bajo la dirección de los partidos comunistas pretendidamente "contrarrevolucionarios" – de relaciones de propiedad socialistas en otros trece países y por el surgimiento de un sistema socialista mundial en competencia con el sistema capitalista. Además, desde la muerte de Stalin en 1953, los rasgos negativos del stalinismo denunciados por Trotsky habían desaparecido. Esta "desestalinización" no se produjo a través de la "inevitable" revolución política violenta, para derrocar a la burocracia, conducida por la Cuarta Internacional, tal como pronosticaba y recomendaba *La Revolución traicionada*,⁴⁶ sino fundamentalmente a través de la iniciativa de fuerzas dentro del partido comunista (del cual Trotsky había escrito que estaba desintegrado,⁴⁷ "muerto",⁴⁸ y que "no era ya la vanguardia del proletariado")⁴⁹ y dentro de "la burocracia" que, según la definición de Trotsky⁵⁰, incluía al partido, al Estado y a los dirigentes de las granjas colectivas, administradores, técnicos y capataces, extraídos de entre los sectores más avanzados de la clase obrera y del campesinado.

Queda aún por hacer una crítica fundamental al stalinismo. Pero ésta no procederá de las premisas de Trotsky, aunque sus escritos debieran ser estudiados por contener àra nosotros numerosas lecciones valiosas tanto positivas como negativas. Sin embargo, aun cuando sus ideas alcanzan gran brillantez, se presentan dentro del mareo de un modelo sociológico fundamentalmente falso que le impidió comprender las leyes del desarrollo de la sociedad soviética o captar el fenómeno (a todas luces nuevo y sin precedentes) del estalinismo en toda su complejidad y pluralidad. De allí el rigor con que la historia ha tratado a las principales predicciones que hemos citado en el curso de este artículo.

⁴² *Ibid.*, p. 229. Es interesante destacar que después de la última guerra, la IV Internacional trotskista, lejos de hacer una autocrítica o analizar este error, ensalzó su propio "acierto" y repitió su torpeza. En su Manifiesto de 1949, bajo el encabezamiento "El poder de predicción del marxismo", su Conferencia Internacional afirmó que "en todas las cuestiones de importancia, el análisis de la IV Internacional ha resistido la prueba del tiempo", (*Worker's International News*, London, April-May 1946, p. 271). y expresó en una resolución que "solo la intervención de la revolución proletaria puede evitar un resultado fatal para la URSS en su actual prueba de fuerzas con el imperialismo". (*Quatrieme Internationale*, París, Abril-mayo, 1946, p. 18).

⁴³ *Revolution Betrayed*, pp. 253-254.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 227.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 290.

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 284-290.

⁴⁷ *Stalinism and Bolshevism*, p. 8.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 13.

⁴⁹ *Revolution Betrayed*, p. 138.

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 135 ss.

La fuente de la mayor parte de los errores de Trotsky con relación a Rusia estaba ya presente en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial. "A veces parecía ver el pasado y el presente de Rusia casi como un vacío", destacó Deutscher. "Esta era la debilidad subyacente bajo su llamamiento a la europeización y también en los errores de sus actitudes frente al bolchevismo. La fuerza de Lenin consistió en que él tomó la realidad rusa tal como era, y se dedicó a cambiarla. El partido de Lenin tenía profundas raíces en el suelo ruso y absorbió todo lo que ese suelo podía proporcionar de fuerza y rigor revolucionario, de impetuoso coraje y de primitiva rudeza."⁵¹ Trotsky no se unió a ese partido hasta las vísperas de la Revolución de octubre y nunca absorbió esa tradición, sino que permaneció en gran medida siendo un intelectual revolucionario occidental. Su pesimismo acerca de las perspectivas de una Rusia socialista se complementaba con su muy declamado "optimismo revolucionario" acerca de las perspectivas de la revolución en Occidente y por una extraña creencia en que "el optimismo con respecto a un Estado proletario aislado implicaría pesimismo con respecto a la revolución internacional".⁵² Según demostró Lunatcharsky, en su benévolo perfil de Trotsky, su "sendero hacia la revolución... seguía una línea recta".⁵³ Cuando la historia desmintió sus pronósticos o produjo situaciones nuevas e imprevistas, Trotsky careció del "sentido de la realidad" que poseía Lenin y "que conduce a alterar de vez en cuando las propias tácticas" y que llevó a Lenin, dada su "enorme sensibilidad a las exigencias de la época", "en cierto momento a afilar ambas hojas de su espada y en otros a envainarla".⁵⁴

⁵¹ I. Deutscher, *El profeta armado*.

⁵² L. Trotsky, Carta sobre el XV aniversario de la Revolución de Octubre, 13 de octubre de 1932, reproducido por el Bolletín of Balham (Trotskyist) group, London, 1932.

⁵³ A. V. Lunacharsky, *Revolutionary Silhouettes* (London, 1967), p. 67.

⁵⁴ *Loc. cit.*

Tamara Deutscher: Citas incorrectas de las obras de Isaac Deutscher

He seguido con gran interés la discusión entre Mandel y Krassó. Hasta ahora no me he sentido tentada de expresar ninguna opinión sobre este intercambio y aún ahora quisiera ocuparme sólo de las referencias – en la última "Respuesta" de Krassó – a la obra de Isaac, porque temo que estas tesis pueden dar una impresión algo distorsionada del sentido de los escritos de Isaac.

No sería honesto reprochar a Krassó cierta falta de sutileza en el uso de citas de la Trilogía para apoyar su punto de vista: dispone de un espacio limitado, dentro del cual es extremadamente difícil presentar todos los detalles del tratamiento que Isaac da a Trotsky.

Isaac no estaba de acuerdo, por supuesto, con la premisa de Krassó de que "el punto necesario de partida para examinar a Trotsky y a Stalin es Lenin". En su *Stalin* Isaac describe cómo Trotsky se vio forzado a aceptar el culto leninista "aunque su mente racional y sus gustos europeos se sintieran ultrajados con ello". Así, Krassó se enzarzó en un pulso pisando el terreno del culto leninista en lugar de discutir su marxismo, como prometía hacerlo en la primera frase de su "Respuesta". Podría también haber citado lo siguiente: "Lenin señaló también, repetidamente, al partido y a la Internacional su consideración por Trotsky como intérprete del marxismo" o "El uniforme de la disciplina de Lenin era, de todas maneras, demasiado estrecho para él (para Trotsky)". Krassó se asemeja bastante a un viejo maestro de escuela que amenaza a Trotsky con el índice en alto porque "nunca aprendió verdaderamente la teoría del partido de Lenin". Krassó cita el "comentario explícito" de Isaac sobre la concepción de Trotsky de un partido "que actúa como un *locura tremens* para el proletariado". Pero este comentario se torna menos simplista dentro de su contexto, considerado junto con toda la línea de pensamiento acerca del "sustitucionismo" y retomado en *El profeta desarmado*, p. 26 y en la última de *El profeta armado*.

Hasta aquí he reprochado a Krassó simplificaciones perdonables. Ahora, sin embargo, debo hacerle ciertas críticas más serias:

En NLR p. 92, se refiere una vez más a Isaac, quien pretendidamente "aclara" que la cita de Lenin "no hubo mejor bolchevique que Trotsky" es un "mero rumor". Por el contrario, Isaac no trata esta expresión como "mero rumor". Krassó da como referencia *El profeta armado*, p. 259, sin agregar, no obstante, que Isaac mismo hace referencia – en la misma página – a su fuente, *La escuela de la falsificación de Stalin* en la cual encontramos una reproducción fotostática de las galeradas (antes de que fueran modificadas) en la cual la oración se lee fácilmente. La omisión de Krassó en esta cuestión es bastante inquietante.

En NLR p. 94, Krassó cita una vez más a Isaac (*El profeta desarmado*, no *armado*), p. 450 utilizando comillas, pero formulando la cita de una manera bastante diferente: Kamenev, en su conversación con Bujarin no dice: "Si el país perece, pereceremos con él ... Si el país logra recuperarse, también pereceremos". Kamenev usa palabras mucho más emotivas y más fuertemente cargadas: "Si el país es destruido, seremos destruidos con él; y si sale de esto y Stalin cambia con el tiempo, también seremos destruidos". ¿Cuál es la razón y el propósito de reformular una cita? No quiero entrar en lo sustancial del debate entre Krassó y Mandel, pero realmente debo objetar a toda cita selectiva o incorrecta de las obras de Isaac.

Ernest Mandel: Respuesta a Nicolás Krassó

Nicolás Krassó ha tratado de explicar la victoria de Stalin, en las luchas internas del partido bolchevique durante los años veinte, en base a dos supuestas debilidades fundamentales del "marxismo de Trotsky": su "sociologismo", es decir, la constante subestimación del papel autónomo de las instituciones políticas; y su "administrativismo", que, según parece, hace a Trotsky responsable de las más rigurosas de las medidas represivas que el partido bolchevique se vio obligado a adoptar contra la clase trabajadora durante el período 1920-1921. Hemos demostrado hasta qué punto estas afirmaciones dejan de corresponder a la verdad histórica y aportan una explicación inadecuada del destino de la revolución rusa después de 1917 (por no hablar del destino de la revolución mundial).

Krassó intenta, en su respuesta, defender su hipótesis tanto por medio de argumentos generales y teóricos como por medio de la refutación de determinados hechos reales que yo había introducido en el debate. Estas dos tentativas se saldan en un fracaso. Ponen de relieve con aún mayor claridad que en su primer artículo la debilidad fundamental de su análisis es que se aparta del método marxista con el que se puede comprender, interpretar y actuar sobre la historia contemporánea.

El "empirismo" y la historiografía marxista: una primera aproximación

Krassó escribe: "Mi análisis tenía por objeto tratar de reconstruir la unidad del pensamiento y la praxis de Trotsky como marxista: su naturaleza particular y la coherencia de esta unidad." En otros términos, Krassó pretende ver el pensamiento de Trotsky y su acción como un *todo* gobernado por determinados principios fundamentales que trata de descubrir. Negarse a responderle en el mismo nivel (o negarse a aceptar su definición de la *unicidad* del marxismo de Trotsky, o sustituir sus "principios fundamentales" por otros en una interpretación de Trotsky) es una actitud que está condenada como "empírica".

Al final de este ensayo volveremos a lo que consideramos como *característica específica* del marxismo de Trotsky. Pero veamos ante todo la validez del argumento teórico de Krassó. Desde el punto de vista de la dialéctica de Marx, los procesos no son gobernados por ideas fundamentales, sino por fuerzas contradictorias. Todo proceso histórico está regido por contradicciones cuya naturaleza es social. Concebir la vida de un hombre como esencialmente gobernada y explicable a través de ideas significa dar marcha atrás. Considerar estas ideas inmutables, permanentes y sin relación ni con sus contradicciones internas ni con las contradicciones existentes entre ellas mismas o entre ellas y la acción práctica significa retroceder hasta Hegel o Kant.

Supone cometer un profundo error decir que la vida de Trotsky constituye un "todo" cuya clave es una "concepción" ideológica; identificar esta concepción con el pecado original del "sociologismo"; negar, y eso constituye un hecho histórico, que, después de unirse al partido bolchevique, Trotsky concedió la mayor importancia al papel del "factor subjetivo" en los terrenos histórico y político, que se hizo el más entregado defensor de la teoría leninista del partido y que nos ha dejado, como político tanto como historiador, algunos de los más brillantes ejemplos de una exacta comprensión del "papel autónomo de las instituciones políticas". Esta es una explicación errónea del marxismo de Trotsky, una construcción espiritual abstracta y arbitraria, desvinculada de la realidad tanto en el plano teórico como en el práctico.

La debilidad metodológica de la tesis de Krassó es aun mayor que su impotencia para explicar lógicamente todos los aspectos esenciales de las actividades de Trotsky. (La superioridad de la teoría dialéctica sobre el empirismo no reside en una negación de los datos empíricos, sino en la aptitud para explicarlos de modo coherente; y no se puede dar ninguna explicación coherente de la acción y la teoría de Trotsky en los años 1917, 1923, 1933 o 1938 si se habla

de la idea de que "subestimó el papel autónomo de las instituciones políticas".) Esta debilidad nos conduce al corazón de uno de los problemas más interesantes de la historiografía y la sociología marxistas: las relaciones entre el individuo y el proceso histórico.

No negamos que todo individuo pueda considerarse como tema de estudio digno de interés, ni que su vida pueda examinarse dialécticamente y explicarse. Pero esta actividad compete, evidentemente, a la psicología individual y no a la sociología.¹ Esta es una actividad perfectamente pertinente cuando solo se trata de individuos con un papel marginal en el proceso histórico.

La mayor contribución de Marx a la comprensión de la historia fue precisamente subrayar que no podrá explicarse ningún proceso histórico por una simple interacción de psicologías individuales, por el laberinto de una miríada de "historias particulares". La comprensión de la historia requiere la intervención de un nuevo concepto: el de clase social. La historia del mundo no es la historia de individuos en conflicto (por mucho que esos individuos y sus conflictos sean perfectamente reales y, a veces, muy importantes), la historia del mundo es la historia de la *lucha de clases*. Las aspiraciones de los individuos, sus necesidades, sus luchas y sus ideas, que deben entenderse para entender la historia, expresan el resultado de la combinación de clases sociales. Los conflictos que modelan la historia de un mundo civilizado no son otros que los conflictos entre las clases sociales o dentro de las clases sociales.²

Los individuos que desempeñan un papel determinante en la historia no lo desempeñan sino porque logran expresar, magistralmente, en un momento decisivo, las necesidades y aspiraciones de determinados grupos sociales.³ Tras haberlos propulsado sobre el escenario de la

¹ No queremos decir con eso que los factores sociales deban eliminarse de la explicación de la vida de los individuos. Sólo que su influencia se manifiesta en otro marco, a un nivel distinto, según conciernan la trayectoria de un individuo o se trate de fuerzas que determinen el destino de las naciones o de la humanidad entera.

² La fundamentación lógica de esta distinción quedó perfectamente enunciada por Engels en su carta a Joseph Bloch de 21-22 de septiembre de 1890.

"La historia está hecha de tal modo que el resultado final se desprende siempre de conflictos entre las voluntades individuales, cada una de las cuales ha sido modelada por una multitud de condiciones particulares. Así, hay innumerables fuerzas que interfieren, series infinitas de fuerzas que tienen por resultante el acontecimiento histórico. Puede, entonces, considerarse este fenómeno mismo como producto de una fuerza que opera como un todo inconsciente y sin voluntad propia. Ya que aquello que cada individuo quiere se ve contrarrestado por las voluntades de los demás, y lo que resulta no es, en definitiva, lo deseado por nadie. La historia se ha desarrollado pues; hasta ahora, al modo de un fenómeno natural, y está esencialmente sometida a las mismas leyes del movimiento. Pero aunque las voluntades individuales no alcancen sus objetivos, y aunque estén fundidas en el aglomerado de una resultante común, no debe deducirse de ello que sean iguales a cero. Por el contrario, cada una de ellas contribuye a formar la resultante y, por consiguiente, forma parte integrante de ella."

Véase, también, Lenin:

"El marxismo ha abierto el camino para el estudio global y universal del proceso del nacimiento, desarrollo y decadencia de las formaciones económicas y sociales, mediante el examen del conjunto de las tendencias contradictorias, remitiéndolas a las condiciones de existencia y de producción, claramente precisadas, de las distintas clases de la sociedad; dejando de lado el subjetivismo y la arbitrariedad en la elección de las ideas "directrices" o en su interpretación, y descubriendo el origen de todas las ideas y de las distintas tendencias, sin excepción, en el estado de las fuerzas productivas materiales. Los hombres son los artífices de su propia historia, pero ¿qué determina los móviles de los hombres y, más precisamente, de las masas humanas? ¿Cuál es la causa de los conflictos entre las ideas y las aspiraciones contradictorias? ¿Cuál es la resultante de todos estos conflictos del conjunto de las sociedades humanas? ¿Cuáles son las condiciones objetivas de la producción de la vida material en que se basa toda la actividad histórica de los hombres? ¿Qué ley preside la evolución de estas condiciones? Marx dedicó su atención a todos estos problemas, y trazó la vía del estudio científico de la historia concebida como un proceso único, regido por leyes, sean cuales sean su prodigiosa variedad y todas sus contradicciones." (*Oeuvres*, cit., t. 21, p. 51.)

³ "Que tal o cual hombre en particular aparezca en un momento preciso en un país determinado, he aquí, naturalmente, algo que es pura casualidad. Pero suprimámoslo, y se hará sentir la necesidad de un reemplazante. Será bueno o malo, pero finalmente aparecerá alguno." (Carta de Engels a Starkenburg del 25 de enero de 1894.)

historia, se modifica esencialmente la relación de fuerzas única y particular, y el papel histórico de esos hombres acaba.

Todo juicio sobre Trotsky parte de una base falsa si se trata de explicar su papel en la *historia* por su "pensamiento", es decir, si se le considera como individuo. No negamos la utilidad de completar un análisis histórico con la psicología individual, aun cuando todo cuanto hoy conocemos sobre el tema no sea ni mucho menos convincente. Pero negamos enérgicamente la posibilidad de explicar la historia a través de la psicología individual. La lucha política en la Unión Soviética en los años veinte, la lucha política en el movimiento comunista mundial en los años veinte y treinta, ponían en juego el destino de cientos de millones de seres humanos. Explicar los resultados de un conflicto de semejantes dimensiones por la personalidad de tal o cual individuo (X tenía manía persecutoria, Y tenía úlcera de estómago, Z "subestimaba el papel autónomo de las instituciones políticas") no sólo no es marxista, sino que es grotesco.

Es en relación a esto que el pensamiento de Krassó presenta una debilidad fundamental. Su "Respuesta a Ernest Mandel" no aporta al respecto ningún argumento nuevo. Nos habla extensamente de lo que Trotsky o Lenin pensaban o dejaban de pensar en tal o cual momento de la lucha política y social en la Unión Soviética. Sin embargo, no aporta ninguna explicación de los altibajos de la revolución que tome en cuenta las fuerzas sociales, ni en Rusia ni en el resto del mundo. Y cuando intenta tímidamente aportar una explicación de este orden a un aspecto episódico del problema (el debate sindical de 1921), Krassó llega hasta negar la existencia misma de las clases sociales, en este caso la del proletariado. En estas condiciones es imposible ninguna historiografía científica. La incompreensión de Krassó del marxismo de Trotsky le conduce a abandonar el marxismo mismo.

Lenin, Trotsky y la teoría del partido

Krassó se sorprende de que podamos decir: "Fue Lenin, y no Trotsky, el que, en una amplia medida, tomó la teoría de la organización del partido de los teóricos alemanes y austríacos de la socialdemocracia." Pero sorprenderse no equivale a aportar ninguna prueba en contra. Tampoco significa aportar ninguna prueba tratar de identificar la teoría de Lenin del partido con la noción de revolucionarios profesionales, ni afirmar "que no existe ningún indicio de que, posteriormente, Trotsky [que no la había comprendido de entrada - E. M.] comprendiera realmente la lección de Lenin sobre el partido".

Krassó parece olvidar que la noción de revolucionarios profesionales no es en absoluto un principio básico de la teoría del partido de Lenin; tan sólo se desprende de otros principios básicos. El mismo había dicho, muy justamente, a propósito de la "tesis fundamental" de Lenin sobre el partido revolucionario, que "la teoría socialista tenía que ser aportada desde el exterior de la clase obrera por mediación de un partido que incluyera la *intelligentsia* revolucionaria". Es esta tesis fundamental la que, como decíamos, fue inspirada por Víctor Adler y por Kautsky. Y si Krassó se molestara en remitirse a las fuentes citadas por nosotros, se vería obligado a admitir que los elementos esenciales de la teoría de Lenin sobre el partido revolucionario provienen realmente de los socialdemócratas alemanes (y austroalemanes) de los años 1890.

El propio Lenin no ocultó nunca que su teoría del partido se inspiraba de la socialdemocracia alemana. Naturalmente, Lenin exagera cuando se declara convencido de una filiación ideológica muy cercana a Kautsky y a otros. Enunció esta opinión en el fuego de una lucha fraccional. También es cierto que Lenin, cuando volvió a este problema, tras la experiencia de la revolución de 1905, expresó una concepción mucho más amplia que en *¿Qué hacer?*, especialmente en lo referente a las relaciones entre la vanguardia del partido y la clase obrera. Ya habíamos señalado todo esto en nuestra primera respuesta a Krassó.

Pero estamos ahora fuera de la cuestión. Insistíamos en que la concepción leninista de la organización, antes de 1917, estaba mucho más cerca de la de Trotsky que de la de la socialdemocracia. La razón de ello está clara: Lenin, igual que los socialdemócratas, insistía en el papel predominante que debían desempeñar los obreros *organizados* respecto a los que no lo estaban; Trotsky subestimó la importancia de esa organización pero, igual que Rosa Luxemburg, comprendió antes que Lenin que la organización no es en sí misma la garantía de que se pueda dirigir la revolución, y que podía incluso convertirse en una trampa que impidiera a la clase obrera avanzar por el camino de la revolución. Presentía, agudamente, el *conservadurismo potencial* que comporta el aparato de un partido. Cualquier teoría marxista del partido que eche a un lado este punto de vista, tachándolo de "sociologismo", demuestra una total incompreensión de la historia del movimiento obrero después de 1914.

Decimos deliberadamente después de 1914. Lo que falta por completo en el análisis de Krassó es la evolución de la actitud de Lenin con relación al partido y la Internacional, evolución determinada por la dramática experiencia que vivió tras el 4 de agosto de 1914. No es casual que el análisis de Krassó presente esta laguna. Deja de lado los escritos de Lenin sobre la socialdemocracia, eliminando, de este modo, muy cómodamente, aquello que, a partir de entonces, se convirtió en la clave de la bóveda del leninismo: *la combinación de una teoría del partido con un programa y acción revolucionarias*. Si se deja de lado esta combinación, "la organización" del partido no sólo se convierte en una cáscara vacía desde el punto de vista de la lucha de clases, sino que puede servir de vehículo a fuerzas sociales hostiles. Krassó, cuando echa en cara a Trotsky de haber, posteriormente, "fetichizado" el programa, y le opone la "estructura del partido que era la base del pensamiento de Lenin", calumnia tanto a Trotsky como a Lenin. Después de unirse a los bolcheviques, Trotsky nunca separó el programa de la estructura del partido. Después de 1914, Lenin nunca separó la estructura del partido de la acción y del programa revolucionarios; había aprendido la lección del 4 de agosto de 1914.⁴ Nos extenderíamos demasiado si enumerásemos ahora todos los casos en que Trotsky, después de marzo de 1917, demostró haber comprendido la teoría del partido de Lenin.⁵ Nos limitaremos a una sola cita:

"La minoría activa, a la que la teoría sindicalista asigna un papel dirigente, situándola verdaderamente por encima de las organizaciones sindicales de la masa proletaria, no puede permanecer sin estructura. Pero si esta minoría activa de la clase obrera está organizada correctamente, si está fortalecida por una disciplina interna en relación con las dificultades implacables de la época revolucionaria, si está sostenida por una doctrina adecuada, la de la revolución científicamente elaborada, entonces resultará que el partido comunista, y sólo él, dominando tanto a los sindicatos como a toda otra forma del movimiento obrero, logra hacer que avance ideológicamente al tiempo que dirige todas sus acciones.

... De ahí la necesidad imperiosa de crear un partido comunista francés que absorba a la vez al ala revolucionaria ya existente del partido socialista y a la rama revolucionaria del sindicalismo francés. El partido tiene que crear su propio aparato, absolutamente independiente, rigurosamente centralizado, y separado tanto del partido socialista actual como de la CGT y de los sindicatos locales.

⁴ Cf. Lenin: "En Europa, el socialismo apareció en un período de relativa paz interna de las naciones. Cuando estalló la guerra de 1914-15, entró en una fase de acción revolucionaria; no hay duda de que ha llegado la hora de romper totalmente con el oportunismo y de excluirlo de los partidos obreros..."

"La edificación de una organización revolucionaria debe ser emprendida, tal como exige la nueva situación histórica, era de la acción revolucionaria proletaria; pero no puede ser emprendida más que *pasando por encima* de los viejos dirigentes, que ahogan la energía revolucionaria, *pasando por encima* del viejo partido. Ha de pasar incluso por su destrucción." (*Oeuvres* cit., vol. 21.)

⁵ Cf. su actitud ante la escisión entre Levi y el PC alemán en 1921, sobre el papel determinante del partido en la crisis revolucionaria del verano-otoño de 1923 en Alemania, sobre la absoluta necesidad de preservar la autonomía del PC chino en 1926-27, etc.

... El camino a seguir será el de construir inmediatamente un partido comunista centralizado, y, sobre todo, fundar, en los principales centros del movimiento obrero, diarios que (a diferencia de los actualmente existentes) no hagan una propaganda abstracta, sino que más bien sean órganos de agitación revolucionaria directa y de directrices políticas para la lucha de las masas proletarias.”
(*En torno al próximo congreso del Comintern*, 22 de julio de 1920.⁶)

Sería difícil, incluso para Nicolás Krassó, distinguir la teoría desarrollada por Lenin en *¿Qué hacer?* de esta declaración hecha por Trotsky en 1920.

Las opciones en 1923

A Krassó le gustaría presentar a Trotsky como un mito romántico y un símbolo, pero el principal escollo para esta tesis es el programa alternativo, preciso y concreto, que Trotsky propuso al mismo tiempo al partido bolchevique ruso y a la Internacional Comunista entre 1923 y 1933. La "contradicción" que ve Krassó entre la teoría de la revolución permanente (tal como él la interpreta) y la lucha que llevó Trotsky para acelerar la industrialización en la Unión Soviética no tiene ninguna base. Ahí donde Krassó no ve más que falta de lógica (y ello prueba la falta de lógica de su "interpretación" de Trotsky) hay, en realidad, una relación interna lógica: la voluntad consciente de fortalecer el poder del proletariado en los planos nacional e internacional.

En su "Respuesta a Ernest Mandel", Krassó llega incluso más lejos, y, sencillamente, niega que Trotsky y la oposición de izquierda presentaran ningún programa alternativo a la política de Stalin en los años veinte. Para apuntalar este razonamiento hace sufrir a la cronología algunas distorsiones: dice que el proletariado había disminuido en dos tercios en 1921, y que la política de movilización progresiva y de repolitización de este proletariado en 1923-1924 era irrealista; que las propuestas de Trotsky tendentes a la aceleración del desarrollo industrial "no tenían nada en común con la situación económica desesperada de 1928 y el auténtico bloqueo de las ciudades por los kulaks". Semejante "lógica" nos confunde.

Admitamos que el proletariado estuviera disminuido en dos tercios en 1921 (cabe dudarlo, y en otra ocasión trataremos de demostrar que estas cifras son exageradas). Pero lo cierto es que en 1923, por no hablar de 1926, el proletariado no estaba ya "desintegrado y disperso", por emplear los términos de Krassó. De acuerdo con las estadísticas oficiales soviéticas citadas por Salomon Schwartz, el número de asalariados, que había subido, entre 1897 y 1913, de 7,9 millones a 11,2, descendió a 6,6 millones en 1922 y 1923, y luego volvió a subir rápidamente, a 7,4 millones en 1923-24, a 10,2 millones en 1924-25, a 10,9 millones en 1925-27, y a 11,6 millones en 1928. En la gran industria, el número de obreros, que había bajado de 2,8 millones en 1913 a 1,7 millones en 1922-23, subió a 1,8 millones en 1923-24, a 2,2 millones en 1924-25, a 2,7 millones en 1925-26, a 2,8 millones en 1926-27, y a 3,1 millones en 1928. El número de obreros de la construcción subió vertiginosamente, pasando de 200.000 en 1923-24 a 500.000 en 1926-27 y a 700.000 en 1928. Si se tiene en cuenta que las cifras de antes de la guerra comprenden a un número considerable de criados (más de dos millones) y que esta categoría bajó a 20.000 en los años veinte, puede decirse que, más o menos en 1926, el proletariado industrial, en el sentido propio del término, era ya más numeroso que antes de la revolución. Estamos realmente muy lejos de un proletariado "desintegrado y disperso".⁷

Sin dejar de admitir que el proletariado estuviera realmente "reducido en sus dos tercios en 1921", las cifras que acabamos de citar demuestran con toda evidencia un proceso de reconstrucción numérica, económica y social del proletariado entre 1921 y 1928. Nadie podrá negar que una clase social que produce más del 60 % de la renta nacional (y ése fue el caso a partir de 1926) representa un poder social. Pero le recordaremos a Krassó que Trotsky no

⁶ L. Trotsky, *The first five years of the Communist International*, cit., vol. I.

⁷ Salomon Schwartz, *Les ouvriers en Union soviétique*, Riviére, París, 1956.

propuso devolver de inmediato a la clase obrera su papel rector en el Estado y en la economía en 1921 cuando ésta quedó reducida a una extrema debilidad económica y social. Este fue el error político y la posición irrealista de la oposición obrera que Trotsky rechazó. Para que la clase obrera recobrara su papel de clase política dirigente eran necesarias las siguientes condiciones: recuperación de la actividad económica (e industrial); reapertura de las fábricas; renacimiento de la clase obrera. Por esto Trotsky aprobó firmemente la NEP, así como las prioridades inmediatas que debían concederse al renacimiento económico.

Pero esto no era más que el comienzo del proceso. Una vez reactivada la economía, aumentaron los salarios, se incrementó el número de asalariados, su importancia en la economía se hizo determinante en razón del aumento de la producción industrial. Fue entonces cuando se dieron las condiciones para un renacimiento político del proletariado. Era en aquel estadio que el partido, con su intervención, podía favorecer esta resurrección política, o frenarla. El programa de la oposición de izquierda se orientaba a favorecer este renacimiento, y proponía la supresión del paro, una industrialización acelerada, la ampliación del campo de acción de la democracia soviética, alentar a las masas trabajadoras a expresarse y actuar por sí mismas, así como el reforzamiento de las posibilidades de éxito de la revolución internacional, la cual, a su vez, haría renacer entre los obreros soviéticos la confianza en sí mismos y su espíritu militante.

La fracción dirigente hizo cuanto estuvo en su mano para reducir el espíritu militante y la voluntad de actuar del proletariado: dejó que el paro persistiera y que los "soviets" perdieran progresivamente todo papel importante en la gestión del Estado y de la economía; dejó que los vestigios de la democracia obrera fuera del partido mermaran, lo mismo que las tradiciones democráticas en el seno del propio partido. Este es el verdadero balance.

Krassó, cuando escribe: "Este era el nudo del problema: no la "pasividad" del proletariado (como dice Mandel), es decir, una coyuntura subjetiva, sino su desintegración y su dispersión, es decir, un factor objetivo", resume perfectamente el problema, y, al mismo tiempo, aporta una respuesta implícita que destruye su propia tesis. Está claro que no puede pretenderse que una "desintegración" y una "dispersión" representaran una realidad objetiva entre 1923 y 1928, ya que el rendimiento industrial igualaba y superaba las cifras de antes de la revolución. La *posibilidad objetiva*, después de 1923, de superar la "coyuntura subjetiva" de la pasividad existía realmente. Si no se alcanzó este resultado, ello se debió al papel preponderante del partido. Una vez establecido esto, toda otra interpretación "subestima el papel autónomo de las instituciones políticas".

En relación al programa de la oposición de izquierda, que preveía financiar las inversiones por medio de un impuesto especial sobre los campesinos ricos y de una reducción de los gastos del Estado, Krassó cree tener que hacer este comentario: "Financiar el desarrollo con una reducción de los gastos del Estado es el sueño utópico de todo país atrasado". También podría decirse que llevar a término la revolución socialista y construir un Estado soviético en un país atrasado es un "sueño utópico"; más de un menchevique, joven o viejo, estaría de acuerdo con Krassó en este punto. Es como para preguntarse si Krassó ha leído alguna vez *El estado y la revolución* de Lenin y sus comentarios, muy completos, sobre un "Estado barato"; o si ha leído algún otro, el que sea, de los escritos económicos de Lenin. El Lenin que escribió todo eso era, sin duda, un "trotskista romántico" que no debe confundirse con el Lenin "realista" que no se preocupaba más que de la "estructura de la organización". Y su proyecto probablemente, estaba destinado a Inglaterra o Alemania, y no a la subdesarrollada Rusia.

Un impuesto sobre los campesinos ricos no tiene nada de utópico. Eso es precisamente lo que han intentado llevar a cabo varios Estados obreros tras la desastrosa experiencia de la política agraria de Stalin. Mao, que es un "realista", ha preconizado vigorosamente medidas de esta

especie. Aún es menos utópico tratar de reducir los gastos de Estado (de los que se despilfarra una parte enorme en los países subdesarrollados) haciendo que sean controlados de cerca por la base y transfiriendo una cantidad creciente de funciones públicas a los campesinos y a los obreros.⁸ Las medidas que sugería al respecto el programa de la oposición de izquierda habían sido puestas a punto por algunos de los economistas más eminentes de la URSS, entre ellos Preobrazhenski y Piatakov que más tarde pondrían en pie la industria pesada durante el primer plan quinquenal. No es muy serio acusar a estos expertos de sueños románticos.

En realidad las cifras citadas en el programa de la oposición de izquierda coinciden con las establecidas por Krisjanevski en su primer plan para la industrialización del país en los años veinte. También concuerdan con lo que realmente ocurrió durante el primer plan quinquenal.

La diferencia está en que, según el programa de la oposición, la financiación de los gastos se hubiera extendido a diez años y no a cuatro y medio. Se hubiera podido entonces hacer que la financiación pesara sobre las capas privilegiadas de la población y no sobre los obreros y los pequeños campesinos.

Los inconvenientes que hubieran afectado la media de productividad (rendimiento de las inversiones) hubieran sido, de este modo, insignificantes. Mientras que el efecto de los sacrificios concentrados en el tiempo fue desastroso para esta productividad.

Por último, con el programa de la oposición de izquierda las pérdidas hubieran sido mínimas, mientras que el plan de industrialización de Stalin las duplicó. La rentabilidad de las inversiones bajó, en consecuencia, de un modo desastroso, y ello hizo necesario el nombramiento de cientos de miles de supervisores y de policías para "disciplinar" a la población, cuyo salario era un puro despilfarro desde el punto de vista del crecimiento económico.

Desde esta perspectiva, puede decirse que el ritmo del crecimiento económico, el consumo de los productores y el grado de democratización están estrechamente vinculados, pero lo están de modo inverso al que defienden generalmente los apologistas de Stalin (y que parece ser el de Krassó). Una democracia soviética más profunda, un mayor consumo de los productores, aumentan considerablemente el rendimiento de las inversiones, reducen el consumo improductivo y aceleran el crecimiento económico en vez de frenarlo.

El factor tiempo, que Krassó escamotea tan cómodamente en su argumentación, es, en realidad, primordial. También es del factor tiempo del que hay que hablar para responder a Krassó cuando afirma, un poco tontamente, que la política económica de recambio propuesta por Trotsky en 1923 no remediaba el bloqueo de la ciudad por los kulaks en 1928. Resulta evidente que no podía hacerlo, por cuanto que esa política alternativa estaba destinada, ante todo, a evitar que se llegara a una situación como la de 1928.

Ya en 1923, Trotsky y sus partidarios habían lanzado una advertencia en el sentido de que el desarrollo de la pequeña producción mercantil acentuaría inevitablemente las desigualdades en las regiones rurales. Declaró que aquello conduciría a que los excedentes alimenticios se concentraran cada vez más en manos del campesinado rico, lo cual daría un poder político creciente a las aldeas. Stalin y Bujarin negaron todo eso enérgicamente, alegando que la prosperidad de la pequeña producción beneficiaría al campesinado medio y no al rico. Allí donde Trotsky preveía la acentuación de la lucha de clases, ellos veían el advenimiento de una armonía social. Propusieron "integrar" la agricultura privada en la "construcción del socialismo", hasta el punto de pretender financiar la expansión de la industria socialista con la venta de obligaciones del Estado a los propietarios agrícolas.

⁸ Cf. Lenin, en su último artículo, *Más vale poco y bueno*: "Debemos reducir el aparato del Estado al mínimo estricto ..." "...tan solo purgando completamente la máquina gubernamental, realizando las mayores reducciones posibles, podremos estar seguros de poder proseguir." (*Oeuvres*, cit., t. 33, p. 316)

Trotsky rechazó esta concepción idealista y utópica de armonía social y puso en guardia al partido y al proletariado contra el peligro que suponían los kulaks, mucho antes de que llegara a ser grave. Supo predecir con precisión la forma que adoptaría este peligro: negativa a entregar víveres a las ciudades mientras éstas no entregaran a los pueblos más bienes industriales. Predijo los efectos políticos que provocaría una "huelga de entregas". Y tenía una política realista que proponer en sustitución de la de Stalin y Bujarin, la cual favorecía la concentración de los excedentes de víveres en manos de los kulaks. Esta política de sustitución era la siguiente: por un lado, industrialización acelerada gracias a los impuestos que pagarían los kulaks; por otro, colectivización progresiva de la agricultura, con creación de granjas cooperativas muy mecanizadas a las que afluirían los campesinos pobres, dado que allí los ingresos y las condiciones de vida serían mejores que en sus propias granjas, vetustas y miserables.

Aceleración de la industrialización, echando las bases de una agricultura progresivamente mecanizada; medidas diferenciales en el seno del campesinado, no a favor de los campesinos ricos, sino a sus expensas; acceso acelerado de los pobres a la actividad política, tanto en las ciudades como en el campo; por consiguiente, democratización acelerada; he aquí en qué consistía esencialmente el programa de Trotsky. Por mucho que Krassó afirme que ese programa "no aportaba una solución política al problema campesino", no aporta la menor prueba en apoyo de este juicio sorprendente.

Naturaleza de la burocracia soviética

Krassó da, inútilmente, toda clase de vueltas al más importante de los problemas sociales de los años veinte en la Unión Soviética, el de la burocracia: no alcanza a admitir que constituía una *capa social autónoma*. Esto es lo que le impide ver, en las luchas internas del PC de la Unión Soviética en aquella época, otra cosa que una desconexa cuestión de poder político y de psicología individual.

Incluso la terminología empleada por Krassó demuestra que se niega a ver en ello un problema social. Habla, alternativamente, de "burocratismo", de "estatismo burocrático y administrativo", de "tendencias al burocratismo y al autoritarismo". Llega incluso a emplear el término absurdo de "restauración burocrática" (cualquiera que sea el sentido del término). Tan sólo una vez, y ello en una cita de mi ensayo, emplea el concepto, bien conocido, de "burocracia".

Esta es una costumbre, inspirada directamente del estalinismo de los años veinte y treinta, y resurgida en el período poststaliniense de los años cincuenta. Al lamentarse, en los momentos oportunos, de los "hábitos burocráticos" o de las "tendencias burocráticas y estatistas" se enmascara el problema social que subyace bajo las observaciones sobre "hábitos" o "errores" individuales. El burocratismo puede contribuir al nacimiento de una burocracia privilegiada, pero no puede confundirse con ella. La aparición de una burocracia que monopoliza el poder político y la gestión del producto social, y que domina, por consiguiente, todos los sectores de esa sociedad ya lo señaló Marx en 1871 como un peligro que amenazaba a toda sociedad que hubiera derribado al capitalismo. Este mismo peligro fue también señalado por Kautsky y por los anarquistas poco antes de 1900. Lenin lo trata extensamente en todos sus escritos posteriores al inicio de la revolución de 1917.

Krassó escribe: "Lenin, precisamente, jamás planteó el problema de modo idealista, a modo del 'o esto o lo otro' del romanticismo político. Para Lenin la cuestión no residía en si había que eliminar o no a la burocracia. Lenin conocía perfectamente las contradicciones insuperables que dominaban tanto la política interior como la exterior... El objetivo de Lenin no era una victoria completa e imposible sobre el burocratismo, más bien era partidario de introducir *correctivos*."

La burocracia nace de una división social del trabajo insuficientemente trabada. Es el resultado de un insuficiente nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y de un insuficiente nivel técnico y cultural de la clase obrera. Por ello no se la puede suprimir por decreto, como tampoco puede suprimirse por decreto la producción mercantil, o la moneda, o el Estado. Tan sólo es posible disminuir su importancia hasta el advenimiento de una sociedad sin clases. En este sentido puede decirse que la cuestión no estriba en si la burocracia "será o no eliminada". Esto es incluso una evidencia demasiado simplista. Suprimir de inmediato y por completo la burocracia, es decir, a todos los funcionarios del Estado, del partido y de los sindicatos que cobran a tiempo completo; a todos aquellos que gestionan la economía ejerciendo sus funciones a tiempo completo y por separado de la mano de obra productora; a todos los intelectuales separados del trabajo productivo, etc., es algo imposible tras la victoria de una revolución socialista. Esto es aún menos posible en un país subdesarrollado.

Trotsky sabía todo esto tan bien como Lenin. En ningún sitio ni en ningún momento propuso plan alguno para "suprimir de inmediato y por completo a la burocracia". Pero comprender que la burocracia es un mal inevitable es una cosa, y pensar que es buena porque es inevitable es otra. Puede decirse: "Toleraremos la desigualdad en la medida en que nos ayude a alcanzar más pronto la igualdad. Durante este período, no cerraremos los ojos ante la corrupción que provocará esta desigualdad y trataremos de reducirla por todos los medios de que dispongamos." Pero cosa muy distinta es proclamar audazmente que la igualdad es un "ideal pequeño-burgués" y que el "realismo" exige que se refuercen las desigualdades sociales. En suma, es muy distinto permitir que una política reduzca progresivamente el peso y el poder de la burocracia a que aumente a tirones este peso y este poder. La primera actitud es la de los partidarios de la revolución proletaria, desde Lenin hasta Trotsky. La segunda es la actitud de los portavoces de la burocracia, desde Stalin hasta Brezhnev. Nos preguntamos dónde se sitúa Krassó en este debate.

Decir que Lenin no intentaba más que aportar *correctivos* a la burocracia significa, realmente, calumniar a este gran revolucionario. El veía muy claramente el inmenso peligro que representaba la burocracia en la construcción de una sociedad socialista. Aun comprendiendo que era imposible suprimir de golpe esa burocracia, hacía todos los esfuerzos posibles por reducir su peso *en todo lo posible*. La cuestión no está en descubrir *correctivos*, sino en encontrar las fuerzas sociales y los medios políticos capaces de impedir, en la medida de lo posible, que el Estado obrero, deformado por la burocracia, se hunda en la degeneración burocrática y se vea invadido por un cáncer capaz de devorar las partes sanas de su organismo.⁹ La fuerza capaz de reducir progresivamente el peso de la burocracia no puede ser otra que el proletariado, ejerciendo por sí mismo un número creciente de funciones en la administración del Estado y la economía.

La actitud de Trotsky ante el problema de la burocracia no era fundamentalmente distinta de la de Lenin. Nunca se hizo ilusiones en cuanto a que pudiera suprimirse de golpe la burocracia. Se esforzó por disminuir sus efectos nefastos sobre la sociedad soviética y por tomar medidas capaces de acelerar la reducción de esa burocracia. Lo único que puede decirse es que su reacción ante este grave peligro fue más lenta que la de Lenin, aun cuando percibiera

⁹ Krasso se detiene extensamente en la facultad que tenía Lenin para llegar a compromisos. Pero Lenin dijo claramente que él no aceptaba más que aquellos compromisos que permitían a un partido comunista "fortalecer – y no debilitar – la conciencia de clase del proletariado, el espíritu revolucionario y la capacidad de luchar y de vencer". (*Oeuv.*, cit. vol. 31.) En el mismo capítulo, "Compromisos, nunca", incluido en su folleto *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, expone, con igual claridad, que su resolución inquebrantable de luchar contra el oportunismo va unida a la necesidad de determinados compromisos. Esta resolución está completamente ausente en el análisis de Krasso. En él no queda más que la caricatura de un Lenin partidario de "compromisos" con la burocracia, a costa no sólo de debilitar la conciencia de clase del proletariado y el espíritu revolucionario en la URSS, sino de asfixiarlos: ¡realmente, es una caricatura!

antes que Lenin las raíces económicas del poder burocrático que enlazaban con raíces sociales, políticas y culturales.¹⁰ Pero tanto Lenin como Trotsky comprendieron que la burocracia era una capa social y que había que impedir que creciera por todos los medios. La mayoría de los "viejos bolcheviques" no comprendieron en absoluto este problema. Fue el error ideológico que determinó su perdición.

Krassó no hace más que reiterarla. La idea de que el partido hubiera podido, por sí solo, neutralizar la burocracia es una ilusión que compartieron los "viejos bolcheviques". Cuando aumenta la pasividad del proletariado, es inevitable que el propio partido se burocratice, y se convierta así en vínculo del poder burocrático en vez de constituir un obstáculo capaz de detenerlo.

Vuelta al problema del socialismo en un solo país

En nuestro ensayo anterior, *Crítica de una crítica*, expusimos en detalle los errores de Krassó en torno a la cuestión del "socialismo en un solo país" y sobre la "revolución permanente", motivo por el que, aún hoy, Krassó parece no entender a qué se refiere la discusión: al objetivo final del proceso de construcción de una sociedad sin clases, y de ningún modo al inicio de ese proceso.

Krassó no intenta siquiera refutar nuestro análisis. Se limita a burlarse un poco de nuestra "trivialización" del concepto de revolución permanente. Basándose en dos frases que saca de *La revolución permanente* de Trotsky, pretende que éste temía "un hundimiento económico o militar de la URSS". No es posible tomar muy en serio esta especie de polémica.

Krassó no cita ninguna frase de Trotsky en que apoyar su interpretación aberrante de la teoría de la revolución permanente, donde detecta la creencia en insurrecciones simultáneas en numerosos países. Podemos, en cambio, citar muchos pasajes en los que Trotsky rechaza explícitamente interpretaciones tan pueriles como la de Krassó. He aquí, por ejemplo, una respuesta a Bujarin, escrita hace cuarenta años, pero que parece responder anticipadamente a Krassó:

"Es evidente que nunca he compartido esta teoría de Bujarin sobre la revolución permanente que no puede concebir ninguna discontinuidad en el proceso revolucionario: período de estancamiento, retroceso, reivindicaciones transitorias, etc. Por el contrario, desde los primeros días de octubre, luché contra esta caricatura de la revolución permanente.

Cuando invocaba, como Lenin, la incompatibilidad entre la Rusia soviética y el mundo imperialista, tenía en mente la gran onda de la estrategia y no sus sinuosidades tácticas. Bujarin, por el contrario, antes de transformarse en su propio contrario, desarrolló invariablemente su caricatura escolástica de la concepción marxista de la revolución continua. Durante la época del "comunismo de izquierda", Bujarin estimaba que la revolución no admitía ni retiradas ni compromisos provisionales con el enemigo. Mucho después de Brest-Litovsk, donde mi actitud no tuvo nada en común con la de Bujarin, éste, junto con toda el ala ultraizquierdista de la Internacional Comunista de entonces, adoptó la línea de las jornadas de marzo de 1921 en Alemania, considerando que si no se "electrizaba" al proletariado en Europa, si no había nuevas explosiones revolucionarias, el poder de los soviets se dirigiría inevitablemente hacia su perdición. Aunque yo tenía conciencia de los reales peligros que amenazaban este poder, no por ello dejé de luchar, codo a codo con Lenin, en el III congreso contra esta parodia golpista de la concepción marxista de la revolución permanente. Durante este congreso repetimos, decenas de veces, a los izquierdistas impacientes: no os precipitéis en salvarnos porque no haríais más que perdersnos, a nosotros y a vosotros; seguid el camino de la lucha sistemática por conquistar a las masas, por llegar a la toma del poder; necesitamos vuestra victoria, no un combate librado en condiciones desfavorables; nosotros, en la Rusia soviética, con

¹⁰ En la discusión sindical, Trotsky, pese a su error global, comprendió mejor que Lenin que el poder de la burocracia tiene su fuente en la gestión económica y en el reparto de beneficios que conlleva .

la NEP, mantendremos nuestras posiciones, y avanzaremos un poco; aún podréis venir a tiempo en nuestra ayuda si preparáis vuestras fuerzas y aprovecháis una situación favorable.”¹¹

Estas líneas fueron escritas en junio de 1928. Trotsky completó su folleto sobre la revolución permanente en octubre de 1928. Estos dos textos son, pues, prácticamente contemporáneos. Sin embargo, Krassó, ante documentos tan definitivos, mantiene su interpretación de la teoría de la revolución permanente de Trotsky, idéntica, según él, a la de Bujarin; es decir, una concepción de acuerdo con la cual la revolución debe ser ininterrumpida y ha de producirse simultáneamente en todas partes, concepción que Trotsky rechazaba por entero (y en unos términos claros y explícitos). ¿Será esto ignorancia, o deshonestidad intelectual?

Cabe plantearse la misma pregunta ante las desesperadas tentativas de Krassó por sostener que Trotsky rechazó la ”teoría del socialismo en un solo país”, bajo el pretexto de que el hundimiento del régimen soviético sería inevitable, ya fuera debido a la presión de la economía mundial, ya a una intervención extranjera, a no ser que la revolución mundial triunfara rápidamente. También en este punto daremos la palabra al propio Trotsky. En su introducción a *La revolución permanente* decía:

”El programa efectivo de un Estado obrero aislado no puede proponerse como fin ‘independentizarse’ de la economía mundial, ni mucho menos edificar ‘en brevísimo plazo’ una sociedad socialista nacional. Su objetivo no puede consistir en obtener un ritmo abstractamente máximo, el ritmo óptimo, es decir, el mejor, si no aquel que se desprenda de las condiciones económicas internas e internacionales, ritmo que consolidará la posición del proletariado, preparará los elementos nacionales para la sociedad socialista internacional del mañana, y a la par y sobre todo, elevará sistemáticamente el nivel de vida de la clase obrera, robusteciendo su alianza con las masas no explotadoras del campo. Y esta perspectiva debe estar presente durante toda la etapa preparatoria, esto es, hasta que la revolución triunfe en los países más avanzados y venga a sacar a la Unión Soviética del aislamiento en que hoy se halla.”¹²

No es posible ver ahí el menor pesimismo histórico, ni tampoco la idea de un hundimiento inevitable de la Unión Soviética, idea que la fracción adversa atribuía malignamente a Trotsky y que Krassó repite absurdamente. Se observa, por el contrario, una comprensión exacta de la lucha de clases, en el curso de la cual no puede haber más que treguas temporales, tanto en el plano nacional como en el internacional, y no una ”coexistencia pacífica” permanente; una comprensión exacta de la tarea fundamental del proletariado mundial, que no consiste tan sólo en ”impedir” una guerra de agresión internacional contra la URSS, sino también en trabajar por una extensión internacional de la revolución. En otros términos, toda derrota grave de la clase obrera en el mundo (como el acceso de Hitler al poder) hace que esta guerra de agresión internacional sea cada vez más inevitable.

Esto es el meollo de la ”teoría del socialismo en un solo país” y de la actitud conservadora de la burocracia soviética frente a la revolución mundial. La teoría del ”socialismo en un solo país” era una concepción estratégica según la cual la ”defensa del bastión” era la tarea esencial del movimiento revolucionario mundial, haciendo que de esta ”defensa” de las sinuosidades de la diplomacia soviética dependiera la política de los partidos comunistas nacionales. Ya conocemos el triste devenir de la historia, desde el congreso sindical angloruso de 1925-26 hasta la política de ”coexistencia pacífica” de hoy: ”frentes populares”, brusco viraje en el interludio del pacto Hitler-Stalin, nuevo período tras el ataque de Hitler a la Unión Soviética, intermedio del ”browderismo”, Guerra fría y período Zhdanov, el Cominform y su liquidación; todo eso es demasiado conocido para que nos extendamos en detalles o lo discutamos detenidamente.

¹¹ L. Trotsky, *La internacional comunista después de Lenin*, ed. cit., pp. 187-88.

¹² L. Trotsky, *La revolución permanente*. [Cit. según León Trotsky, *La revolución permanente*, Fontamara, Barcelona, 1976, trad. de Andrés Nin, pp. 38-39. – Ed]

Lo que sostenía Trotsky, y sostenemos nosotros, era que la sumisión de los partidos comunistas nacionales a las necesidades coyunturales de la diplomacia soviética perjudicaba *simultáneamente* los intereses de la Unión Soviética y los de la revolución mundial.

La defensa militar de la Unión Soviética no exigía, por cierto, que se autorizara a Chang Kai-chek aplastar al movimiento obrero chino en 1927, que se permitiera el acceso de Hitler al poder en Alemania, que la huelga general de 1936 en Francia desembocara en tan sólo unas pocas reformas económicas (e incidentalmente devolviera el poder a los reaccionarios conservadores al cabo de menos de dos años), que Franco aplastara la revolución española y que el movimiento obrero fuera asfixiado en casi toda Europa.

Krassó afirma, sin lograr que ello se tenga en pie, que "La política de Stalin no tenía, como las Furias, derecho de vida y muerte sobre el movimiento revolucionario mundial. Más bien representaba las medidas prudentes y conservadoras del Estado soviético." Pero se olvida, repentinamente, de lo que había escrito unas pocas páginas antes sobre la naturaleza de ese Estado. ¿Reflejaba este "conservadurismo" los intereses de la clase obrera? Si la respuesta es negativa, ¿no se trataría quizá de una consecuencia de los progresos realizados por la "deformación burocrática" de ese Estado obrero que desbordó los más pesimistas de los temores de Lenin de 1920-21? Allí donde Krassó ve psicología individual (la prudencia y el conservadurismo de Stalin), un marxista busca más bien una explicación social.

La Comintern y la revolución mundial

Krassó se revuelve vigorosamente cuando afirmamos que Stalin y la burocracia soviética tienen una fuerte responsabilidad en las aplastantes derrotas sufridas por la revolución mundial entre 1923 y 1943. Le resulta facilísimo aniquilar el argumento extremadamente débil que él mismo forja para confundirnos: "El Kremlin se convierte en el responsable de toda represión del descontento social y de toda victoria de la contrarrevolución. Esta es una noción incompatible con una apreciación racional de la historia mundial."

No hemos dicho nada así de radical; ni lo dijo Trotsky. Reducir todos los factores que, con su interpenetración, determinan la historia del mundo a un solo factor aislado, donde un solo individuo desempeña un papel determinante, sería incompatible tanto con un marxismo elemental como con un marxismo muy desarrollado. (¿Cómo puede atribuirse a Trotsky semejante concepción al mismo tiempo que un supuesto sociologismo? Esta es una contradicción más, que Krassó resolvería difícilmente.) Sostenemos, como Trotsky, y como Lenin antes que él, que, si se presentan situaciones revolucionarias, el papel del partido en la dirección de los acontecimientos puede ser decisivo. Este era indudablemente el caso en Rusia. ¿O es que Krassó subestima el "papel autónomo de las instituciones políticas" hasta el punto de afirmar que la Revolución de octubre triunfó sin que el partido bolchevique tuviera una política adecuada?

Cierto que, en muchos casos, las situaciones revolucionarias en el mundo no se dieron en las luchas de clases de 1923 a 1943. Pero incluso entonces la política adecuada de un partido revolucionario hubiera podido contribuir a acelerar los procesos y a transformar las situaciones prerrevolucionarias en revolucionarias. Pero examinemos los casos en que realmente existían situaciones revolucionarias, o aquellos en los que se hubiera podido en poco tiempo llegar a ellas. Tomaremos dos ejemplos que Krassó deja de lado con excesiva ligereza.

Ante todo la revolución española de julio de 1936. A Krassó le convendría leer no sólo media docena de libros sobre el tema, sino también, y sobre todo, los diarios de la época. Si así lo hiciera, se enteraría de que en julio de 1936, como réplica al levantamiento militar de los generales fascistas, los obreros se levantaron. Se enteraría de lo que lograron hacer, casi sin armas, en la mayor parte de las grandes ciudades del país y en todos los centros industriales, y

eso en pocos días. Tomaron los cuarteles y las fábricas, se armaron, se pusieron a organizar una producción industrial y agrícola de tipo socialista.

Según Krassó, la cuestión se resume en esta trivialidad "realista": "Sin embargo, [los comunistas españoles] no representaban, entonces, más que a una pequeña minoría de las fuerzas republicanas, las cuales, a su vez, tenían pocas posibilidades de ganar la guerra una vez cristalizó la correlación de fuerzas militares en 1936." No se da cuenta de que da por supuesto precisamente aquello que tiene que demostrar, es decir, que la "estabilización" o la "cristalización" de la correlación de fuerzas militares estaba predeterminada (¿nos gustaría saber por qué!); que era independiente de la "cristalización" de las fuerzas sociales y políticas (podría citarse, por ejemplo, una constante propaganda por una revolución agraria radical y una proclamación inmediata de la independencia del Marruecos español, cosas que habrían suscitado poderosas corrientes de desintegración en las tropas de Franco); también, incluso, popular; y que el peso del estalinismo dentro de ese gobierno no dependía más que de dos o tres ministros estalinistas, y no de la presión de la Unión Soviética, de sus limitadas entregas de armas y del terrible chantaje que representaban estas entregas de armas.¹³

Podría, naturalmente, sostenerse, en abstracto, que si la clase obrera española hubiera tenido entonces la madurez suficiente para fundar un partido revolucionario independiente de Moscú, Moscú no habría podido impedir que la revolución triunfara. El ejemplo de Cuba es revelador a este respecto. Pero no sirve de nada razonar en abstracto. La revolución española estalló menos de veinte años después de la Revolución de octubre. La clase obrera no tenía razón alguna (exceptuando a una pequeña vanguardia) para dudar de que el gobierno de Stalin fuera realmente el continuador del gobierno soviético que había creado la Internacional Comunista con objeto de promover la revolución mundial. Por esto los trabajadores españoles no pudieron comprender, antes de que fuera demasiado tarde, que había que crear otro partido para que condujera la revolución. Stalin traicionó la confianza y la fe en la Unión Soviética y en la Internacional al consolidar su alianza militar con la Francia imperialista: "Vamos, vamos, caballeros, les dijo a los hombres de negocios de París y a la gente de la Bolsa; no deseo en absoluto sembrar la discordia en vuestras colonias; no pretendo hacer ninguna revolución en España. En consecuencia, los pequeños burgueses del campo republicano contaban con el PC para llevar a cabo la contrarrevolución; tenía mayor fuerza, y podía desorientar más eficazmente a los obreros por cuanto podía actuar bajo el signo de la gran revolución rusa. Cuando las fuerzas republicanas empezaron a liquidar las conquistas revolucionarias de julio de 1936, la derrota se hizo inevitable. Esta fue la verdadera dialéctica de las fuerzas sociales y políticas en España, y éste fue el importante papel desempeñado por Stalin."¹⁴

Nuestro segundo ejemplo será la política de los PC francés e italiano después de la guerra, política tendente a disolver a los grupos de obreros armados que se habían formado durante la resistencia, entrando en los gobiernos de coalición, apoyando la reconstrucción de un Estado

¹³ Esta presión era tan fuerte que obligó al gobierno (incluyendo a anarquistas y socialdemócratas, por no hablar de los burgueses liberales) a aceptar tácitamente la tortura y el asesinato de aquellos que favorecían una orientación hacia una revolución socialista, entre ellos Andrés Nin, que había sido su compañero en el gobierno catalán unos meses antes.

¹⁴ Hay que decir, de paso, que la excusa invocada en la época (la amenaza militar de la Alemania nazi) no ha sido confirmada en absoluto por las fuentes históricas de que actualmente disponemos. Hoy sabemos que, durante el verano de 1936, Alemania tan sólo iniciaba su rearme; que los Estados Unidos y Gran Bretaña estaban casi totalmente desarmados; y que las mayores potencias del continente europeo, si no del mundo, eran el ejército ruso y el ejército francés – en unos momentos en que Francia se enconstraba en el umbral de una revolución, con varios millones de obreros ocupando las fábricas en junio de 1936 –. Fue, realmente, un punto crucial de la historia. Krasso, en vez de citar hechos, se contenta con negar empleando unas cuantas ideas abstractas que una victoria de la revolución en España (posible con una política soviética distinta) hubiera podido cambiar la suerte de Europa e impedir que el fascismo se orientara a la dominación del continente entero.

burgués y una economía capitalista, encubriendo las represiones contrarrevolucionarias y las guerras en las colonias. (Los sangrientos acontecimientos de mayo de 1945 en Argelia, y el comienzo de la agresión contra Vietnam, se produjeron en un momento en que el PC francés formaba parte del gobierno.) Según Krassó, la cuestión es muy sencilla: era muy problemático el éxito de una toma del poder en Francia y en Italia.¹⁵ También aquí adopta una posición de principio. Nosotros no habíamos hablado de ninguna toma del poder inmediata mediante la insurrección armada. Hablábamos de una *estrategia* tendente a hacer triunfar la revolución socialista. Cuando los obreros italianos se levantaron, el 4 de julio de 1948, y ocuparon numerosos puntos estratégicos, hubiera sido indudablemente difícil para las "tropas americanas" (¿cuántas quedaban en Italia?) reprimir una revolución italiana. Si el PC se hubiera orientado hacia la revolución desde 1944, este levantamiento hubiera tenido mayor fuerza de la que de hecho tuvo. Indudablemente, no puede considerarse la política reformista de los PC francés e italiano como un factor sin importancia en la evolución de la correlación de fuerzas en esos países.

Tras el fracaso de la revolución alemana en 1919-20 se aportaron toda clase de explicaciones que contenían, todas ellas, parte de verdad. Se arguyó incluso el hecho de que la servidumbre no hubiera sido abolida en Prusia hasta comienzos del siglo XIX (olvidándose, muy hábilmente, que no se abolió en Rusia sino cincuenta años más tarde, cosa que no impidió la victoria de la revolución en ese país).

Lenin salió al paso de todas estas explicaciones alambicadas, haciendo recaer la responsabilidad de los acontecimientos sobre los socialdemócratas. No demostraba con ello ni "idealismo" ni "monismo sociológico". Demostraba tan sólo el más elemental sentido común revolucionario. Cuando se da una situación revolucionaria en un país donde la clase obrera sigue desde decenios a un partido que se declara partidario del socialismo, la política de ese partido tendrá una influencia preponderante sobre el resultado de la revolución. Es muy difícil cambiar de timonel en plena travesía. Así como los timoneles socialdemócratas tienen una pesada responsabilidad en la derrota de Alemania en 1919-20, los timoneles estalinistas también la tienen en las derrotas sufridas durante los años treinta y cuarenta.

Krassó pretende que Trotsky subestimaba la particularidad de la lucha de clases en el plano nacional. Esto es curiosísimo porque fue precisamente eso lo que hizo Stalin en interés de la diplomacia y de la burocracia soviéticas. En cada país, los partidos comunistas tenían que adoptar mecánicamente la misma táctica (así lo hizo, por ejemplo, el partido comunista indio cuando se opuso al levantamiento nacional de julio de 1942), y esta táctica dependía estrechamente de la tortuosa política de la burocracia soviética. Trotsky, en cambio, insistía en que la Comintern y el Estado soviético no se inmiscuyeran en la lucha revolucionaria tal como se presentaba en cada país, sino que ayudaran a los partidos comunistas a agrupar a la mayoría del proletariado explotado de esos países y eventualmente conquistar el poder. Esta estrategia era una defensa eficaz de la URSS a largo plazo, pero exigía un análisis escrupuloso y objetivo de la correlación de fuerzas sociales y políticas en cada país y en cada momento. Describir a Trotsky como el hombre que "quería la insurrección" en todo momento y en todas partes significa repetir una calumnia típicamente estalinista.

Unidad de la teoría y la práctica

En nuestra primera respuesta a Krassó vimos que éste, tras oponer sistemáticamente a Lenin y Trotsky, lleva a cabo una crítica de la acción de Trotsky y de su teoría que le conduce a una revisión de la teoría y la acción de Lenin. Es difícil atacar a Trotsky sin criticar a Lenin; ante

¹⁵ Digamos, entre paréntesis, que es inexacto que la izquierda fuera más fuerte en Grecia que en Francia y en Italia entre 1944 y 1947. En Francia, los comunistas y los socialistas tuvieron la mayoría absoluta en la primera asamblea elegida. El proletariado tenía mayor peso en estos países que en Grecia.

todo debido a que Trotsky es el más estricto defensor de Lenin desde 1923 así como su continuador.

Krassó admite que las propuestas de Trotsky sobre la industrialización eran justas. Admite que su crítica a la política de la Comintern en Alemania entre 1930 y 1933 también fue justa.¹⁶ Aunque sólo consideráramos estos dos aspectos de la lucha de Trotsky, ya serían notables sus consecuencias.

Es absurdo decir que los puntos de vista de Trotsky sobre estos temas estaban marcados por un "beatífico optimismo"; lo cierto es todo lo contrario. Lo que le guiaba era la convicción de que era preciso, urgentemente, neutralizar una inminente catástrofe. En Rusia, estaba en juego la misma existencia del poder soviético; en Alemania estaba amenazada la existencia del movimiento obrero más poderoso de Occidente (si no del movimiento obrero de toda Europa).

Plantaremos a Krassó esta sencilla pregunta: ¿qué hubiera debido hacer Trotsky en estos dos casos particulares? ¿Callarse? ¿Formular sus críticas tan sólo dentro del partido? ¿Y si no podía hacerlo, como realmente ocurrió después de 1926? ¿Tenía quizá que contentarse con la esperanza (¡beatífico optimismo!) de que algún día el partido "cambiaría de rumbo", pese a las fuerzas sociales que hacían presión sobre él, pese al régimen interior que exigía que la oposición de izquierda renunciara a sus ideas, y pese a las consecuencias objetivas de los errores cometidos? ¿O acaso tenía que haber desempeñado el papel de "observador crítico" del escenario internacional, de simple espectador que no quisiera o no pudiera tomar parte en la verdadera lucha?

A Krassó le será difícil demostrar que alguna de las dos alternativas que se le ofrecían a Trotsky (oportunismo o alejamiento de la vida política) pudiera ser "leninista" en alguna medida. No podrá encontrar, en toda la historia de Lenin como jefe político, el menor ejemplo de semejante actitud. Cada vez que Lenin pensó que la mayoría del partido estaba en un error, luchó contra ese error aún más enérgicamente que Trotsky después de 1923. Esto fue así antes de la toma del poder, y siguió siendo así después de la toma del poder (no se ha conocido hasta hace poco toda la verdad de su lucha final contra Stalin y Ordzhonikidze en relación con la cuestión georgiana; para ello ha habido que esperar la publicación del a partir de ahora célebre volumen 36 de sus Obras completas). No es concebible que Lenin hubiera transigido con la burocracia o capitulado ante ella; aún es menos concebible que acabara alejándose de la vida política.

Krassó podría decir que, si Lenin hubiera vivido, la burocracia hubiera podido ser vencida ya en 1923. Pero también ahí se aleja del verdadero problema. No puede pretenderse al mismo tiempo que la clase obrera estuviera casi "desintegrada" en aquel momento y que su poder hubiera podido reafirmarse gracias a que un jefe (Lenin) hubiera sido más eficaz que otro (Trotsky). La incapacidad de la "vieja guardia" para evaluar la evolución de los acontecimientos y adaptarse a los mismos no era cosa nueva. Ya se había dado el caso en febrero-marzo de 1917. En aquella ocasión, Lenin pudo enderezar la mala orientación mediante las "Tesis de abril". Pero lo consiguió porque se encontraba a la cabeza de una fuerza revolucionaria extraordinaria, y porque millares de obreros bolcheviques clamaban a gritos lo mismo que él. En 1923-24 estos obreros callaron o habían muerto. Es improbable, y eso es lo menos que puede decirse, que hubiera logrado poner en jaque a la burocracia del partido. La "vieja guardia" había dejado de ser un instrumento revolucionario.

¹⁶ No es casual que Krassó apruebe de Trotsky tan sólo sus críticas a la política de extrema izquierda de la Comintern; mientras su actitud hacia el oportunismo de derecha es ambigua, y eso es lo menos que puede decirse. Pero ¿cómo es posible tomar a Lenin por modelo y, al mismo tiempo, hacer tabla rasa de la lucha despiadada que emprendió contra el oportunismo de derecha?

Podríamos citar ahora la actitud de Lenin frente a la Segunda Internacional en 1914. Constituye un precedente muy revelador de sus reacciones cuando pensó que "el viejo partido" había traicionado la revolución socialista. Su ruptura fue tan radical como inexorable. Ni la ley del gran número, ni la influencia de la masa contaron para él. Tan sólo contaron el programa, las ideas correctas, los intereses históricos de la clase obrera. Lenin creía firmemente que las masas se unirían, tarde o temprano, a las pequeñas minorías internacionalistas, por cuanto las contradicciones sociales, al agravarse, llevarían a levantamientos revolucionarios. Hasta ahora, la historia no ha dado más que una confirmación parcial, y tan sólo en algunos países, de este pronóstico. En estas condiciones, Krassó, que tanto valora los hechos, ¿considerará que Lenin se equivocó al romper con la Segunda Internacional y al llamar a los internacionalistas para fundar nuevos partidos comunistas (la mayoría de los cuales siguen siendo hoy pequeñas minorías)?

Trotsky siguió el ejemplo de Lenin cuando vio degenerar al Estado soviético y a la Internacional Comunista. Un marxista no puede aceptar ni el compromiso con los oportunistas burocráticos, ni el alejamiento de la política revolucionaria. La unidad de la teoría y la práctica exige que la lucha de clases en el mundo, cuando se encuentra en un viraje de su historia, encuentre, para expresarse, un nuevo programa, que no puede tomar cuerpo más que en una nueva organización, en los planos nacional e internacional. Así como Lenin lanzó un llamamiento por la creación de la Tercera Internacional en 1914, del mismo modo Trotsky lanzó un llamamiento por la creación de la Cuarta Internacional a causa de las derrotas que sufría el movimiento obrero. Del mismo modo, el llamamiento por la Cuarta Internacional expresaba la esperanza en un nuevo ascenso de la revolución mundial.

Krassó trata de eludir estas cuestiones fundamentales mediante dos evasivas. Dice que el proletariado se había apoderado ya del poder en determinados países bajo la dirección del PC, y dice que la Cuarta Internacional de Trotsky permaneció en la impotencia. En lo que se refiere al primer argumento, basta con recordar a Krassó que Trotsky no había excluido esa eventualidad¹⁷; sólo que albergaba seruas dudas en cuanto a que eso se convirtiera en regla en vez de constituir la excepción.

La historia ha demostrado que tenía razón, y ha demostrado, en particular, que en ningún país industrializado la clase obrera ha sido capaz de tomar el poder sin la ayuda de un partido revolucionario guiado por el programa leninista, tanto en su estrategia como en su táctica.

En cuanto al segundo argumento, Krassó debería ser más circunspecto. Los altibajos del Partido bolchevique están estrechamente vinculados a los avatares de la misma revolución. En los períodos de reacción, el bolchevismo se ve reducido a tratar de preservar el programa y la continuidad de la teoría. En Rusia, ese período de reacción duró cinco años, de 1907 a 1912. A escala mundial, los leninistas tuvieron que afrontar veinte años de reacción, de 1923 a 1943. Tratar de preservar la continuidad del programa y de los cuadros era mucho más difícil, ya que el período de reacción era más largo, sus formas más perniciosas (fascismo y estalinismo), y, sobre todo, porque tenía que hacer renacer el movimiento revolucionario mundial por tercera vez, tras haber fracasado las dos primeras tentativas y con un creciente escepticismo del proletariado.

A este período de reacción siguió otro de renovación, renovación que, tras el paréntesis de algunos años, se limitó casi exclusivamente a las partes del mundo que estaban más atrasadas y donde las condiciones no eran demasiado favorables para un renacimiento del leninismo.

¹⁷ El programa de transición de la IV Internacional, elaborado por Trotsky, decía que no podía excluirse la eventualidad de que, en caso de circunstancias excepcionales de guerra o de desintegración del orden social, los partidos oportunistas de la clase obrera se vieran llevados al poder por la presión de las masas. Esto fue exactamente lo que ocurrió en los casos citados por Krasso.

Pero a partir del momento en que el movimiento revolucionario alcanza a países con un proletariado industrial desarrollado, la situación cambia radicalmente. En 1968, Francia y Checoslovaquia demostraron, de forma espectacular, que no podía producirse nuevamente la revolución en los países occidentales sin que los principios básicos del leninismo se vieran reafirmados: acción revolucionaria en la lucha de clases; Estado de tipo soviético; internacionalismo proletario. Y resulta que hoy la Cuarta Internacional es la única organización que encarna este programa, con cuadros y estructuras, en los cinco continentes. Es el leninismo vivo de hoy.

A partir de todo ello podemos dar al marxismo de Trotsky una definición más exacta que la de Krassó. El marxismo de Trotsky se esfuerza por integrar a la doctrina clásica del socialismo científico la respuesta a los problemas específicos de las revoluciones y contrarrevoluciones en la época imperialista: el problema del poder soviético¹⁸ que funda la dictadura del proletariado; el problema de la revolución permanente en los países atrasados; el problema de la dinámica internacional de una victoria de la revolución proletaria; el problema de la doble naturaleza de la burocracia en la clase obrera; el problema de las relaciones entre el partido, el aparato del partido y la clase obrera. Las debilidades que esgrime (por ejemplo, que se entendió demasiado tarde la necesidad de un Partido bolchevique y el papel que desempeña en el proceso histórico de la revolución proletaria) son, por sí mismas, expresión de este esfuerzo colosal. Algunas de las respuestas a estos problemas se integraron al marxismo clásico a partir de 1917. Otras se integraron progresivamente al marxismo revolucionario después de 1923.

El marxismo de Trotsky se esfuerza por afirmar la naturaleza *proletaria* de la doctrina revolucionaria contra el triple ataque del oportunismo pequeñoburgués, el nacionalismo y la amenaza burocrática. Trata de llevar la interpretación marxista de la historia a su nivel más alto, descubriendo las leyes que rigen el desarrollo de los acontecimientos mundiales y aplicándolas. Hoy, la revolución mundial no puede triunfar sin que hayan sido asimilados los principales elementos del marxismo de Trotsky.

"Empirismo e historiografía marxista"; segunda aproximación

Nuestra definición del marxismo de Trotsky, contrariamente a la de Krassó, descansa en dos pilares principales: evaluación de la naturaleza histórica de la época que abrió la Revolución de octubre; evaluación del trasfondo social de la lucha en el seno del movimiento comunista internacional a partir de 1923. Ya hemos dicho que aquella era una época de revolución mundial (lo que implica, naturalmente, numerosas recaídas en la contrarrevolución); y hemos dicho que esa lucha era esencialmente la que colocaba a la burocracia soviética contra la clase obrera. En el marco de esta explicación, Trotsky defendía los intereses del proletariado soviético e internacional, ya que luchaba contra la burocracia que hacía degenerar al Estado soviético y a la Internacional Comunista.

Confrontemos ahora esta explicación con el resumen que realiza Krassó de su posición: "La indiferencia que sentía Trotsky por las instituciones políticas lo separó de Lenin antes de la Revolución de octubre, y lo excluyó del partido bolchevique. Sus ideas y acción políticas anteriores lo aislaron entonces en el seno del partido en los años 1920, y, finalmente, esto causó su perdición. En los años 1930 su internacionalismo abstracto le impidió comprender las complejas dinámicas internacionales que determinaban el desarrollo de los distintos movimientos revolucionarios en el mundo."

¹⁸ Trotsky fue el primero en comprender el principio por el que el *soviet* ocupa un papel clave en la organización de un nuevo aparato de Estado, de tipo proletario. Lenin no introdujo este concepto en la teoría bolchevique hasta 1917, y en 1919-20 lo incorporó al programa de la Internacional Comunista.

Este juicio implica dos revisiones fundamentales del marxismo. Una lucha política histórica que afectó a millones de personas, y cuyas consecuencias son incalculables para la lucha de clases en el mundo, queda explicada por los errores de juventud de una sola persona. Un enfrentamiento aún más gigantesco, que comprende el descontento, la protesta y la rebelión potencial de decenas de millones de trabajadores manuales e intelectuales contra la burocracia, queda reducido a esta definición vacua: "las complejas dinámicas internacionales que determinaban el desarrollo de los distintos movimientos revolucionarios en el mundo." No le sería fácil a Krassó explicar a los supervivientes de los campos de trabajo de Siberia, por no hablar de los obreros húngaros de 1956 o de los obreros checos de 1968, que no fueron aplastados por una burocracia conservadora que defendía su poder y sus privilegios sino por "complejas dinámicas internacionales".

Desde una perspectiva marxista, es absurdo separar, como hace Krassó, la interpretación del marxismo de Trotsky de la dialéctica de las fuerzas sociales vivas y de su lucha. Eso conduce a interpretar el curso seguido por la historia en base a un empirismo muy burdo. Resulta entonces imposible tener una visión global de la era histórica que inauguró la Primera Guerra mundial en todo el mundo. Esto conduce necesariamente a una completa revisión de lo que significa el leninismo, y, en particular, la Tercera Internacional. Y esto lleva al fracaso de toda tentativa de historiografía marxista a consecuencia de la confusión que establece entre la racionalización subjetiva de los individuos y los grupos y la apreciación de su papel objetivo en la historia.

Krassó escribe: "Los demás dirigentes bolcheviques no consideraban a Trotsky como un aliado, sino que más bien veían en él como la principal amenaza en razón de su pasado no leninista, su supremacía en el terreno militar, su papel preponderante durante la guerra, y debido a su autoritarismo en los debates sindicales." Dicho de otro modo: fue por culpa de los errores cometidos en su juventud (su liderazgo durante la guerra y en los debates sindicales fueron en buena medida un mito) que Trotsky no pudo reunir en torno suyo a la "vieja guardia".

No vamos a discutir que ésa era parte de la racionalización por la que Zinoviev y Bujarin justificaron ante sus propios ojos su unión con Stalin en contra de Trotsky. Pero Krassó no puede ser tan ingenuo como para confundir las razones sociales de una actitud política con las racionalizaciones individuales de los protagonistas de la historia.

Hace tiempo que Marx nos enseñó a juzgar a la gente en base a lo que hace antes que en base a lo que dice de sí misma. Un socialdemócrata alemán "honesto" podría explicar que, en diciembre de 1918, se opuso a la instauración de una república soviética en su país porque le repugnaba "el terror rojo", la represión llevada a cabo por Lenin contra los mencheviques de derecha; porque quería defender las libertades democráticas, porque temía que una revolución desencadenara una contrarrevolución, porque estaba convencido de que las "condiciones objetivas no estaban maduras", etc. Pero un marxista (y con mayor razón un leninista) no puede creer que esas racionalizaciones realmente *causaran* la unión de los socialdemócratas con la Reichswehr contra *Spartakus*, lo que significó el comienzo del proceso histórico por el que Hitler llegó al poder y por el cual estos mismos socialdemócratas acompañaron a los comunistas en los campos de concentración.

El significado objetivo de la actitud de los socialdemócratas alemanes en 1919 era la alianza de una burocracia obrera privilegiada con la contrarrevolución burguesa, contra la revolución proletaria. La base teórica de esta alianza fue la incompreensión del antagonismo entre la democracia proletaria y el Estado burgués, aun cuando éste se base en la democracia burguesa. Cuando la "vieja guardia" se unió a Stalin contra Trotsky, esto significaba que se unía a la burocracia soviética contra el proletariado soviético. La base teórica de esta alianza

fue la incomprensión del antagonismo entre la democracia soviética y la dictadura burocrática, así como la incomprensión de la teoría de la revolución permanente. Toda otra cosa no es más que racionalización, que puede servir para entender por qué y cómo determinados individuos expresaron determinadas ideas, algo que no es determinante en la evaluación de las *fuerzas sociales* a las que están ligados estos individuos.

Krassó es incapaz de interpretar el marxismo de Trotsky de modo coherente porque trata de explicar el papel de Trotsky en la historia en base a unos "pecados" abstractos y a algunas ideas preconcebidas. Debería reflexionar sobre este juicio de Marx sobre Lassalle: "Aprenderá a sus expensas que llevar, mediante la crítica, a una ciencia hasta el punto en que puede ser presentada dialécticamente es cosa muy distinta que aplicar un sistema lógico abstracto y ya diseñado para unos vagos conocimientos de este sistema."¹⁹ Esto puede aplicarse perfectamente al desgraciado intento de Krassó de adaptar la interpretación marxista de los destinos de la revolución rusa con arreglo a lo que está de moda.

Nota sobre "El socialismo en un solo país"

Monty Johnstone afirma que nuestra definición del socialismo como "una sociedad sin clases, mercancías, dinero ni Estado", no viene a cuento en el debate que tuvo lugar dentro del PC de la Unión Soviética en 1924-26 cuando se debatió si era posible lograr que triunfara la construcción del socialismo en un solo país. "Es arbitrario introducir este concepto en la discusión, porque no designa lo que los comunistas rusos entendían cuando se proponían el objetivo de crear una economía socialista; y por economía socialista entendían la organización de la producción cooperativa en gran escala, que es la definición que Trotsky dio al socialismo en 1906".²⁰

Dejemos de lado la absurda tentativa de probar qué era lo que se discutía en 1924-26 por medio de una cita de ... ¡1906! Es bastante sorprendente que Monty Johnstone sea incapaz de citar *un solo* orador o escritor del debate de 1924-26 que sostuviera su ridícula suposición de que lo que se quería decir con "construir el socialismo en un solo país" era simplemente ... construir una sociedad en la cual la propiedad privada de los medios de producción fuera suprimida, definición que, a propósito, Stalin se permitió introducir en 1936 sólo porque todos los representantes del pensamiento marxista crítico estaban siendo silenciados por medio de la ametralladora, la más contundente de las argumentaciones dialécticas (si bien no siempre históricamente convincente).

Examinemos entonces qué era lo que ambas partes del debate de 1924-26 sostenían realmente.

Stalin, hablando en la XV conferencia del PCUS como portavoz de la mayoría, en contra de la Oposición de Izquierda, declaró claramente:

"Si la posibilidad de la victoria del socialismo en un solo país significa la posibilidad de resolver las contradicciones internas que pueden ser completamente superadas en un solo país (pensamos por supuesto en nuestro propio país), entonces la posibilidad de la victoria definitiva del socialismo significa la posibilidad de superar las contradicciones externas entre el país del socialismo y los países del capitalismo, y estas contradicciones sólo pueden ser superadas gracias a la victoria de la revolución proletaria en cierto número de países". (*La Correspondance Internationale*, 1926, pág. 1436).

La distinción es muy clara: la posibilidad de construir el socialismo no es comprendida en absoluto como la simple supresión de la propiedad privada, sino como la superación de *todas las contradicciones internas sociales, económicas y políticas*. Y Stalin fue aún lo suficiente-

¹⁹ Carta de Marx a Engels del 1.º de febrero de 1858, en *Correspondencia*, p. 122

²⁰ Véase en este mismo volumen el artículo de Johnstone.

mente marxista como para comprender que es inconcebible que las contradicciones económicas y sociales sean "completamente superadas"... mientras existan clases diferentes. La definición de Stalin implicaba la desaparición de las clases.

Dirigiéndose algunas semanas más tarde a la VII sesión del Comité Ejecutivo de la Comintern, Stalin fue aún más explícito:

"Crear una base económica para el socialismo significa unificar la economía agrícola con la industrial para transformarlas en una economía común, significa poner la agricultura bajo el control de la industria, regular las relaciones entre ciudad y campo sobre la base del intercambio directo de productos agrícolas por productos industriales, cerrar y eliminar todos los canales que crean clases, sobre todo el capital, y crear finalmente condiciones de producción y distribución que conduzcan directamente a la abolición de las clases." (pág. 1722).

Si la "base económica para el socialismo" consiste en suprimir todos los canales que pueden reproducir la diferenciación de clases – y ningún marxista negará la sabiduría de Lenin al afirmar que la producción de mercancías reproduce constantemente el peligro de la acumulación primitiva de capital –; si implica un "intercambio directo de productos agrícolas por productos industriales" (lo cual significa la supresión de la economía de mercado y del dinero); y si esta "base" debe "conducir directamente" a la abolición de las clases, no hay duda de que cuando esta base haya sido previamente "lograda" y cuando el "socialismo" esté ya construido, entonces las clases deberán haber desaparecido, junto con la producción de mercancías y el intercambio monetario..

Ahora bien, ¿qué sostenía la otra parte? Dirigiéndose a la misma VII Sesión del CE Ampliado de la IC, Trotsky afirmó perentoriamente:

"La teoría de Stalin está llena de contradicciones. El sostiene en su informe que construir el socialismo significa triunfar sobre la burguesía en la lucha. Esto es indefendible. Construir el socialismo significa lograr la supresión de las clases y con la supresión de las clases desaparece el Estado" (pág. 1733).

Y hablando en la XV conferencia del partido del PCUS, Trotsky afirmó:

"Cuando hablamos de una economía socialista y de un verdadero surgimiento de la economía socialista, esto significa que cesa de haber oposición entre ciudad y campo, que existe una satisfacción y un bienestar generales, una cultura general" (págs. 1460-61).

¿No es evidente acaso para un marxista que la desaparición de la oposición entre ciudad y campo y la "general satisfacción" de las necesidades significa la desaparición de las clases y de la producción de mercancías?

De manera que debemos llegar a la conclusión de que lo que Monty Johnstone llama nuestro "ardid diversionista" no es una maniobra diversionista sino simplemente los contenidos reales del debate de 1926, tal como fueron formulados por los participantes mismos de tal debate. Si hay algún culpable de introducir un "ardid diversionista" en el debate, ese culpable es el mismo Monty Johnstone que trata (más torpemente aún que Krassó) de convencer a sus lectores de que el debate de 1926 se centraba en la posibilidad o imposibilidad de desarrollar las fuerzas productivas y de industrializar a la URSS, mientras que fue precisamente Trotsky quien (pretendidamente "escéptico acerca de las fuerzas internas del socialismo ruso") se constituyó en el gran defensor de la industrialización acelerada.

A fin de dar una apariencia de seriedad a su propia definición del socialismo (¡definición estalinista del período posterior a 1936!), Monty Johnstone trata de citar a dos autoridades. En *El ABC del comunismo*, dice Johnstone, Bujarin y Preobrajensky escribieron que "en la sociedad socialista esta economía mercantil persistirá en alguna medida". En la URSS posterior a 1936 esta economía mercantil persiste algo más que "en alguna medida", dicho sea de paso. Pero, si nos atenemos al contexto de lo que Bujarin y Preobrajensky están diciendo en el

pasaje citado por Monty Johnstone, se hace evidente de inmediato que no están hablando en absoluto de la exitosa construcción del socialismo sino sólo acerca del período de transición del capitalismo al socialismo, es decir, al período de la dictadura del proletariado.

Esto se aclara rápidamente si se leen las páginas de donde Monty Johnstone extrajo su cita. Los argumentos utilizados para explicar por qué la producción de mercancías subsiste "en alguna medida" son: la supervivencia de la mano de obra privada, el campesinado privado y el comercio privado. Y los autores continúan diciendo, inmediatamente: "Desde el comienzo de la revolución socialista, el dinero pierde poco a poco su valor. Todas las empresas nacionalizadas... tienen un fondo monetario común y no necesitan ya comprarse y venderse mutuamente por medio de dinero. Así, se introduce paulatinamente el intercambio sin dinero. Por lo tanto, se elimina el dinero en la economía popular".²¹ En otras palabras: para *El ABC del comunismo*, que según Monty Johnstone "había sido el texto básico del partido", el dinero comienza a desaparecer inmediatamente después del establecimiento de la dictadura del proletariado, mucho antes del logro final y exitoso de la construcción del socialismo. Esa era, por cierto, la "tradición del partido". Creer, en estas circunstancias, en una sociedad socialista totalmente desarrollada con la producción de mercancías y el dinero extendiéndose cada vez más, hubiera sido una idea monstruosa para los viejos bolcheviques cuando Stalin les arrojó súbitamente a la cara ese concepto en 1936.

En cuanto a la tentativa de Monty Johnstone de utilizar la autoridad de Lenin, es simplemente descarada. Lenin afirmó claramente, en su artículo básico, *Economía y política en la época de la dictadura del proletariado*: "El socialismo significa la supresión de las clases". Es precisamente en este artículo que Lenin hace una clara distinción entre la sociedad socialista y el período de dictadura del proletariado, que es la transición entre el capitalismo y el socialismo. En *El Estado y la revolución*, esta distinción no está aún claramente hecha, es decir que el período de dictadura del proletariado y la primera fase del comunismo son consideradas aún como una sola fase; por esa razón, las fórmulas que se aplican a la revolución socialista y al período de la dictadura del proletariado son usadas para la fase del socialismo.

Pero aún dentro de ese contexto, Lenin nos recuerda el hecho de que el Estado debe comenzar a extinguirse en el período posterior a la revolución socialista. Y hablando de la primera fase del comunismo (es decir, de la sociedad socialista totalmente desarrollada), Lenin explicita "El Estado se extingue en tanto que ya no hay capitalistas, que ya no hay clases, y que por lo mismo, no cabe reprimir a ninguna clase. Pero el Estado no se ha extinguido todavía del todo, pues persiste aún la protección del 'derecho burgués', que sanciona la desigualdad de hecho. Para que el Estado se extinga completamente hace falta el comunismo integral".²²

De manera que para Lenin era evidente ya en 1917 que el socialismo implica una sociedad sin clases. Ese fue el espíritu dentro del cual fue educado el partido bolchevique. Eso era lo que se daba por supuesto en la discusión de 1926. Y la historia nos permite a nosotros, 43 años más tarde, juzgar si las clases han desaparecido en la Unión Soviética y quien tenía razón en aquella discusión.²³

²¹ Cf. p. 314 de la edic. francesa, París, Maspero, 1963.

²² *El Estado y la revolución* (Obras, t. XXV, pp. 460-461).

²³ Al introducir en la discusión la cuestión de que aun bajo el régimen socialista la desigualdad subsiste porque se realiza la distribución de los productos de consumo según la cantidad de trabajo aportado por cada miembro de la comunidad, Johnstone sólo confunde la cuestión. Lo que está en juego no es la supresión total de la desigualdad sino la desaparición de la producción de mercancías, la economía monetaria y las clases sociales. Johnstone sabe muy bien que para Marx y Engels no había lugar para la producción de mercancías ni siquiera en esta primera fase del comunismo.